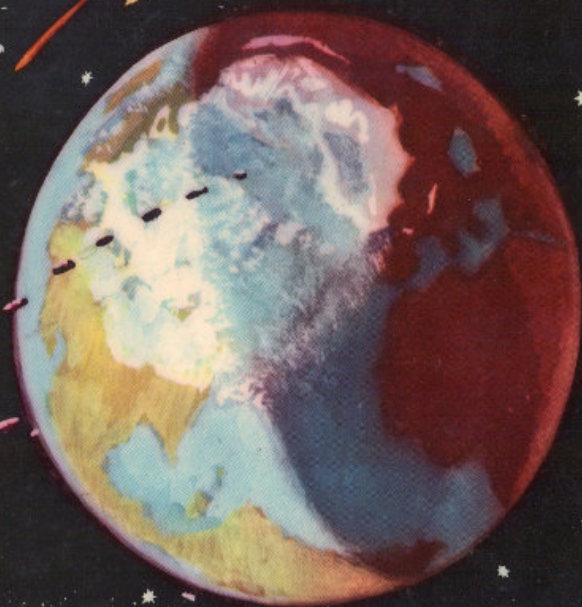


LA SAGA DE LOS AZNAR



# LA OTRA TIERRA

POR GEORGE H. WHITE



En sus andanzas por el antiuniverso en busca de un nuevo hogar para los tritones, Fidel Aznar padre e hijo llegan a una Antitierra, un planeta idéntico al nuestro aunque algo retrasado en su evolución histórica, puesto que se encuentra todavía en pleno siglo xx.



George H. White

# **La otra Tierra**

**La saga de los Aznar - 44**

**ePub r1.0**

**Titivillus 29.08.15**

Título original: *La otra Tierra*  
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2





# LA OTRA TIERRA

George H. White

**LUCHADORES  
DEL  
ESPACIO**



## CAPÍTULO I

**E**l día de una mañana de madrugada cuando Betty Manhattanó En la antesala, un grupo de marineros borrachos aguardaban a ser introducidos en la sala contigua para su interrogatorio. También estaba allí un niño de diez años, tres o cuatro rateros del muelle, un par de patrones de pesca y una pareja de mujeres de vida airada con el tipo que las denunció.

Éste era, con escasas variantes, el cuadro de todas las noches, la resaca de las primeras horas de la madrugada que arrojaba a las comisarías a todos aquellos que solían aprovechar las horas de la oscuridad para violar la ley. Betty era asidua visitante del puesto del muelle y estaba acostumbrada a este espectáculo deprimente.

Se acercó al mostrador donde un aburrido sargento hacía lista de los objetos sacados de los bolsillos de los detenidos.

—¿Algo nuevo, Fernández? —preguntó en castellano.

El sargento, un puertorriqueño maduro, levantó sus ojos para

clavarlos en el lindo rostro, un poco desencajado por el cansancio, que se levantaba hacia él.

—Hola, miss Seton —contestó—. No, nada de interés para su periódico, si es eso lo que quiere decir. Robos, atracos, escándalo nocturno... Lo de todas las noches.

—¿Se encuentra en su despacho el capitán Bliven?

—No le vi salir —contestó el sargento. Y señalando con un movimiento de cabeza al largo pasillo, añadió—: Ya conoce el camino.

Betty Seton se introdujo por el corredor. A derecha e izquierda, algunas puertas abiertas le permitían ver el interior de las habitaciones en donde los detectives interrogaban, escuchaban pacientemente o amonestaban con severidad, según la índole del detenido y la gravedad de las faltas por las que había sido detenido. Constantemente estaban abriéndose y cerrándose puertas, entrando y saliendo policías llevando del brazo a hombres y mujeres de todas las edades y cataduras. La corriente de aire que circulaba por el pasillo iba impregnada del perfume del café, del olor a emparedados de salchicha rancia y del rumor de sillas arrastradas, ficheros metálicos que se abrían, teclear de máquinas, repicar de teléfonos, voces que protestaban airadas y chasquidos de alguna que otra bofetada.

Hacia el fondo del pasillo, una puerta vidriera tenía grabado en el cristal: "Capitán Bruce R. Bliven."

Betty se alisó los cabellos con la mano, apretó resueltamente bajo el brazo la cartera de imitación a piel y llamó con los nudillos. Luego, adoptando un aire desenfadado, empujó la puerta y entró resueltamente en el despacho.

El capitán Bliven se chupaba los dedos pringados de aceite e hizo una mueca de disgusto al verla entrar.

—Hola, capitán, buenas noches. ¿Llego en mal momento?

—Usted no querrá que le diga la verdad —gruñó Bliven limpiándose los dedos con una servilleta de papel.

Con desparpajo Betty fue a sentarse en un viejo sillón de cuero.

El capitán, un hombre maduro, de complexión robusta y sanguínea, se quedó mirando a la muchacha mientras ésta humedecía con saliva el extremo de una larga carrera de la media.

Betty Seton era bonita. Ella lo sabía y trataba de utilizar sus

dotes personales como arma, pues ya había advertido que los hombres, aun los más rudos y maleducados, siempre se esforzaban por quedar bien a los ojos de una chica joven y bonita.

Bliven estaba encandilado admirando la esbelta pierna y la seductora curva del muslo cuando Betty tiró de la falda y le miró con descaro.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Bliven tomando de una esquina de la mesa una taza de café medio empezada.

—Recuerde que me prometió documentarme acerca de los entresijos del tráfico ilegal de estupefacientes. De paso vine por si caía alguna noticia.

—¿Cuánto tiempo lleva en Nueva York? —preguntó Bliven bruscamente, dejando la taza y buscando un cigarro en el bolsillo superior de la americana.

—Un año y seis meses —contestó Betty.

—Supongo que leerá usted los periódicos, ya que también escribe en uno de ellos. ¿A quién cree que le puede interesar todavía una historia sobre el tráfico de estupefacientes? El público está saturado de este tipo de reportajes, yo mismo he dado información sobre el asunto a media docena de periodistas distintos. Creo que tiene usted talento. ¿Por qué no escribe algo original?

—Nihils novum sub sole.

—¿Cómo dice?

—Nada nuevo bajo el Sol. Más o menos, que no queda nada por inventar. La originalidad no existe, pero existen las oportunidades.

—Pues no será en esta comisaría donde la encontrará. En serio, ¿qué demonios hace usted en esta ciudad?

—Soy periodista. Es decir, trato de serlo.

—¿Qué hacía antes de venir a los Estados Unidos?

—Vivía con mi madre y mis abuelos en su granja de las afueras de San Juan.

—¿La historia de siempre, eh? Me pregunto por qué los portorriqueños no se quedarán en su isla, en lugar de venir a engrosar el número de parados, de rateros y prostitutas de Nueva York. Naturalmente, usted pensaría que aquí estaba todo por descubrir. Tal vez después de llevar aquí año y medio esté empezando a pensar de distinta manera. ¿Me equivoco?

—¿Me está usted animando a regresar a mi vieja granja de

Puerto Rico? —murmuró Betty mirándose la punta de los zapatos.

—Si estaba bien en su vieja granja, no veo razón para que zancajee por el asfalto de Nueva York arrastrando sus tacones torcidos. Esto es como una jungla, miss Seton. O devora uno o es devorado. Si carece de pretensiones o amigos que la ayuden será mejor que regrese a Pensilvania. Esta ciudad está llena de talentos que se pudren tras una mesa de oficina o dentro de la sudada camisa de un vendedor ambulante.

Betty Seton se miró los altos tacones de sus zapatos, los cuales estaban, efectivamente, torcidos y despellejados. Las palabras del capitán Bliven tenían todo el amargo sabor de una verdad conocida.

—No es ambición lo que me falta —aseguró frunciendo sus ojos y gordezuelos labios—. ¡Lo que necesito es una oportunidad...! ¡Una buena oportunidad!

—Naturalmente —contestó Bliven con sarcasmo—. ¿Qué cree usted que necesitan los miles de escritores, artistas, pintores, dibujantes, músicos e inventores que pululan entre los ocho millones de habitantes de esta ciudad?

Betty Seton adelantó sus carmíneos labios para contestar pero uno de los teléfonos repiqueteó. El capitán se sentó sobre la mesa mientras aplicaba el auricular a su oído.

—¿Otro? —exclamó después de escuchar la voz que gangueaba por el aparato—. ¿De qué se trata esta vez?

La voz volvió a ganguear. El capitán hizo una mueca.

—¡Vaya por Dios! Tráiganlo aquí —refunfuñó. Y colgando el teléfono dijo a la periodista—. Otro chiflado que ha sido encontrado vagando por las calles. Es el segundo de la noche, pero éste al menos tiene originalidad. Asegura ser un marciano u hombre de no sé qué otro planeta. Los napoleones van quedando anticuados.

Betty sonrió forzosamente. No le importaban en absoluto los problemas del capitán y en realidad tampoco sentía mucho interés por el asunto de los traficantes de drogas, pero algo tenía que hacer para justificar el miserable sueldo que le daba el periódico y superar con éxito los tres meses de prueba.

El capitán mordió la punta de su cigarro, escupió sin miramiento alguno y tomó de la mesa una caja de cerillas. A Betty le pareció entonces grosero, sucio y necio. Bliven era tan puertorriqueño como ella misma. La “R” que el capitán escribía a continuación de Bruce

quería decir sencillamente Ramírez. Pero el capitán prescindía de su apellido hispano por lo mismo que lo hacían muchos puertorriqueños. No estaban demasiado bien vistos en Nueva York.

—Respecto a lo que hablábamos —continuó Bliven—. Si quiere el consejo de un buen amigo...

Betty cerró los ojos esperando escuchar de nuevo aquellas palabras: “Vuelva a su granja de Puerto Rico y dedíquese a criar polluelos.”

Pero el capitán no llegó a rematar la frase. La puerta se abrió y entró un sujeto estrafalario seguido de un agente de color.

Betty abrió los ojos, vio al individuo y estuvo a punto de soltar una carcajada. Se trataba de un hombre joven, alto, de unos 20 ó 22 años, que vestía ropas interiores de algodón blanco, consistente en unos calzoncillos largos y ajustados, y una camiseta blanca de mangas largas. Calzaba botas de agua, como las que solían usar los bomberos y también los barrenderos que Betty veía manejando las mangas de riego al abandonar la redacción del periódico en las horas de la madrugada.

Un hombre en ropas menores siempre resultaba ridículo. Incluso cuando el hombre tenía una buena planta, como era el caso del joven que acababa de entrar en el despacho del capitán Bliven.

Betty lo observó con curiosidad. Vio un hombre de anchas espaldas, de complexión atlética y bien proporcionado. Pero lo que más le sorprendió fue su rostro, de una corrección de líneas y una belleza realmente extraordinarias. Sus ojos, azules e inteligentes, armonizaban con la expresión bondadosa y simpáticas facciones.

“Pobre muchacho. Tan joven, tan guapo... ¡y guillado! —se dijo Betty.”

El capitán Bliven, acostumbrado al trato con diversidad de tipos humanos, adoptó una actitud amable y atareada.

—Estoy muy ocupado en estos momentos, joven, pero dígame cual es su problema. ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Cómo se llama?

—Aznar. Fidel Aznar —dijo el joven con una cordial sonrisa que dejó al descubierto sus blancos e iguales dientes.

—¿Qué le ocurre, se ha extraviado?

—¿Extraviarme? —el joven se echó a reír—. ¡No lo sabe usted! Estoy en un verdadero aprieto. No sabía a quien dirigirme. ¡Es extraordinario todo lo que me está ocurriendo!

Tanto Betty Seton como el capitán Bliven advirtieron que el joven hablaba un español con acento extranjero.

—Usted no es puertorriqueño, ¿verdad? —dijo Bliven frunciendo el entrecejo—. Tampoco tiene acento sudamericano. ¿Es español?

—¡Oh, no! —el joven se echó a reír. Su situación parecía divertirse mucho, aunque era evidente que se sentía también algo asustado—. Desciendo de españoles, pero no he nacido en España. Tampoco en este mundo... ¡vaya, esto no va a haber quien se lo crea!

—¡Oh!, no tiene por qué pensar eso, amigo mío —protestó Bliven—. Nosotros le creemos.

—¡No, que va! —negó el joven riendo—. Ustedes no me creen, lo sé. Pero no puedo evitarlo. ¡Esto es ridículo!

—¿Por qué dice eso? Vamos, no se preocupe. ¿Dónde vive usted? —preguntó Bliven cambiando una mirada de inteligencia con el policía que estaba detrás del joven.

—¿Quiere decir dónde está mi casa? Bueno, actualmente vivo en el “Isla de Luzón”.

—Es filipino —dijo Betty Seton.

Fidel Aznar pareció reparar entonces en Betty. La miró sorprendido y de nuevo se echó a reír con risa nerviosa.

—¡No, no, por Dios! No he querido decir que viviera en la isla de Luzón, sino que el “Isla de Luzón” es el nombre de nuestro autoplaneta.

—¿Su qué? —dijo Bliven ladeando la cabeza para adelantar el oído.

—Ha dicho su “autoplaneta” —dijo Betty.

—¡Sé muy bien lo que ha dicho! —rugió el capitán pegando un puñetazo sobre la mesa, lanzando una mirada de basilisco sobre la atemorizada Betty—. Lo que pregunto es, ¿qué es eso?

—Un transporte sideral —dijo Aznar—. O si lo prefiere usted, una cosmonave.

—Es decir, algo que vuela por el espacio.

—Sí —asintió Aznar, y de nuevo mostró su simpática sonrisa.

—Vamos, ya voy comprendiendo. Usted le dijo al agente Hyland que andaba extraviado.

—En cierto modo.

—¿Qué le ocurrió? ¿Se cayó de la cama mientras dormía?

—Usted asocia mis ropas al supuesto de que estuviera durmiendo y me levantara de la cama para andar por ahí como un sonámbulo. Usted no me cree nada de lo que le he dicho.

—¡Oh, le creo, le creo! —protestó Bliven, aunque había depuesto ya su actitud amable y paciente de antes—. Supongo que querrá volver a su casa.

—No va a ser tan fácil, créame. Tuve una avería. El reactor nuclear se paró de pronto y mi aparato se hundió en el mar. Todo fue tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de utilizar la radio. Mi equipo de vuelo me hizo flotar hasta la superficie y allí estuve seis horas hasta que me recogieron unos pescadores. Sólo podré regresar a mi autoplaneta si alguien viene a recogerme. Pero para que alguien venga debo llamarles por radio. El patrón del bote que me recogió tampoco creyó mi historia. Pero me aseguró que la NASA tiene emisoras de radio especiales para comunicar con sus satélites y sus cápsulas espaciales. Mi problema es convencer a la NASA para que me permita utilizar una de sus estaciones y contactar con mi cosmonave.

—¿De modo que ese es su problema? —dijo Bliven sacudiendo la cabeza—. Supongo que se podrá arreglar con la NASA.

El teléfono repiqueteó y el capitán lo cogió con ademán irritado aplicándolo a su oído. Mientras Bliven contestaba al teléfono, el supuesto astronauta miraba a su alrededor con curiosidad. Sus ojos fueron a encontrarse con los de Betty Seton, que le contemplaban llenos de curiosidad. Betty sonrió como diciendo: “ánimo, muchacho, todo se arreglará”. Y el gigante rubio correspondió con otra sonrisa de agradecimiento.

—Bueno, señor Aznar —dijo el capitán Bliven devolviendo el teléfono a su soporte—. Siento no poder dedicarle más tiempo, pero me aguardan otros asuntos. ¿Querrá usted disculparme?

—Por supuesto, capitán. Siento que no haya creído mis palabras, pero confío en que todo se aclarará.

—Claro que sí, muchacho. Vaya con el agente Hyland y duerma tranquilo. Piense que de todos modos es muy tarde. Mañana, con toda seguridad, solucionaremos su asunto.

—Gracias, así lo espero —el joven se volvió hacia Betty y la saludó con una leve y elegante inclinación de cabeza murmurando —: Señorita...

Salió acompañado del agente y éste cerró la puerta.

—Pobre muchacho —dijo Betty poniéndose en pie—. Nadie diría que se trata de un desequilibrado mental. ¿Qué piensa hacer con él?

—El doctor Michie le inyectará un calmante que le hará dormir tranquilo unas cuantas horas —contestó Bliven empuñando el teléfono—. Probablemente para cuando despierte ya sabremos de qué sanatorio mental ha escapado. O si procede de una casa particular ya habrán telefoneado sus familiares preguntando por él. Y ahora, si usted me permite, voy a... ¿es usted, doctor Michie? —preguntó Bliven por teléfono.

Betty Seton abandonó el despacho del capitán. Al fondo del pasillo, en la sala de espera, creyó advertir que reinaba cierta agitación entre un grupo de negros que hablaban todos a la vez haciendo grandes aspavientos. La primera sospecha de que algo de interés estaba ocurriendo la tuvo Betty al ver centellear el “flash” de una cámara fotográfica.

La periodista cruzó rápidamente el pasillo en dirección a la sala de espera. Allí vio a Bill Roman, del “New York Herald”, que cogía rápidamente su sombrero y trataba de escabullirse en dirección a la puerta.

Betty le retuvo por un brazo y le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿A qué se debe tanto alboroto?

—Nada importante. Disculpa, chica, me esperan en otro lado, ¡chao!

Saliendo hasta la puerta de la calle, Betty alcanzó a ver a Bill Roman que corría hacia la próxima parada de taxis.

“Ese ha pescado pieza” —se dijo Betty.

Regresó a la sala. El sargento Fernández empujaba a un puertorriqueño y dos negros por el pasillo hacia una de las oficinas. Uno de los morenos cargaba con un voluminoso saco de yute y otro llevaba una especie de globo negro en una mano.

Fernández abrió la puerta de la oficina, metió a empujones a los tres hombres y regresó sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Betty siguiéndole hasta el mostrador.

—¡Vaya una noche! ¿Qué le parece? —dijo el sargento regresando a su asiento tras el mostrador.

—Parece más animada que de costumbre. ¿Por qué?

El sargento tomó el teléfono, lo aplicó a su oído y esperó dando golpecitos con el bolígrafo sobre el mostrador.

—¿Capitán Bliven? Soy Fernández. Tenemos más datos sobre el tipo que llegó en calzoncillos... El patrón de un bote de pesca lo rescató en el mar. Yo digo si se caería de algún barco... Lo trajeron a puerto, pero antes que se dieran cuenta se les escapó. El sargento Stone está tomando declaración a los del bote...

Fernández escuchó con el auricular pegado al oído. Asistió y dijo:

—Sí, capitán... Entendido... al Departamento de Inmigración.

Colgó el aparato y suspiró echando mano de un índice de direcciones telefónicas.

—¿Por qué no me cuenta qué está ocurriendo? —inquirió Betty intranquila.

—Verá, trajeron a un tipo chiflado que andaba por ahí en calzoncillos diciendo ser un marciano.

—Lo sé. Estaba con el capitán cuando le trajeron.

—Bueno, pues eso es todo. El tipo debió caer de algún trasatlántico. Unos pescadores lo rescataron en el mar. El capitán va a desentenderse lindamente del asunto endosándoselo al Departamento de Inmigración. El loco parece extranjero y no lleva documentos que le puedan identificar. ¡Vaya lío!

Betty se apartó del mostrador dirigiéndose hacia el pasillo. Allí se detuvo reflexionando. ¿De modo que el loco no había mentado después de todo? Dijo que había sido rescatado en el mar. ¿Un extraterrestre?

“Tonterías, eso no pudo haber ocurrido en la realidad” —se dijo.

Sintió compasión del muchacho. El pobrecillo iba a encontrarse con grandes dificultades si insistía en su absurda manía de hacerse pasar por un extraterrestre.

“Ojalá llegara de pronto un marciano y pudiera hacerle una entrevista” —se dijo suspirando.

Y de pronto surgió la idea. Era una idea tan audaz que casi se asustó de sí misma.

“¿Por qué no?” —se dijo a sí misma—. “Ese imbécil de Roman tal vez publique la noticia en el último rincón de la página de sucesos. Tengo que intentarlo, sería la sensación del día. Después de todo, ¿qué puedo perder?”

Sintió latirle el pulso en las sienes. La idea era descabellada, pero podría servir. ¿No estaba buscando una oportunidad? ¿Y no era eso una oportunidad, aunque fuera cogida por los cabellos?

“Betty, recuerda. El mundo es de los audaces”.

Rápidamente volvió al pasillo y lo recorrió hasta llegar a una puerta en donde rezaba: “Sanitary Department. Dr. J. Michie”.

Betty empujó la puerta y entró. El doctor Michie, que estaba llenando una jeringuilla junto a una vitrina llena de frascos, la miró por encima de sus gafas.

—¿No está aquí ese muchacho de Saturno? —preguntó Betty sonriendo.

El doctor señaló a una puerta que se veía cerrada y Betty agregó:

—Quisiera hacer un último intento para ver si nos dice dónde vive o de dónde escapó.

—No creo que consiga nada. El hombre está muy convencido de que acaba de llegar de otro mundo pero pruebe usted si quiere.

Betty abrió la puerta y entró en una habitación con aspecto de enfermería, en la cual se veían dos pequeñas camas niqueladas. El agente Hyland hacía un elogio de la comodidad de los lechos saltando como un acróbata sobre uno de ellos:

—¿Ve usted? Aquí dormirá estupendamente.

Aznar se volvió hacia Betty y le sonrió.

—Salga un momento, Hyland. Tengo que hablar dos palabras con el señor Aznar.

Hyland vio por la puerta abierta al doctor Michie que le hacía señas de asentimiento y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Seguida de la curiosa mirada del joven, Betty cruzó la habitación y abrió una puerta. Ésta, como había supuesto, daba a un corto pasillo al fondo del cual había un lavabo. El pasillo terminaba en una puerta blindada cuya cerradura estaba en el lado opuesto.

Entró en el lavabo y se alzó de puntillas para comprobar que la ventana daba al patio de estacionamiento de vehículos. La ventana tenía una sólida malla de alambre atornillada al marco.

Betty regresó a la enfermería, donde Aznar la contemplaba como estudiándola.

—Aznar, está usted en buen lío —le dijo Betty bajando la voz en tono confidencial—. Ellos no le han creído una sola palabra,

piensan que está loco.

—Usted también lo piensa —respondió el joven sonriendo con cierta tristeza.

—No importa lo que yo piense. Ellos le ingresarán en un sanatorio psiquiátrico, le aplicarán el electro “schok” y le torturarán de mil maneras para obligarle a reconocer que no es ningún marciano...

—Nunca he dicho que fuera marciano.

—¡Por Dios, déjeme acabar! Ellos le creen loco, y nunca creerán otra cosa, por más que jure usted. Yo puedo ayudarle. Soy periodista. Publicaremos su versión en mi periódico, haremos que el mundo conozca su caso y se interese por usted. Que le interroge un equipo de científicos, no un equipo de psiquiatras. Señor Aznar, tiene usted que huir de aquí, y debe hacerlo en seguida, ahora mismo. El doctor está preparando para usted una dosis de calmante que le dormirá y le volverá tan dócil como un corderillo.

—¿Cree usted que harán eso? —preguntó Aznar alarmado.

—Usted mismo lo va a ver. Mire, allí fuera tengo mi viejo cacharro...

—Quiere decir su viejo automóvil.

—Sí. Voy a pasarle un destornillador entre los agujeros de la malla de alambre que hay en la ventana. Si consigue...

Betty se interrumpió. La puerta se abría en este momento y entró el doctor Michie seguido de Hyland y de otro agente, el cual llevaba bajo el brazo un lío de ropas con todo el aspecto de ser una camisa de fuerza.

—¿Ha terminado usted, señorita Seton? —preguntó el doctor. Y viendo la actitud desolada de ella añadió—: Ya le dije que no conseguiría nada. Déjenos ahora a nosotros.

Betty salió de la habitación quedándose junto a la puerta que Hyland cerró guiñándole un ojo. No tardó en escuchar el ruido de una cama de hierro al ser volcada, la voz excitada del doctor Michie que daba órdenes y confuso rumor de lucha.

Al cabo de unos segundos se entreabrió la puerta y por el resquicio asomaron las gafas destrozadas y la sangrante nariz del doctor Michie, el cual le gritó:

—¡Pronto. Corra usted y llame para que vengan refuerzos!

La puerta volvió a cerrarse, quedando nuevamente amortiguado

el fragor de la batalla que se desarrollaba allí dentro. Pero Betty no se movió, sino que sonrió beatíficamente.

Un cuerpo cayó ruidosamente contra la puerta. Escuchóse el chirrido de los muelles de un lecho. Betty vio moverse el tirador, como si alguien se dispusiera a abrir. Entonces agarró el tirador con ambas manos, apoyó un pie en la jamba e hizo fuerza para que nadie pudiera salir.

—El muchacho parece fuerte —razonó en voz alta—. Espero que deje K.O. a los tres.

Escuchóse un golpe sordo al otro lado de la puerta. Dejaron de forcejear en el tirador. “¡Socorro!”, gritó una voz sofocada. En seguida un rugido, un crujido, y todo quedó quieto y en silencio.

Betty cruzó el dedo anular sobre el índice de su mano izquierda y empujó la puerta. Toda la habitación estaba llena de plumas que revoloteaban por allí después de haber salido de las almohadas destripadas en la lucha. Aznar, el atleta chiflado, erguía victorioso en el centro del campo de batalla. A sus pies yacía un colchón arrollado, del cual asomaban los inquietos extremos de las piernas del doctor Michie. La cabeza, liada con una manta, asomaba por el extremo opuesto de aquel extraño “sandwich” humano.

Junto a la puerta, recostado en la pared y con la gorra sobre los ojos, estaba sentado el agente Hyland, el otro policía yacía en un rincón con la boca abierta, un ojo completamente negro y los brazos y las piernas abiertas en aspa.

Aznar, con el aliento entrecortado, miró a los ojos de la periodista.

—Magníficos músculos —aseguró la muchacha contemplando al atleta con admiración—. Espero que no haya matado a nadie.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritó la sofocada voz del doctor bajo la manta.

—Amarre bien ese emparedado y veamos si podemos salir de aquí —dijo Betty.

Y advirtiéndole que Hyland daba señales de vida fue hasta él, tomó el barrote de una silla destrozada, levantó la gorra del policía y le asestó un golpe en la cabeza.

Hyland exhaló un suspiro y dejó caer la barbilla sobre el pecho. Betty volvió a ponerle la gorra sobre los ojos y esperó a que Aznar acabara de amarrar al doctor y al colchón con las sábanas.

—Voy a salir por la puerta como si nada hubiera pasado —dijo Betty—. Al final del pasillo encontrará un lavabo donde hay una ventana. Yo acudiré allí por la parte de afuera provista de un destornillador y una palanqueta.

Betty salió a la vista de todos, cruzó el patio y alcanzó su flamante automóvil “segunda mano”. De la caja de herramientas tomó un destornillador de gran tamaño, lo más grande que encontró. Mirando a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie la observaba cruzó el sombrío patio y dobló la esquina del edificio en busca de la ventana.

Un poco antes de llegar vio a Aznar que saltaba ágilmente por la ventana. Había conseguido arrancar la malla de alambre sin más ayuda que sus nervudos dedos.

—Venga por aquí —susurró Betty. Y asiéndole de la mano cruzaron corriendo el patio hasta el automóvil.

Un minuto después Betty Seton abandonaba el cuartel de policía llevando agazapado en el asiento posterior al loco “extraterrestre”. El guardián de la puerta apenas si lanzó una distraída mirada sobre el automóvil.

## CAPÍTULO II

**L**A sala de redacción estaba desierta cuando Betty Seton salió en ella. Los periodistas escribían apresuradamente corrigiendo sus escritos echados de codos sobre las mesas. El piso estaba cubierto de cuartillas. A través de los mamparos de cristal de la oficina del redactor jefe se veía a Peter Bendix, “el ogro”, braceando y seguramente gritando como un energúmeno a los apabullados periodistas que iban presentándole sus trabajos.

Betty Seton fue hasta su mesa, arrancó la funda de hule de la máquina, puso una cuartilla en el carro y empezó a escribir con rapidez. Sus pupilas azules centelleaban como las de un insigne músico en trance de espiritual inspiración, a tal extremo que no pudo por menos de llamar la atención de uno de sus colegas vecinos, el cual indicó a otro.

—La máquina de “la palurda” echa humo. ¿Qué le habrá ocurrido?

Betty, que a causa de su procedencia era conocida en la redacción con el sobrenombre de “la palurda”, no oyó el comentario de sus poco piadosos colegas. Sabía no obstante que la llamaban así, y acaso hubiera sonreído compasivamente de haberlo oído, ya que estaba segura de estar escribiendo algo que haría saltar de sus asientos a aquellas ratas de redacción si Peter Bendix no encontraba demasiado atrevido su plan y no arrojaba el escrito al cesto de los papeles.

Betty escribió a toda velocidad por espacio de una hora. Cuando echó atrás la silla y arrancó la última hoja del rodillo de la máquina, la sala de redacción estaba casi completamente desierta. Con sus cuartillas en la mano se encaminó a la oficina del jefe de redactores, el cual estaba trabajando con el jefe de prensa en el ajuste de las planas del periódico.

—Reserven un espacio en la primera plana para mí —dijo Betty

entrando resueltamente en la oficina.

Peter Bendix le dirigió una furibunda mirada a ras de sus cejas hirsutas y excesivamente pobladas.

—Un disgusto es lo que le reservo a usted si de aquí a mañana no me trae algo que justifique al menos el sueldo que cobra —aseguró Bendix sombríamente. Y alargando la mano hacia las cuartillas de Betty preguntó:

—¿Qué patochada es esa que la ha entretenido tanto tiempo?

Betty frunció los labios al entregarle las cuartillas y esperó pálida y con el aliento en suspenso mientras el redactor jefe leía en voz alta:

“Criaturas ultraterrestres sobre la Tierra. Yo hablé con el Hombre de Saturno. Por Betty Seton.”

Peter Bendix levantó sus ojos del papel y los clavó en la cara de Betty.

—¿Qué tontería ha escrito, miss Seton? —bramó.

—¿Por qué no sigue leyendo? —insinuó Betty con voz desfallecida.

Bendix, en efecto, siguió leyendo para sí. Pero a las pocas líneas levantó los ojos para mirar a la periodista y tiró las cuartillas sobre la mesa.

—¿Qué se ha creído que es esto, Seton? —gritó furioso—. ¿Una revista ilustrada para niños?

—Le advierto que no se trata de un cuento —dijo Betty—. La cosa ha ocurrido en realidad.

—¿Quiere decir que una criatura extraterrestre ha llegado verdaderamente a Nueva York? —chilló Bendix.

—Ese es el quid de la cuestión —contestó la joven con entereza—. Un hombre procedente del espacio podría haber llegado a la Tierra y nadie lo creería. Examine el asunto desde este punto de vista, señor Bendix. El hecho de si en realidad ha llegado o no sólo tiene una importancia secundaria. Lo interesante es que, en caso de haber llegado, nosotros no podríamos saberlo a menos que él nos lo dijera. Y entonces, sencillamente, lo tomaríamos por loco y lo encerraríamos en un manicomio. Me refiero, naturalmente, a un ser que fuera en aspecto y sentimientos igual a nosotros.

—¿Sabe que no acabo de entenderla? —preguntó Bendix con la faz torva—. ¿A dónde quiere ir a parar?

—A eso, señor Bendix. Esta noche, mientras me encontraba en el cuartel de la Policía, llegó un agente conduciendo a un joven vestido de forma estrafalaria. El hombre en cuestión aseguró tranquilamente que acababa de llegar a la Tierra procedente del espacio.

—Sería un chiflado, claro.

—Eso pensó el agente que le encontró, el capitán Bliven y yo misma. Pero supongamos que realmente es un ser extraterrestre. ¿Qué oportunidades tendría de ser escuchado y creído, y si en lugar de venir vestido como un astronauta tuviera el mismo aspecto que nosotros y viniera en calzoncillos?

—¿En calzoncillos? ¡Vaya, por Dios, no me diga que fue así como encontraron a ese tipo! —exclamó Bendix.

—Bendix, escuche mi idea. Voy a proponerle que publique mi trabajo. Un ser extraterrestre ha llegado a la Tierra, busca a un policía para que alguien le ayude a regresar a su cosmonave. Es un hombre bueno, sincero y sencillo. Expresa claramente su deseo, pero nadie le cree. En lugar de tratarle cortésmente nos burlamos de él, tratamos de ponerle una camisa de fuerza y recluirle en un sanatorio psiquiátrico. ¿Qué pensaría de nosotros el extraterrestre?

Peter Bendix miró sombríamente a las pupilas relampagueantes de la muchacha, sacudió la cabeza y dijo:

—Ese podría ser quizás el tema para un artículo interesante. Pero lo que usted ha escrito es algo muy distinto. Asegura, sin más ni más, que una criatura extraterrestre ha llegado a Nueva York y vive entre nosotros. Eso no es cierto.

—¿Cómo puede asegurarlo? —preguntó Betty muy excitada—. Escuche esto, Bendix. La idea se me ocurrió de pronto, allí en la comisaría. Regresé donde estaba el muchacho y le incité a huir. Ahora lo tengo en mi automóvil, allí en la calle.

—¿Ayudó a escapar a ese demente? —saltó Bendix.

—Es un loco pacífico —aseguró Betty—. Ahora necesito que me facilite cincuenta dólares y un sitio donde podamos escondernos junto con mi automóvil.

—¡Señorita Seton! —bramó Bendix saltando en pie—. ¡No cuente con el periódico para llevar a cabo un disparate!

—Muy bien —dijo Betty empezando a recoger sus cuartillas esparcidas sobre la mesa—. Iré en busca de otro periódico donde la

gente tenga más ingenio que aquí. Y entonces no pediré cincuenta dólares, sino cien o doscientos.

Bendix la observó atentamente mientras recogía y ordenaba las cuartillas. Súbitamente alargó la mano y retuvo las hojas contra la mesa.

—Todavía es usted empleada del “World and Life” —dijo en una especie de gruñido—. Tengo derecho a acabar de leer estas cuartillas.

—Muy bien. Pero dese prisa —contestó Betty con sequedad.

Peter Bendix volvió a dejarse caer en su sillón giratorio y se puso a leer rápidamente. Sus ojillos se animaban a medida que avanzaba en la lectura. Cuando se encontraba a la mitad levantó los ojos para preguntar.

—¿Qué es exactamente lo que se propone hacer miss Seton?

—Voy a esconderme con el muchacho donde la Policía no pueda encontrarnos. Haré de ese desdichado un auténtico hombre extraterrestre. Hoy relato solamente mi encuentro con él y la sensacional fuga del cuartel de la Policía. Mañana y en días sucesivos escribiré sobre diversos temas relacionados con el hombre del espacio; el éxodo de una raza supercivilizada en busca de un planeta donde refugiarse; el desarrollo de una cultura distinta a la nuestra, y sobre todo el contraste de nuestro mundo y nuestras costumbres con el de Aznar. Voy a desollar a nuestra sociedad poniendo en ridículo nuestros prejuicios y lo que consideramos reglas y barreras inabatables, visto a través de los ojos de un ser extraterrestre que nos ha de encontrar forzosamente ridículos y absurdos. Eso es lo que pienso hacer, y regresaré a mi granja para dedicarme a la cría de cerdos si no armo un estrépito periodístico que pone al mundo sobre ascuas.

—Pero algún día se descubrirá la falsedad de todo lo que ha escrito —insinuó Peter Bendix.

—Seguramente, mas ¿eso qué importa? Si no puedo deshacerme del fantástico personaje de una manera elegante, haciéndole regresar con los suyos, defraudado por todo cuanto aquí ha visto; por ejemplo, haré punto final con la consabida fórmula de: “Nada de cuanto ustedes han leído ha ocurrido en realidad. Pero pudo haber ocurrido y nadie puede predecir que no ocurra alguna vez o esté ocurriendo ahora mismo en cualquier punto de nuestro absurdo

planeta.” El público habrá vivido unas jornadas de emoción y nuestro periódico se venderá por millones. Observará que en mi relato he bautizado al loco con otro nombre más eufónico, Takau.

Peter Bendix se quedó mirando a la muchacha con expresión ausente.

—Mike —dijo de pronto, volviéndose hacia el expectante jefe de talleres—. Reserve los titulares y un buen espacio en primera página para el trabajo de miss Seton. Haremos una tirada tres veces superior a la normal, corriendo el riesgo de que el dueño nos despidan a todos. Voy a terminar de leer esto.

Betty Seton se desplomó en el diván que había junto al mamparo de cristal. Sentía vehementes deseos de echarse a llorar, aunque también tenía ganas de reír a carcajadas. Un sudor frío le invadía el cuerpo, a la vez que la alegría le regodeaba en el corazón.

—¡Bravo, Betty! —rugió Bendix llamándola por el nombre—. Presentaré la dimisión como redactor jefe si este libelo no levanta ampollas en la piel de todos los propietarios de periódicos de los Estados Unidos.

Y tomando un lápiz de color anotó en el margen superior de la primera cuartilla el tamaño de las letras de los titulares. Luego, arrolló las hojas, las sujetó con una goma y lanzó el paquete por el tubo neumático que comunicaba con la sala de linotipias.

—Vaya por ese Takau, entre en el almacén y métele en mi automóvil. Voy a buscarle un escondite entre las casas que se ofrecen en alquiler en nuestra sección de anuncios.

Betty hizo todo aquello en cinco minutos y regresó a la oficina del jefe.

—¿Seguía Takau en su automóvil? —le preguntó Bendix.

—No pudo moverse de allí, porque le dejé encerrado.

—No olvide que si lograra escapárseles echaría a perder nuestro plan.

—Ya lo sé.

—Tal vez fuera conveniente que le acompañara uno de nuestros muchachos en calidad de celador.

—La presencia de un extraño podía despertar la susceptibilidad de Aznar. Yo procuraré hacerle creer que le persigue la policía para mantenerle asustado y que no intente escapar.

—Corre usted un grave riesgo al encerrarse a solas en una casa

con un demente. ¿Quién sabe si no le dará la locura por estrangularla?

—¡Oh, no! Aznar es un muchacho pacífico. Y si le diera por la violencia no sería necesario un celador, sino media docena de robustos boxeadores para reducirle. Tiene la fuerza de un titán —aseguró Betty con una especie de extraña complacencia.

—Bueno. No deje de avisarme para que le mande refuerzos si le ve intranquilo —dijo Bendix—. Aquí tiene usted la dirección de la casa y cincuenta dólares para gastos extraordinarios. Arreglaré lo del alquiler con el dueño, pero ahora tendrán que entrar por alguna ventana. Mañana temprano enviaré a alguien para que recoja mi automóvil. Y ahora apresúrese. La policía vendrá a buscarla de un momento a otro.

—Voy a pasar por mi piso para recoger algunas cosas —indicó Betty mientras salía—. Le mandaré mis artículos por correo.

Fidel Aznar daba cabezadas en el asiento posterior del automóvil de Peter Bendix. Despertó al oír el chasquido de la portezuela al abrirse. Betty le sonrió animosamente, empuñó el volante y puso el motor en marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó el joven.

—He localizado una casita deshabitada en Long Beach. Allí estará usted a salvo mientras la policía revuelve de arriba a abajo la ciudad —aseguró Betty mientras sacaba el coche por la puerta del almacén.

Poco después rodaban por la ruta 27 en dirección a Long Beach, donde estaba enclavada la casita “alquilada” por el periódico.

Las 25 millas de excelente ruta, muy transitada en verano por los neoyorquinos que escapaban de su escalfada ciudad hacia las playas durante los fines de semana, acabaron por dormir completamente a Aznar recostado contra el asiento posterior.

Aunque sentía verdadera hambre y le quemaban en el bolsillo los cincuenta dólares que podían proporcionarle un succulento desayuno, Betty no se atrevió a detenerse ni entrar en ninguno de los paradores del camino.

Confiaba en que Peter Bendix no osaría publicar su fotografía en el periódico.

Pero si no el “World and Life”, otros periódicos de la tarde publicarían su fotografía. El dueño de cualquiera de aquellos

paradores recordaría perfectamente a Betty y proporcionaría una pista a la policía. Betty Seton, desde luego, estaba segura de que su reportaje iba a levantar “ampollas” incluso en el asfalto de las calles de Nueva York.

Amanecía cuando llegaron a Long Beach. Betty encontró sin dificultad la casa que habían escogido como refugio. Se trataba de una pequeña “quinta” que imitaba la construcción de los “bungalows” australianos. La muchacha detuvo el coche bajo unas acacias y sacudió a su pasajero.

—¡Vamos, despierte! Hemos llegado.

El joven abrió los ojos y miró a su alrededor. Una extraña expresión de felicidad y admiración brilló en el fondo de sus inteligentes pupilas a la vista del paisaje que iba surgiendo de la oscuridad a favor de la lechosa claridad del alba.

Entonces hizo una cosa extraña. Saltó del automóvil lanzando una exclamación de alegría, se echó de rodillas, apoyó en el suelo las palmas de las manos y se inclinó para aspirar la fragancia del césped húmedo y tierno.

La forma en que husmeó la tierra confirmó en Betty la seguridad de que estaba completamente chiflado. Sin embargo, no era la expresión de un loco la que lucía en los azules ojos cuando éste se irguió y miró a la periodista.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Betty desconcertada, sintiendo un hondo e indefinible malestar.

—Usted no puede comprenderlo, hacía más de veinte años que no aspiraba la fragancia de la hierba verde.

—¿Por qué?

—No hay prados en nuestra astronave.

—¡Oh, le comprendo!

Cinco minutos más tarde Betty Seton y Fidel Aznar se introducían en la casa por una ventana. La periodista hizo una detenida exploración de toda la “quinta”. Cuando regresó al “living” encontró a Aznar en el mismo sitio que le había dejado; es decir, de pie ante la ventana contemplando el paisaje con expresión de éxtasis.

“Me parece que este pollo está tomando demasiado en serio su papel de extraterrestre —refunfuñó Betty para sí—. El pobre está más loco que un cencerro.”

Betty encontró en la cocina un bote de café, al parecer abandonado por los anteriores inquilinos de la casa. Cuando estaba hirviendo el agua sobre una cocina de petróleo escuchó gritos desaforados que la hicieron salir disparada hacia el “living”.

—¡Mire! ¡Mire, miss Seton! —gritó Aznar muy excitado, señalando por la ventana.

Betty, que lo menos esperaba verle colgando de una viga por el cuello, recobró en parte el aliento y se acercó a la ventana. Los rayos del sol saliente la obligaron a hacer pantalla con una mano sobre los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. No veo nada.

—El sol, señorita Seton. ¡Está saliendo el sol! ¡Es maravilloso!

—¿Y por eso se pone a chillar? —masculló Betty fulminándole con la mirada. Y luego, mientras volvía hacia la cocina, farfulló para su capote—: “¡Hombre, ve y que te zurzan!”

### CAPÍTULO III

**R**eprodúcete, serpiente, al hombre de Saturno, tú sola, sobre la tierra!

Los transeúntes, con el sueño todavía pegado a los párpados, se arremolinaban en torno al muchacho vendedor de periódicos. Desde el interior del automóvil, Betty Seton contemplaba la escena llena de orgullo y satisfacción. Sobre las rodillas tenía extendido un ejemplar del “World and Life”. Era el único periódico de Nueva York que hablaba del “hombre de Saturno”.

Con su vanidad ya satisfecha, Betty Seton esperó en el automóvil leyendo y volviendo a leer lo que ella misma había escrito hasta que las tiendas de Long Beach empezaron a abrir sus puertas.

Tanto los compradores como los dueños y los dependientes de las tiendas donde Betty entró estaban tan excitados con motivo del “hombre de Saturno” que nadie debió fijar su atención en la muchacha rubia de sonrisa misteriosa.

Betty llenó dos bolsas de provisiones, compró tinte para el cabello, y regresó a la “quinta”.

Temía que Aznar se hubiese escapado mientras ella estaba ausente, pero pronto se tranquilizó. Aznar dormía profundamente en una de las habitaciones de la casa.

Betty sonrió, volvió a cerrar la puerta con sigilo y se puso a comer. Mientras comía volvió a leer su reportaje, aunque hubiera sido capaz de repetirlo palabra por palabra, sin omitir punto ni coma.

Después de haber saciado su apetito procedió a teñirse el cabello y las cejas. Estaba frotándose la cabeza con una toalla cuando llamaron a la puerta.

—¡Ah! ¿Es usted, Warton? —exclamó Betty reconociendo a uno de los empleados de la redacción del “World and Life”—. ¿Viene por el coche del señor Bendix?

—Sí. Y también le traigo las llaves de la casa y el recibo del alquiler. ¿Dónde está el extraterrestre? —preguntó Warton entrando en la casa.

—Duerme. A decir verdad también yo estoy muerta de sueño. Creo que voy a acostarme un rato. Dígame, Warton, ¿cómo reaccionó el público ante nuestro reportaje?

—La gente se ha bebido literalmente su reportaje. Las dos tiradas primeras se vendieron como pan bendito y hubo que sacar otra. Bendix espera que prepare algo realmente bueno para esta noche. Necesitamos más leña para atizar el fuego.

—Lo haré, sí. ¿Ha ido la policía a buscarme a la redacción?

—No hasta el momento que yo salí. Bueno, me voy a casa. Bendix enviará a alguien para que recoja su trabajo —Warton se detuvo ya en la puerta como si quisiera añadir algo más. Y lo hizo—. Sinceramente, no le pronostiqué a usted muy buen futuro cuando llegó a la redacción. Su estilo sigue siendo rebuscado y confuso, pero tiene imaginación.

—Gracias, Warton —murmuró Betty enrojeciendo.

El viejo periodista se marchó y Betty cerró la puerta. Le envanecían las palabras de Warton. Sin embargo, lo que éste atribuía a su fértil imaginación ¿no era lo sucedido en realidad? En todo caso las felicitaciones deberían ser para Fidel Aznar. ¡Pobre muchacho!

A Betty le habría gustado en este momento saber algo más acerca de los locos. ¿Podía un chiflado vivir una personalidad imaginaria hasta el punto que era vivida por Aznar?

—Arakoa puao —dijo una voz a sus espaldas.

Betty se volvió para mirar a Aznar, el cual le sonreía desde la puerta del dormitorio. Él reparó entonces en el cambio de color del pelo de Betty.

—¿Se ha teñido el cabello? Lástima, tenía un color dorado muy bonito.

—No creí que se hubiese fijado —murmuró Betty—. Fue necesario hacerlo. La policía me anda buscando y mi fotografía seguramente aparecerá en los periódicos de la tarde.

—¿Qué delito ha cometido?

—Haberle ayudado a escapar.

—¿Se han convencido al fin de que realmente soy un

extraterrestre? Me buscan para interrogarme, ¿no es cierto?

Betty se mordió el labio inferior sin contestar.

—No es por eso —murmuró Aznar—, piensan que estoy loco. Y usted lo cree también.

—¡No, yo no! —protestó Betty poniéndose encarnada.

—Debo decírselo ahora, señorita Seton, no sería honesto ocultárselo más tiempo. Es inútil que trate de engañarme, yo sé todo cuanto piensa. Conocía su propósito anoche, cuando me animaba a escapar. No tenía intención de seguirle. Si escapé fue porque vi en el doctor la intención de inyectarme una droga hipnótica. Usted nunca creyó que yo fuera realmente un hombre de otro mundo, pero pensó hacérselo creer a sus lectores. Eso iba bien a mis propósitos. A través de su periódico puedo decir la verdad, hacer que el mundo conozca mi historia, inclinar la opinión pública a mi favor. Lo prefiero a que me encierren en una celda y me sometan a tratamiento como un enfermo, sin darme la oportunidad de demostrar que estoy en mi sano juicio.

Betty le miraba boquiabierta. ¿Era propio de un demente expresarse en estos términos? No lo sabía, pero se hizo el firme propósito de no dejarse engañar.

Aznar meneó la cabeza sonriendo.

—No, señorita Seton, no la engaño. Tampoco debe asustarse. Es verdad, puedo seguir todos sus pensamientos. No hay nada sobrenatural en ello, créame. El fenómeno se llama telepatía. No es ningún truco... cálmese, por favor. ¿Llamar a la Policía? ¡Qué tontería! Iba usted a escribir una sarta de mentiras sobre la historia de un falso extraterrestre, ¡y yo le ofrezco la oportunidad de contar una historia verídica!

Betty estaba aterrada. ¡Aquel hombre iba adivinando todos sus pensamientos!

Estaba temblando. Aznar se acercó, se inclinó ligeramente sobre ella y le miró fijamente a los ojos. Él le habló suavemente, persuasivamente.

—No tiene nada que temer, Betty. Tranquilícese.

Betty sintió desaparecer su temor. Los ojos de Aznar ejercían una acción sedante sobre ella. Experimentó cierto sobresalto cuando pensó que él la iba a hipnotizar.

—No voy a hipnotizarla —dijo Aznar.

—Si puede leer mis pensamientos, también conocerá mis dudas y el motivo por el que no puedo creer lo que dice —se disculpó Betty.

Fidel Aznar consideró estas palabras. Tomó asiento en el diván, frente a la butaca de Betty Seton, y la contempló de una manera detenida y profunda.

—Veo en usted una chica sumamente desconfiada. Parece vivir dentro de una armadura de hierro. Desde el interior de su coraza repele todo cuanto la rodea. Desconfía de las intenciones de la gente y no concede ningún crédito a las palabras. Si no cree en las palabras, ¿en qué cree entonces? No tiene la facultad de leer en el pensamiento. Si la tuviera todo sería mucho más fácil para usted. Entonces vería el interior de las personas, conocería sus verdaderas intenciones y sabría lo que es falso y lo que es verdadero.

—¡Oh, sé muy bien cuándo intentan engañarme!

—¿De veras? ¿Cómo puede saberlo?

—Es fácil —dijo Betty con cierta amargura—. Basta aplicar unas reglas muy sencillas. Suponga que alguien ofrece cambiarle dólares a noventa centavos. Con toda seguridad se trata de dólares falsos. O que un banquero maduro me ofrece regalarme un apartamento amueblado en la Quinta Avenida. Lo que ese tipo busca es hacerme su concubina. Nadie regala nada.

—Pero esos son casos muy extremos, en donde lo que priva es el egoísmo humano.

—El egoísmo es la fuerza que mueve el mundo, señor Aznar. Tome como ejemplo mi caso. Yo no le habría ayudado a escapar si no hubiese pensado que podría aprovecharme de usted escribiendo una serie de reportajes. ¿Qué esperaba con ello? Sencillamente, demostrar que soy una buena periodista y conseguir que se me admitiera en la plantilla del “World and Life”. Necesito la fijeza en el periódico para cobrar un sueldo con el cual vivir. ¿Está claro?

—Bien, ¿por qué no continuar entonces en su primitiva idea? —propuso Fidel Aznar—. Yo también esperó conseguir algo de sus reportajes. Espero convencerles de que realmente soy un ser de otro mundo y alguien me proporcione los medios para comunicar con mi gente e indicarles dónde me encuentro. Ambos podemos beneficiarnos de esos reportajes que usted se proponía escribir.

—No se haga muchas ilusiones. Nadie le creerá.

—¿Por qué?

—Pues porque es una tontería. ¿Quién va a creerse una historia tan inverosímil?

—No le comprendo. Usted esperaba hacer creer a sus lectores que había llegado un ser extraterrestre, y que ese hombre era yo, ¿no es cierto?

—Supongo que algún alma de cántaro lo habrá creído por el solo hecho de haberlo leído en un periódico. En realidad no se trata de convencer a la gente, sino simplemente de crear un clima de temor propicio a la duda y a la polémica. La gente lee una noticia increíble. Luego discute, se preocupa, compra más periódicos para ver cómo ha terminado aquello, y mientras crece la fama del autor del reportaje y aumentan los beneficios de la empresa propietaria del periódico. No hay más y nadie pretende más que eso.

—Pues no es muy honrado —dijo Fidel Aznar—. Si alguien hiciera eso en mi mundo sería castigado por libelo.

—¿Su mundo, Aznar? —preguntó Betty sonriendo—. ¿Y cuál es su mundo? Su apellido no suena a extraterrestre. Y habla español. ¿Cómo aprendió español?

—Ese es nuestro idioma.

—¡Vaya, por Dios! —dijo Betty echándose a reír.

—Ya veo que no me cree usted —dijo Aznar contemplándola con el ceño fruncido—. Tal vez sea mejor desistir. En alguna parte encontraré gente más crédula dispuesta a ayudarme.

—Sí, tal vez entre los psiquiatras. ¿Por qué no lo intenta?

—¿Es un desafío?

—Salga a la calle en calzoncillos, póngase a gritar que es un hombre de otro planeta y verá lo que ocurre. Aunque no sé por qué digo esto. Ya tuvo su experiencia ayer. ¿Quiere de verdad que le lleven a un manicomio?

—No me gustaría —dijo Fidel Aznar—. Me imagino que allí tendría menos oportunidades que en cualquier otro sitio de demostrar mi personalidad.

—Es que realmente ha tenido usted mala suerte —dijo Betty en son de zumba—. Si al menos su aeronave hubiese aterrizado en Central Park, o si hubiese conservado su traje de astronauta o si al menos llevase encima un documento de identidad expedido en Saturno... Pero nada de eso ocurrió. Llegó usted a la Tierra en

calzoncillos y en botas de goma. ¿A quién se le ocurre?

Los azules ojos de Fidel Aznar chispearon maliciosamente.

—Si al menos hubiese conservado mi equipo de astronauta, ¿creería usted que soy un viajero de otro mundo?

—No sólo lo creería yo, sino que posiblemente pudiera convencer a alguien más. Eso, suponiendo, claro está, que su equipo de astronauta no fuese de cartón.

—Como Don Quijote.

—¿Cómo dice?

—Recuerde, don Quijote se construyó una celada de cartón antes de emprender aquella loca aventura que inspiró en Cervantes su famosa novela de caballería “Don Quijote de la Mancha”.

—No sé de qué me habla.

—¿De veras no conoce la obra de Cervantes?

—¿Quién es Cervantes?

Fidel Aznar la miró de nuevo de aquella forma extraña, como si penetrara en su pensamiento a través de sus ojos.

—Veo que realmente no conoce a Cervantes. Tal vez nunca existió un Cervantes en esta Tierra. O existió y no escribió su Quijote... o lo escribió y se perdió. Es curioso —murmuró el “hombre de Saturno”.

—¿El qué es curioso? —interrogó Betty picada en su curiosidad.

—Que unas cosas hayan ocurrido y otras no. Dígame, ¿al menos existió Cristóbal Colón?

—¡Naturalmente! Oiga, ¿qué jaleo se lleva en mente?

—Mejor será que no se lo diga. Me tomaría por loco. Aunque a decir verdad, nunca creyó que estuviera cuerdo. ¿Cómo podría conseguir alguna ropa? Quisiera salir a la calle, visitar una Biblioteca y leer algunos libros de Historia.

—Siento decirle que no tenemos dinero para comprarle ropa. Un traje de caballero cuesta mucho, y ese tacaño de Bendix sólo me dio cincuenta dólares, parte de los cuales he gastado en comida. Por cierto, ¿no tiene usted hambre?

—Mucha.

—Le prepararé algo de comer. ¿Qué prefiere? Tenemos huevos, jamón, tocino, carne congelada, patatas, leche, mantequilla, mermelada...

Betty se puso en pie y Aznar la contempló con aire pensativo.

Por primera vez el “hombre de Saturno” reparaba en la muchacha desvinculándola de su condición de periodista para estudiarla como mujer. Vio entonces una joven de unos 20 años, de un metro sesenta y cinco de estatura, engañosamente delgada, pues tenía redondas caderas y firmes nalgas, y piernas derechas y bien torneadas. Los grandes ojos azules armonizaban con el cabello rubio y largo, aunque Betty acababa de teñirlo de un rojo cobrizo, que tampoco estaba mal. Era muy bonita.

Al “hombre de Saturno” debió parecérselo. Sus ojos se fijaron en el joven y erguido busto que modelaba un jersey blanco de cuello de cisne, y por primera vez Betty temió encontrarse a solas con el desconocido en una pequeña casa aislada junto a la desierta playa.

—¿Qué quiere comer? —murmuró Betty sintiéndose incómoda bajo la penetrante mirada de Aznar.

—No tiene que molestarse por mí, yo mismo me prepararé la comida.

—Bueno, haga lo que quiera. Voy a salir al sol a secarme los cabellos —dijo Betty.

Salió al porche de la casa y se removió en uno de los dos sillones metálicos que formaban juego con un velador, de forma que sus cabellos húmedos quedaran expuestos al sol.

Pensando en Aznar se sentía profundamente desanimada. Aparentemente no había razón para ello. Quiso proteger a un pobre chiflado y utilizar su locura para escribir una serie de reportajes fantásticos que deberían darla a conocer en el mundo del periodismo. Todo se había malogrado. ¿Por qué? Pues porque Aznar no era un loco. ¿O sí lo era?

“¡Dios mío, que mala suerte!” —se dijo.

Quizás recibía el justo castigo a su pecado. No estaba bien aprovecharse de un pobre demente para lanzar al aire una historia que nadie había de creer. ¿Pero acaso ella pretendió nunca que la creyeran?

El verdadero propósito de Betty se estaba diluyendo en una serie de ingredientes en los que no había contado. Si este Aznar no era un chiflado debía ser un fresco. Tal vez, como ella misma, buscaba notoriedad. Estaba de moda. Artistas de toda condición; escritores, estrellas de cine, cantantes de moda, pintores... se vestían de forma extravagante y hacían las cosas más absurdas para llamar la

atención. E increíblemente, ¡lograban su propósito!

¿Era Fidel Aznar uno de estos tipos? ¿Se descolgaría más tarde presentando una colección de cuadros supuestamente pintados en Marte o Saturno? La gente se reiría... ¡y a lo mejor incluso compraba sus cuadros!

No tendría ninguna gracia que buscando la propia notoriedad le hiciera la cama a este tipo. El mundo se estaba acostumbrando a la idea de que el genio solía andar asociado a la extravagancia. Hacerse pasar por loco, comportarse y hablar como un loco quizás hiciera famoso a Aznar. Pero a ella la hundiría en el ridículo. El mundo entero se reiría de su credulidad.

“¡En qué mala hora se me ocurriría esta idea!” —se dijo.

Fidel Aznar, el hombre que en el reportaje de Betty aparecía con el nombre de Takau, salió a la galería y quedó contemplando el océano con aire de complacencia.

—¡Qué hermoso es! —exclamó.

—¿Es usted de tierra adentro?

—¿Cómo? ¡Ah, ya entiendo lo que quiere decir! Le sorprende que sienta tal admiración ante el mar. He visto el mar antes de ahora, pero no en este planeta. La última vez fue en Aqua, pero de eso hace mucho tiempo, unos treinta años.

—¡Treinta años! ¿Qué edad tiene usted? No representa más de veinte.

—Tenía veinte años cuando estuvimos en el planeta Aqua.

—Y han pasado treinta desde entonces. ¡Vamos, Aznar, eso no hay quien se lo crea! —exclamó Betty irritada.

Fidel Aznar se limitó a seguir contemplando el mar en silencio.

—Voy a echar una siesta —gruñó Betty poniéndose en pie.

Se detuvo a contemplar a Aznar.

—Espero que no se le ocurra salir con esa facha.

—¿No puedo pasear por la playa?

—No en calzoncillos, ni lo piense. Llamaría la atención de los vecinos y podrían arrestarle.

—No me moveré de aquí —prometió Aznar.

Betty Seton entró en la casa. Al meterse en la habitación tuvo buen cuidado de echar la llave por dentro y asegurar las ventanas.

## CAPÍTULO IV

**E**l día había cambiado de signo cuando Betty se levantó y abrió la puerta dando un vistazo a la playa. Se le despejó el horizonte a través de una neblina de sucios humos. Se puso unos pantalones vaqueros y unos zapatos planos y salió de la habitación.

Buscó a Aznar por toda la casa y al no encontrarle temió que se hubiese marchado. Entonces vio sobre la cama de la segunda habitación los calzoncillos y la camiseta.

—No puede haberse marchado en pelotas —se dijo Betty para sí misma. Luego reflexionó—: ¿O tal vez sí?

Salió al porche de la casa y oteó la playa. Entonces vio a Fidel Aznar que salía del mar con agua hasta el pecho. Betty esperó entre avergonzada y curiosa mientras le veía avanzar. Pero cuando el agua llegó a la altura de la cintura del hombre comprobó que no estaba totalmente desnudo. Llevaba un “short” de baño estampado de colores chillones.

Fidel Aznar vino a través de toda la playa y alcanzó el porche. Betty admiró no sin turbación la anchura de sus hombros, la poderosa musculatura del tórax y el grosor de los muslos y los brazos. Loco o cuerdo, aquel Aznar tenía la hermosa perfección de una estatua griega.

Betty quedó tan impresionada que casi perdió el aliento.

Mientras tanto, él la miraba sonriendo. ¡Tal vez leía su pensamiento! Betty se sintió terriblemente avergonzada. Su vergüenza se tradujo en un arrebato de furia.

—¿Por qué salió de la casa sin avisar? ¡Pensé que se había ido! ¿De dónde sacó ese bañador?

—Debo confesar que lo robé —dijo Aznar. Señaló una casa vecina, a unos doscientos metros de distancia—. Estaba puesto a secar en el tendedero y me apropié de él. Pero lo devolveré en cuanto me vista.

—Démelo a mí, yo iré a devolverlo. No quiero que le vean.

Aznar entró en la casa. Poco después reaparecía en calzoncillos y tendía el húmedo “short” a Betty. Ella fue hasta la casa, pero al llegar comprendió que sus temores carecían de fundamento. No había nadie en la casa, seguramente los vecinos olvidaron el bañador en el tendedero al marcharse.

Dejó el “short” en la cuerda y regresó. Aznar estaba tumbado en el diván escuchando la radio. Ya era hora de que se pusiera a escribir la continuación de su relato fantástico y sacó de la funda la pequeña máquina de escribir que había traído consigo.

Puso la máquina sobre la pequeña mesa, introdujo un folio en el rodillo y empezó a escribir. A las dos líneas sacó violentamente el papel, hizo con él una bola y lo arrojó al suelo. Empezó de nuevo, y de nuevo sacó el papel y lo arrugó con gesto colérico.

—¿No salen bien las cosas? —preguntó Aznar sin moverse.

—¡Es esa maldita radio que no me deja concentrarme! —dijo furiosa. Se levantó, fue a la radio y la apagó. Entró en la habitación para buscar un paquete de cigarrillos y regresó ante la máquina.

Aznar la observó y luego tendió la mano, cogió un cigarrillo del paquete y lo encendió. Pero empezó a toser y hubo de aplastar el cigarrillo en el cenicero. Se levantó, se dirigió a la cocina y abrió la nevera para tomar un botellín de zumo de naranja.

Betty había logrado encarrilar su relato cuando él regresó y quedó de pie tras el sillón leyendo por encima de su hombro.

—¿Quién es ese personaje, Takau? —preguntó Aznar.

—Es un nombre ficticio, se trata del hombre del espacio, es decir, usted.

—¿Está escribiendo sobre mí? ¡Qué divertido! Léame lo que ha escrito.

—Léalo usted mismo.

—Creo que escribe en inglés, ¿no es cierto? No hablo ese idioma.

Betty dejó de escribir y levantó el rostro haciendo girar su delicado cuello.

—¿Se está burlando de mí?

—Le digo la verdad. No hablo inglés. En mi mundo es una lengua muerta. Puedo hablarle en bartpurano, en thorbod, en ankorano, incluso en griego. Pero nunca he estudiado inglés.

—¿Usted es español, no es cierto?

—Soy valerano, descendiente de españoles. Mi abuela era bartpurana pura. ¡Encantadora Yawna! Dios sabe dónde estará en estos momentos.

Betty Seton volvió a clavar sus ojos en las líneas escritas. De nuevo, como aquella mañana durante unos instantes, experimentó una extraña sensación, como si de pronto se viera suspendida sobre un abismo desconocido, aterrador y al mismo tiempo sorprendente. De pronto, sin saber porqué, se puso a leer en voz alta lo que llevaba escrito:

“Ayer me refería a Takau llamándole impropriamente “el hombre de Saturno”. No hay tal “hombre de Saturno”, Takau se apresuró a corregirme en cuanto lo supo. Su cosmonave se encuentra en algún lugar en las proximidades de Saturno, lejos de la mirada de los terrícolas, mientras desde allí operan los “platillos volantes” que vienen a explorar la Tierra y a estudiar nuestras condiciones de vida. De hecho llevan varios años observando nuestras costumbres. Sin embargo, esta mañana, Takau se mostraba pesimista. Parece ser que cuanto más nos conocen, mayores son sus dudas de que podamos llegar a un pacto amistoso. Takau me expresó francamente su temor de que los terrícolas no seamos capaces de utilizar debidamente los enormes beneficios de su considerable desarrollo tecnológico. Peor todavía que eso; teme que ni siquiera sea posible alcanzar un acuerdo respecto al territorio que su pueblo exigiría a cambio de su tecnología...”

—¿Por qué ha escrito eso? —exclamó Fidel Aznar. Se movió alrededor del sillón de Betty, alargó la mano y arrancó el papel de la máquina de escribir.

—¡Oiga! —rugió Betty saltando en pie—. ¿Cómo se atreve?

—¿Cómo se atreve usted a escribir tan graves mentiras?

—¿Mentiras, dice? ¡Vaya, eso tiene gracia! No ha dicho usted una sola verdad desde que le llevaron a la comisaría del puerto... ¡y me acusa a mí de mentirosa!

—Si quiere escribir la historia de un extraterrestre, ¿por qué no escribe la verdad?

—¿Y cuál es la verdad? ¿La suya?

—Ya sé que usted no me cree. Pero entonces, ¿qué más le da escribir una cosa u otra? No diga que estamos allí espiando la vida

terrácola, ni menos que nos proponemos intercambiar tecnología por un territorio en la Tierra. No tenemos ninguna aspiración sobre este planeta. Decirlo así sería faltar a la verdad... y atemorizar innecesariamente a la gente.

—La gente necesita ser atemorizada para vibrar. No es concebible una historia acerca de unos seres extraterrestres sin la sombra preocupante de una invasión. ¡No tendría ningún interés!

—¡Pero es que nosotros no queremos invadirles, demonio! Vinimos a parar aquí por casualidad y es lógico que nos paremos a curiosearles. Este planeta es de un interés extraordinario para nosotros. ¡Es otra Tierra, poblada por seres idénticos a nosotros, con una historia que ha seguido un camino paralelo, que incluso habla los idiomas que se hablaron en nuestra Tierra y ha dado idénticos nombres a los lugares geográficos! Si usted no fuera una persona tan inculta como absurda comprendería la enorme importancia de este hecho. La Tierra, América, la ciudad de Nueva York, Cristóbal Colón, el periódico en el que usted escribe, ¡usted misma, ha existido, incluso con igual apariencia y el mismo nombre, en otro planeta idéntico a éste!

Betty Seton miró fijamente a Fidel Aznar y luego se dejó caer en el sillón.

—Usted no me cree, ya lo sé —dijo Aznar—. Sin embargo, ¡que estupenda serie de reportajes podría escribir si quisiera escucharme!

—No le creo una palabra —dijo Betty—. Pero reconozco que tiene mucha más imaginación que yo. De modo que si quiere relatar la historia de su invención, yo trataré de darle forma literaria, y algo saldremos ganando los dos. ¿Estamos de acuerdo?

Fidel Aznar la miraba entre sorprendido y divertido. Betty le señaló el diván donde antes había estado echado.

—Vamos, póngase cómodo y vaya hablando. Le escucho.

Aznar tomó asiento en el diván, cruzó una pierna sobre otra y se retrepó adoptando una posición cómoda. Y empezó a hablar.

Betty Seton escuchó una historia fabulosa de un increíble “autoplaneta”, especie de planetillo hueco del tamaño de la Luna que se movía por sus propios medios, viajando a través del espacio a velocidades sorprendentes, albergando en su interior un pequeño mundo en el que vivían varios millones de seres humanos. Este planetillo se llamaba “Valera”, y las gentes que en él viajaban y

vivían se llamaban valeranos.

Con una seriedad absoluta, como quien cree en sus propias palabras, Fidel Aznar relató la última y apasionante experiencia de “Valera”. Al parecer, los valeranos se habían propuesto viajar a través de una zona misteriosa y desconocida llamada “hiperespacio”, utilizando una nueva técnica que les permitiría volar a una velocidad varias veces superior a la velocidad de la luz.

—Pero eso es absurdo —objetó Betty Seton—. Según las leyes de la mecánica universal ningún objeto puede desplazarse a mayor velocidad que la luz. A mayor velocidad que la luz su “autoplaneta” transformaría la energía en masa y adquiriría proporciones inconmensurables. ¿Qué ocurriría entonces con la tripulación?

Betty Seton ni siquiera supo por qué dijo esto. ¿Algún lejano recuerdo de una lección de Física olvidada? ¿O fue el propio Aznar quien le sugirió esta observación?

Razonablemente debió ser Aznar quien introdujo esta idea en el pensamiento de Betty para hacer alarde de su sorprendente imaginación. Aznar se sacó limpiamente un nuevo truco de la manga.

Los valeranos sobrevivieron perfectamente a tan terrible prueba. ¿Cómo? Muy sencillo, en ese momento no se encontraban en “Valera”, se habían “ausentado”.

Aquí Fidel Aznar tuvo que retroceder en el tiempo para introducir un nuevo elemento en su relato, la fabulosa máquina “Karendón”. ¡Vaya con Aznar!

Los valeranos sobrevivieron perfectamente a tan terrible prueba.

Al parecer los valeranos habían incorporado la máquina “Karendón” a su amplio repertorio de conocimientos tecnológicos en cierto hiperplaneta que luego llamaron “Atolón” por su curiosa forma de anillo. Pero la historia de “Atolón” era capítulo aparte, un capítulo tan denso y ameno que por sí solo podía servir para relatar otra leyenda completamente distinta.

La “Karendón” era el “no va más” de todos los inventos realizados por el ingenio humano; una máquina que analizaba los componentes subatómicos de las cosas, y posteriormente realizaba infinitas copias del objeto analizado, transformando la energía en materia. Las posibilidades de la “Karendón” eran infinitas.

—¿Por ejemplo, sería capaz de fabricar lingotes de oro? ¡Luego

quien poseyera una “Karendón” sería inmensamente rico!

—No sea tonta —replicó Fidel Aznar—. Una nación que tiene infinito número de máquinas “Karendón” no tiene necesidad de fabricar oro. ¿Para qué? El oro no tiene ningún valor en un país donde las “Karendón” producen incansablemente todos los artículos y productos que la sociedad pueda necesitar. No hay nada en nuestro mundo que usted pueda comprar con oro. Naturalmente que fabricamos oro, va muy bien para cañerías y desagües debido a sus excepcionales cualidades anticorrosivas.

—¿Quiere decir que en su país utilizan grifos de oro en el baño, como aquí los multimillonarios? —preguntó Betty atónita.

—En nuestro mundo no supone un lujo, sino una utilidad.

Las máquinas “Karendón” no sólo desintegraban y copiaban la estructura de los metales. Los vegetales y los mismos animales estaban estructurados igualmente sobre una base atómica. Por consiguiente, a partir de la “Karendón”, los valeranos pudieron abandonar la agricultura y la ganadería. Vegetales y carnes de toda clase eran producidos en cantidades industriales por las incansables “Karendón”. Una ternera era introducida en la cámara de una “Karendón” y la máquina la desintegraba. Esta desintegración o “desmaterialización” era condición indispensable para que, en una fracción de segundo, la máquina pudiera analizar la materia y establecer el lugar infinitesimal en que se encontraba cada átomo de unas características determinadas. La fórmula obtenida por la máquina quedaba reflejada en una cinta perforada. Ahora bien, si esta cinta perforada se introducía en la computadora y se hacía funcionar la “Karendón” a la inversa, la máquina restituía cada molécula a su estructura y lugar original. No se trataba de la misma materia, sino de otra idéntica y completamente nueva. ¡Y la ternera aparecía en la cámara de restitución!

Boquiabierta escuchaba Betty a Aznar.

—¿Aparece, cómo? —preguntó—. ¿Incluso viva?

—Sí.

—¿O sea que esta máquina es capaz de crear vida? Sobre el modelo original, haciendo pasar un número de veces la cinta perforada por la “Karendón”, ésta reproduciría de cada vez un animal idéntico, ¡y todos estarían vivos! ¡Y si se tratara de seres humanos haría lo mismo! ¡Una sola “Karendón” daría vida a

millones de hombres! ¡Y todos serían idénticos entre sí!

—No he dicho eso —negó Aznar moviendo la cabeza.

—¡Que no! ¡Pero si acaba de decirlo respecto a las vacas! Supongo que con los seres humanos ocurriría igual.

—Estábamos hablando de la primera ternera tomada como modelo. Si haciendo pasar la cinta perforada mil veces por la “Karendón” quisiéramos restituir mil vacas destinadas al consumo de carne fresca, el primer animal aparecería lleno de vida, pero todos los demás se materializarían muertos. Todavía conservarían el calor de la vida, pero no tendrían vida.

Betty expresó su incredulidad, y en cierto modo su decepción. ¿Por qué si un animal era desmaterializado y vuelto a materializar sólo vivía en un solo ejemplar, siendo todos los demás cadáveres?

Parecía que esta pregunta debería haber desconcertado a Fidel Aznar, pero el supuesto “hombre del espacio” continuó imperturbable.

La “Karendón” sólo era una máquina creadora de materia. Si fuera capaz de crear también vida, entonces sería como Dios. Pero sólo Dios, la Creación en suma, poseía esa maravillosa facultad. Pues la vida y el alma eran inseparables, no podía existir la vida donde faltaba el alma.

El alma —continuaba Fidel Aznar— era una forma singular de energía. Careciendo de consistencia material no podía destruirse, ni apresarse, ni dividirse. Existía en la eternidad y para ella no contaban el tiempo ni el espacio. Reencarnaba después de abandonar su cuerpo, y se suponía que se perfeccionaba a sí misma a lo largo de un continuo aleccionamiento, siendo su fin el de alcanzar un estado puro, una sublimación de la perfección, conseguida la cual ingresaba en la Dimensión Eterna, es decir, en la entidad del mismo Dios creador del Universo.

—Pero hay una contradicción en lo que usted dice —arguyó Betty Seton—. De hecho la “Karendón” destruye la materia del hombre, la volatiliza. La materia que es capaz de crear después, aunque idéntica a la destruida, es otra materia nueva. Un hombre es aniquilado, reducido a polvo atómico, y el alma abandona el cuerpo. Hemos matado al hombre. ¿Cómo se las arregla después el alma para regresar a ese cuerpo?

—Creemos que el alma está vinculada de alguna forma al

armazón material al que infunde vida, y está demostrado que no es lo mismo matar a un hombre que desmaterializarlo. Parece ser que la “Karendón” posee una cualidad singular. Al desmaterializar a un ser, sea animal u hombre, lo que hace en realidad es liberar toda la energía contenida en la materia. El alma es energía pura. Tal vez el ser desmaterializado sigue conservando su energía asociada a la propia energía del espíritu, es decir, del alma misma. O tal vez existe una razón más sencilla, que pertenece al mundo de la metafísica. En alguna parte existe una mente cósmica que ordena todo cuanto está ocurriendo en el Universo. Cuando un alma abandona un cuerpo y reencarna en otro, no es por puro azar. Evidentemente el alma tiene una misión que cumplir. Si el destino de ese ser es morir de un tiro, cumplido su sino abandonará para siempre la envoltura mortal del ser. Pero un hombre desmaterializado en una “Karendón” se encuentra en un estado singular. No vive, pero tampoco está muerto. Puede volver a la vida en cualquier momento. Su existencia, sencillamente, ha quedado interrumpida, suspendida, en reposo. Si un millón de años más tarde se pone en marcha una máquina “Karendón” que reproduce los componentes físicos de ese hombre, el alma volverá a él para proseguir la misión que le había sido encomendada. Y si mientras tanto la cinta perforada de sus componentes ha sido movida de lugar y llevada al otro extremo del Universo, cualquiera que sea la distancia al lugar donde se realizó la última desmaterialización, el alma acudirá a reencarnar en “su cuerpo”. No existe distancia ni tiempo para el alma. Es como el pensamiento. Usted puede proyectar su pensamiento a cualquier distancia, incluso reencontrar imágenes y personas que existieron cuando era niña, y puede hacerlo en una fracción de segundo y regresar en otra fracción de segundo.

—¡Fantástico! —exclamó Betty maravillada.

Según Aznar, los valeranos habían recurrido a esta cualidad sorprendente de la “Karendón” en dos sentidos; para “saltarse” el largo tiempo que su “autoplaneta” invertía en sus viajes, y para evitar los peligros de un vuelo a través del hiperespacio a mayor velocidad que la luz.

Todos los tripulantes del planetillo “Valera”, hasta el último hombre y también los animales, fueron desmaterializados en un

número suficiente de máquinas “Karendón”. Dirigido por medios puramente automáticos, el “autoplaneta” viajó un tiempo indeterminado, cruzó el hiperespacio y empezó a frenar al penetrar de nuevo en el espacio.

Pero el espacio que los valeranos encontraron al “regresar” a través de las “Karendón” era de índole distinta a lo conocido. Habían descubierto otro Universo, ¡el anti-Universo!

De asombro en asombro, Betty Seton contemplaba al narrador con la boca abierta. ¡Vaya si tenía imaginación aquel tipo! “Autoplanetas” que viajaban a través del espacio albergando una tripulación de millones de astronautas..., hiperplanetas habitados por otras razas inteligentes..., máquinas, creadoras de materia..., almas inmortales siguiendo el meteórico viaje de “Valera” de una punta a otra del hiperespacio... ¡Y el descubrimiento de un anti-Universo como remate! ¡Fabuloso!

—¿Cómo es el anti-Universo? —preguntó Betty—. ¿Una especie de mundo al revés?

—¡Oh, no! —exclamó Aznar echándose a reír—. Júzguelo por usted misma. ¿Cómo se siente?

—¿Cómo me siento? —repitió Betty perpleja—. Muy bien, a Dios gracias. Mi cabeza parece una olla de grillos, pero por lo demás me siento perfectamente.

—Pues asómbrese, usted es una anti-mujer.

—¿Cómo dice?

—Anti-mujer. Una anti-Betty Seton, que habita en una anti-América, en un anti-continente de un anti-planeta anti-Tierra que gravita en una anti-galaxia del anti-Universo.

—¡No me diga! —sonrió Betty haciendo un ademán—. Mire, siento que me voy a ruborizar. ¿Yo una anti-mujer? ¡Calle, por Dios!

De pronto le dio un acceso de risa y estalló en carcajadas.

## CAPÍTULO V

**B**ETTY se le ocurrió disparar a todo el mundo como una iatrupe de histeria. No había quien la parara.

Con las manos sobre los costados, encogiéndose y echando alternativamente atrás la cabeza, Betty se ahogaba en sus propias carcajadas, riendo como una loca bajo la mirada entre complacida y sorprendida de Fidel Aznar.

—¡Ay! ¡Ay! —gemía la muchacha. Y de nuevo soltaba la carcajada, sofocada, los ojos llenos de lágrimas.

Fidel Aznar se puso en pie, fue a la cocina y regresó con un vaso de agua. Encontró a Betty respirando fatigosamente, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Aceptó el vaso de agua.

—Gracias —dijo entrecortadamente—. ¡Dios mío, que mal lo he pasado!

Sentado frente a ella Fidel Aznar la contemplaba serio.

—Lo siento, no he podido evitarlo —se disculpó Betty.

—No tiene importancia. ¿Quiere que continuemos, o tiene ya bastante materia para su escrito de hoy?

—¡Pero si apenas me ha dicho nada! Todo ha sido saltar por las ramas sin llegar a ningún punto concreto. ¿Quién es usted? ¿Cómo llegó hasta aquí?

—¿No se va a reír?

—¡No, por Dios! Es decir, eso espero. Prosigua usted.

—La noción de la anti-partícula se remonta a la era de los primeros rompedores de átomos. Teóricamente no era imposible que en el Universo existieran estrellas, planetas y nebulosas compuestas de antimateria. Sin embargo, hasta fecha relativamente reciente, ningún medio permitía verificar, ni siquiera en principio, si existía o no un “anti-universo”. Y esta verificación interesaba profundamente a la Ciencia; era o así se consideraba, la llave de la

solución a numerosas cuestiones relativas al origen de las galaxias. Los “quantos” de las radiaciones electromagnéticas y de las ondas de radio no tienen sosias “anti-quantos”. Ni la astronomía óptica ni la radioastronomía podían ayudar a los científicos a establecer la existencia de un antimundo, pues la luz y la radiación de las estrellas no se distinguen de las anti-estrellas. Se suponía, con todo, que cada partícula tenía un sosias; la antipartícula, que se distingue de la partícula por el signo de su carga. Por ejemplo, el electrón tiene un sosias positivo, el positrón. Pero en este caso, la noción de carga no significa solamente carga eléctrica. El neutrino, por ejemplo, debería tener también su sosias; el antineutrino. Pero ni uno ni otro llevan carga eléctrica. Su diferencia podría consistir en su movimiento; el neutrino gira de derecha a izquierda, y el antineutrino de izquierda a derecha.

—¡Dios mío, todo eso es muy complicado para mí! ¿Por qué no espera a que tome nota? —dijo Betty.

—No, déjelo. Si necesita alguna aclaración posterior me tendrá a mano. Trato de explicarme en términos de divulgación a nivel elemental. Para el público que va a leer su trabajo el aspecto más interesante de la cuestión es éste. Imaginemos todo el Universo mirándose en un enorme espejo... De un lado está el universo material, y como reflejado en el fondo del espejo otro universo idéntico, pero contrario, el “antiuniverso”. Ambos existen, pero uno es la negación del otro. Si se encontraran se aniquilarían mutuamente, totalmente, hasta la última e infinitesimal partícula. ¿Qué se deduce de este hecho? Pues que en el principio de todo, en el momento de ser creado el Universo, surgieron dos imágenes idénticas y opuestas, dos medias naranjas que se equilibran y complementan. Si fuera así, esto nos conduciría a reflexiones sorprendentes. Por ejemplo, en alguna parte del antiuniverso existiría un sosias de la Tierra, la “anti-Tierra”. En ese antimundo viviría una Humanidad, la “anti-Humanidad”, y en esa humanidad cada uno de nosotros tendría su propio y exclusivo sosias, el “anti-Yo”. Ambos mundos, el mundo material y el mundo antimaterial deberían haber evolucionado de forma idéntica. Tendrían la misma edad geológica, los continentes y los mares se habrían repartido de igual manera, y en cada continente la vida de los humanos habría evolucionado paralelamente. Se habrían formado la nacionalidad y

las lenguas, los apellidos... Como reflejados en un inconmensurable espejo, una Betty Seton material y otra Betty Seton anti-material nacerían de padres idénticos, con idénticos rasgos y apellidos, y desarrollarían su ciclo, crecerían, envejecerían y morirían al mismo tiempo en puntos enormemente lejanos uno al otro. Por eso yo le preguntaba si había existido en esta Tierra un Cristóbal Colón y un Miguel de Cervantes. ¿Lo comprende?

—¡Dios mío! —exclamó Betty sin resuello—. ¡Eso es fantástico, increíble! Naturalmente, nunca se podrá demostrar.

—Eso es lo que usted caree. Pero está demostrado, nosotros los valeranos llegamos a ese anti-universo y constatamos su existencia.

Según Fidel Aznar, el autoplaneta “Valera” se había internado inadvertidamente en aquella zona misteriosa y terrible denominada “antimundo”. Descubrieron un planeta habitado. En este “antiplaneta” las aguas cubrían casi el total de su superficie. Como en la propia Tierra, la vida en este planeta tuvo su origen en el mar. Pero como su atmósfera era de gas metano, las especies originadas en los océanos no pudieron realizar la transformación que debería conducirles a la conquista de las tierras emergidas. La forma superior de vida en los mares de “Aqua” fue el “Tritón”, un ser humano adaptado a la vida submarina. Los “tritones” habían desarrollado una civilización avanzada, conocían la energía nuclear y empezaban a iniciarse en los viajes espaciales cuando llegaron los valeranos tripulando su inefable “autoplaneta”.

Los valeranos encontraron a los “tritones” en problemas. Su planeta formaba parte de un sistema de estrellas dobles, dos gigantescos soles que giraban uno frente a otro, y que en su milenariorio movimiento se iban aproximando sentenciando su inevitable fin. Cuando las dos estrellas entraran en colisión se produciría una aterradora explosión. Como resultado del calor liberado por la explosión los océanos del planeta “Aqua” se volatilizarían y toda la vida quedaría exterminada.

Llevados de sus sentimientos altruistas los valeranos se propusieron ayudar a los desdichados “tritones”. Un primer cálculo estableció en cinco años el tiempo de que disponían antes de que las dos estrellas colisionaran. Cálculos posteriores más exactos redujeron el plazo fatal a sólo unos meses.

La principal, casi insalvable dificultad, consistía en la naturaleza

misma de los “tritones” y su mundo. Las aeronaves valeranas no podían aterrizar en Aqua. El contacto de la materia con la antimateria provocaría la destrucción simultánea de ambas. Aqua era un antimundo prohibido a los valeranos, de igual forma que “Valera” estaba vedado a los habitantes del planeta.

De no haber existido esta dificultad, la evacuación de los “tritones” se habría realizado de forma rápida y fácil. Los valeranos habrían enviado a Aqua su flota de grandes transportes siderales y sus máquinas “Karendón”, y los tritones hubieran abandonado su forma humana para pasar a convertirse en miles de rollos de cinta perforada convenientemente almacenados en los transportes.

Los valeranos, no obstante, ya tenían alguna experiencia en la antimateria. En Uhlan, otro mundo donde habían estado antes, los científicos valeranos desarrollaron una nueva arma consistente en un torpedo de antimateria. El problema consistía ahora en construir máquinas “Karendón” de antimateria, enviarlas a Aqua y desmaterializar a los tritones. Las “Karendón” de Aqua transmitirían a “Valera” información precisa sobre la disposición que adoptaban los agujeros de las cintas perforadas obtenidas de la desmaterialización de los tritones, y máquinas perforadoras, en “Valera”, las reproducirían sobre cinta de oro normalizada.

—Nuestro propósito era buscar para los tritones una nueva patria, empleando en la empresa el tiempo que fuera necesario, incluso a costa de retrasar nuestro regreso a Atolón. Pero sólo pudimos evacuar a tres millones de “tritones”. Los valeranos, aunque altruistas en términos generales, también son egoístas como humanos. La mayoría de la nación era partidaria de regresar cuanto antes a casa. Respecto a los “tritones” bastaría que les cediéramos tres de nuestros transportes siderales para que ellos, por sí mismos, buscaran un nuevo mundo. Los “tritones” no pertenecían todos a la misma nacionalidad. Parte de ellos prefirieron correr la aventura por su cuenta y riesgo, y a esos les cedimos un transporte. El resto ocupaban dos transportes y mi padre se ofreció a conducirlos. Estos dos transportes siderales, a los que también llamamos “autoplanetas”, son los que después de treinta años de viaje llegaron a esta galaxia.

—Y usted con ellos —dijo Betty Seton.

—Naturalmente —sonrió Fidel Aznar—. Estoy aquí, de eso no

cabe duda.

—Pero usted no debería estar aquí. Según sus propias palabras, éste era para usted el “antimundo”. Apenas tocaran sus pies en el suelo, o su aparato cayera al agua, usted debería ser destruido, aniquilado hasta la última partícula. ¿No es así?

Fidel Aznar sonrió asintiendo con la cabeza.

—Así debería ser, si yo no fuera en este momento un ser “antimateria”. Recuerde lo que dije respecto a Aqua. Allí conseguimos resolver el problema de la conversión de partículas a “antipartículas”. De nuevo esta vez tuvimos que recurrir a la “Karendón”. Ésta es básicamente una máquina integradora de átomos. Construimos una versión nueva a la que llamamos “Karendón Mutante”. Esta máquina es igual a las otras, sólo que al restituir un objeto, o un ser humano, lo hace cambiando los signos de las cargas eléctricas y el sentido de rotación de los átomos. Sencillamente, es una máquina integradora de “antimateria”.

—Quiere decir que usted fue “integrado” en antipartículas y participa ahora de las mismas características que yo.

El sol se había puesto hacía mucho y en el interior de la casa reinaba una semipenumbra rosácea. Pero Betty estaba de frente a la ventana, y al inclinarse hacia adelante sus pupilas fosforecieron como las de un gato chispeando maliciosamente.

—Y dígame usted, Aznar. ¿Puede durar indefinidamente en ese estado... o esto es como un encantamiento, que le obliga a regresar a su verdadera naturaleza antes de sonar la última campanada de las doce de la noche?

Fidel Aznar demoró la respuesta unos instantes. De su rostro en sombras salió la voz, suave e incisiva:

—¿Cómo lo ha adivinado?

—¿Adivinado, qué? —preguntó Betty.

—Tiene usted razón. Los protones, neutrones y electrones que forman mi materia romperán su estabilidad artificiosa a la media noche. En este instante, si antes no he podido reincorporarme al mundo al que pertenezco, volveré a mi estado natural. Seré entonces como una bomba atómica de ochenta y cinco kilos de plutonio. ¡Estallaré, y todo lo que se encuentre a mí alrededor será destruido! ¡Esta casa... usted... la ciudad de Nueva York serán aniquilados!

A pesar del tono grave en que fueron pronunciadas estas palabras, Betty tuvo la certeza de que él bromeaba. Lo dijo:

—Usted bromea.

—¿Cómo lo sabe? —respondió Fidel Aznar. Y dejó oír una risa suave, ronroneante, que tuvo el poder de erizar la pelusilla de la nuca de Betty.

La muchacha se puso en pie con un gesto de enojo y tiró del cordón del interruptor de la lámpara de lectura inmediata al diván. Fidel Aznar, desnudo de cintura arriba, estaba repantigado en el sillón contemplándole con una extraña expresión.

—Su fantasía es portentosa —dijo Betty—. Y además parece estar bien documentado acerca de las materias que maneja. Debería ponerse a escribir novelas de ficción-ciencia.

Aznar no contestó y Betty hizo un gesto de apuro.

—Bien, debo ponerme a escribir mi historia de esta noche. En cualquier momento Bendix enviará a alguien en busca de mi reportaje. Ya que no tiene nada que hacer, ¿por qué no prepara algo de comer?

Aznar se puso en pie. Se frotó friolero los musculosos brazos. La brisa de la noche traía el frescor y la humedad del Atlántico.

—¿Cuando conseguirá para mí alguna ropa? —preguntó malhumorado—. No voy a pasarme todo el tiempo en calzoncillos, encerrado en esta casa como un prisionero.

—¿Qué hizo usted de su ropa? ¿Por qué se presentó así?

—Porque ésta es la ropa que los astronautas llevamos debajo de la armadura de vacío, no llevaba otra cuando mi “Delta” me traicionó y se hundió en el océano.

—Veremos de arreglarlo, aunque no sé cómo. Ese tacaño de Bendix sólo me dio cincuenta dólares... —Betty se sentó ante la máquina de escribir, dispuso un folio en el rodillo y tomó un cigarrillo diciendo—: Bien pudo traerse usted una de esas máquinas “Karendón”, aunque fuese una pequeñita. ¿Puede falsificar billetes de Banco la “Karendón”?

—No me he traído ninguna conmigo, así que olvídelo —gruñó Aznar. Y se metió en la habitación para ponerse la camiseta.

Betty Seton aporreaba furiosamente la máquina de escribir cuando Fidel Aznar salió de la habitación y entró en la cocina.

Entre línea y línea Betty pinchaba con un tenedor un pedazo de tortilla de patata, cuando fue sobresaltada por la llegada de un automóvil.

Dentro del mejor estilo novelesco, Betty apagó la luz y salió a la oscuridad del porche. El automóvil había apagado los faros ante la casa y alguien venía haciendo crujir la arena bajo sus pies.

—¿Quién está ahí? —preguntó Betty.

—¡Bendix! —contestó una voz bronca, seguida de una maldición. Bendix acababa de tropezar con el primer escalón del porche—. ¿Por qué está todo tan oscuro, demonios?

Betty corrió a encender la luz del “living”. Peter Bendix entró resoplando por la puerta, sacó un pañuelo y lo pasó por su cuello sudoroso. Del bolsillo de su americana asomaba un periódico doblado por la primera página.

—Hace un calor endiablado en la ciudad. Aquí están ustedes más frescos.

Bendix miró a Fidel Aznar, que estaba en camiseta y calzoncillos comiendo un plato de frijoles en lata.

—¿De nodo que usted es el astronauta? —dijo Bendix.

Fidel Aznar le sostuvo firmemente la mirada sin contestar. Luego siguió comiendo tranquilamente.

—Él no habla inglés —dijo Betty—. Sólo español.

—¿Está segura que sólo habla español? —preguntó Bendix con reticencia—. ¿Por qué no le pregunta si habla ruso?

—¿Aznar hablando ruso? —se sorprendió Betty—. No creo. ¿Por qué precisamente ruso?

—Lea lo que dice Bill Roman en el “Evening Post”.

Betty desplegó el periódico que le entregaba Bendix. Era un ejemplar del “Evening Post” oliendo todavía a tinta fresca. En primera página un título a tres columnas: “ASTRONAUTA SIN IDENTIFICAR PESCADO EN AGUAS TERRITORIALES AMERICANAS”. Luego un subtítulo entre interrogantes: “¿Extraterrestre o astronauta ruso?”. Una fotografía mostraba a un tipo mal vestido que sonreía a la cámara sosteniendo en sus manos una voluminosa escafandra de color oscuro.

—Bill Roman trabaja para el “Heraldo” —observó Betty leyendo

la firma del columnista—. ¿Por qué publica su trabajo en el “Evening Post”?

—Ya no trabaja para el “Heraldo”. Sucedió que Roman se encontraba en el cuartelillo de la Policía del puerto al mismo tiempo que usted. Estaba allí cuando llegaron unos pescadores con un saco lleno de piezas extrañas, entre ellas esa escafandra que Bill fotografió. Los pescadores relataron una historia acerca de cierto astronauta que habían recogido aguas afuera de la bahía exterior. El naufrago convivió con la tripulación hasta que el barco llegó a puerto. Luego saltó a tierra y se esfumó. Parece que durante todo el tiempo que estuvo en el barco el hombre, que dijo llamarse Aznar, y hablaba un español bastante extraño, insistió en ser un astronauta procedente de otro mundo. Lo chusco del caso fue que John Bernard, redactor jefe del “Herald”, se negó a publicar la noticia con la relevancia que Roman exigía. Entonces Roman pidió que no se publicara. Esta mañana, al leer nuestro reportaje sobre el “Hombre de Saturno”, Bill Roman se dirigió al “Evening Post” y vendió reportaje y fotografía. Oiga, Seton, ¿ha pensado usted que este tipo podría ser un astronauta ruso?

A Betty ni se le había ocurrido. La idea la asustó. Bendix leyó el temor en sus ojos y refunfuñó:

—Si hay la menor posibilidad de que sea un ruso me retiro de este asunto. La Policía estuvo esta mañana en mi casa preguntando por usted. Dije que ignoraba su paradero. Eso es delito; obstrucción a la acción de la Justicia. Pero si el mozo resulta ser un astronauta ruso, la cosa puede ser peor.

—Nunca se me ocurrió que pudiera ser un astronauta ruso. La verdad es que siempre pensé que era un chiflado.

—Aunque fuera un chiflado, si es extranjero, nos estamos pillando los dedos. Mire, creo que lo mejor es entregarle a la Policía —dijo Bendix con expresión sombría.

—¡Pero hacer eso significa echar por tierra todos nuestros planes! —protestó Betty.

—Sus planes, no los míos —le recordó Bendix—. Hágame caso, coja el teléfono y llame a la Policía.

—¡No, no lo haré!

—Muy bien, allá usted —gruñó Bendix encogiéndose de hombros—. En lo que respecta al periódico, nos retiramos de este

asunto. No publicaremos más historias fantásticas. No sé por qué le hice caso y publiqué la primera. Fue una idea disparatada del principio al fin.

—Bendix, tengo una historia maravillosa, contada por el propio Aznar. Si usted no me la publica iré a ver a John Bernard o a cualquier otro periódico. ¡Y se arrepentirá de no haberme escuchado!

—Haga lo que le parezca —gruñó Bendix—. Pero abandonen esta casa. Si la Policía vuelve a preguntarme no le ocultaré la verdad, les diré dónde están escondidos.

—¡Oh, maldita sea su estampa, Bendix! —gritó Betty siguiendo al imperturbable Bendix hasta la puerta—. ¡Hacerme esta faena! ¡Se acordará de mí, se lo aseguro!

Bendix ya había salido y se dirigía a su automóvil a favor de la débil luz que salía del “living” a través de las persianas.

—¡Estúpido! ¡Pollino! —le gritó Betty desde el porche.

Bendix puso en marcha su automóvil, encendió los faros y se alejó en busca de la carretera de la costa.

—¡Así te estrelles contra un árbol, cerdo! —gritó Betty.

Entró en la casa y cerró de un portazo. Fidel Aznar la contemplaba con expresión seria desde la mesa.

—¿No salieron derechas las cosas, eh? —dijo Aznar.

—¡Cállese! —rugió Betty.

Se dirigió a la máquina de escribir, arrancó el folio que todavía estaba en el rodillo y lo añadió a los ya escritos. Cerró la máquina, la levantó y la llevó junto a la puerta.

—Nos marchamos de aquí —dijo a Aznar—. Ese cerdo nos denunciará a la Policía desde la primera cabina de teléfono que encuentre.

—¿Y dónde vamos a ir, señorita Seton? —preguntó Aznar mirándola con expresión grave.

—No lo sé, a cualquier parte. Trataré de vender mi historia a otro periódico, buscaremos alojamiento en el barrio puertorriqueño... —Betty se interrumpió, a punto de echarse a llorar. Luego exclamó con tristeza y cólera—: ¡Dios mío, que amargo es no tener dinero ni amigos!

—Parece que todo se vino abajo cuando el señor Bendix apuntó la posibilidad de que yo fuera un astronauta ruso. ¿Es delito en este

país el que uno sea ruso? —preguntó Aznar.

—Si lo es usted debe saberlo tan bien como yo —repuso Betty desconcertada.

—No lo soy, y no acabo de entender la actitud de ustedes. Pero puestas así las cosas, pienso que la única salida es que me entregue yo mismo a la Policía.

Betty consideró en silencio las palabras de Aznar. Posiblemente él estuviera acertado. ¿Qué posibilidades tenían de continuar juntos? Si Aznar era un chiflado, si era un astronauta ruso o un cínico, la Policía lo pondría en claro. Respecto a ella, pocas oportunidades tenía que su historia fuera aceptada por otro periódico, después de haber sido rechazada por Bendix.

Pero por un sentimiento de lealtad y solidaridad con Fidel Aznar, rechazó furiosa consigo misma aquella idea. Astronauta ruso, loco o ente fantasmal de un “antimundo”, Aznar estaba solo, en un país desconocido, y necesitaba ayuda.

—Nada de entregarse a la Policía —dijo Betty.

Se dirigió a la habitación y recogió apresuradamente las prendas de ropa dispersas o colgadas en el armario, metiéndolo todo en la única maleta que había traído consigo.

Al regresar al “living” vio a Aznar que salía de la cocina llevando en una bolsa de plástico el resto de las provisiones que ella compró aquella mañana. Buena idea, pues en su precaria situación podían hacerles falta.

—Bien, vámonos —dijo Betty.

Salieron de la casa y se dirigieron al garaje.

Minutos después estaban sobre el viejo automóvil de Betty viajando en dirección a Manhattan. Al final de la Ruta 27, en el enlace de penetración a distinto nivel, escucharon una sirena y vieron las luces destellantes de un coche de la Policía que iba en dirección contraria.

## CAPÍTULO VI

**D**EJÓ LAS ESCALERAS AUTOMÁTICAS DEL AÑO Ocho y se fue a la redacción del “Post”.

Aproximadamente un año atrás Betty había estado en este mismo lugar sin conseguir ser recibida por el director ni el redactor jefe del periódico. Pero en el mundo de la Prensa las situaciones solían ser tan cambiantes como la misma materia prima que manejaban los periódicos. Una nueva estrella podía nacer de la noche a la mañana, o eclipsarse de forma súbita y espectacular en el mismo corto espacio de tiempo.

El reportaje del “World and Life” había tenido impacto, y el nombre de Betty Seton, hasta entonces desconocido, había resonado con fuerza en todos los cuerpos de redacción de la ciudad. Esta vez Betty fue recibida inmediatamente por el redactor jefe, John Bernard.

Los jefes de redacción parecían todos cortados por el mismo patrón. Bruscos, agresivos, incisivos... pertenecían al tipo de hombre americano que se había hecho a sí mismo. Bernard no era una excepción. Aunque de modales aparentemente más educados que Bendix, también Bernard era de los que no perdían el tiempo en rodeos.

—¿De modo que usted es Betty Seton? —dijo Bernard estudiándola con mirada perspicaz—. Siéntese y cuénteme qué le ocurre. ¿Un cigarrillo? ¿No? Bien, adelante, Seton.

—Tengo una historia —dijo Betty imitando el estilo de su interlocutor—. Una formidable historia con la que se podría escribir un libro.

—Leí la primera parte en el “World and Life”. Muy interesante —admitió Bernard.

—La primera parte no valía nada comparado con el resto. A

decir verdad era una fantasía inventada por mí misma. Lo interesante es lo que viene después.

—¿Qué le ha ocurrido con el “World”? ¿No se la quieren publicar?

—Bendix leyó en alguna parte la palabra “ruso” y se amedrentó. En verdad el astronauta no es un ruso. Y tampoco es un loco. Es un valerano, un auténtico hombre del espacio...

Betty se detuvo. De pronto se dio cuenta de que no hablaba con el adecuado acento de convicción. No era posible convencer a su interlocutor de algo en lo que ni ella misma creía.

Como si hubiese adivinado su pensamiento, Bernard apartó el cigarrillo de sus labios y sonrió. Junto a Bernard, en este momento, empezó a teclear furiosamente el teletipo.

—¿Me permite? —dijo Bernard. Y haciendo girar su butaca se inclinó sobre el teletipo y leyó en el papel a medida que las líneas iban apareciendo rápidamente.

El teletipo se detuvo, Bernard alargó la mano y arrancó el papel del rodillo. Con expresión perpleja volvió a leerlo y luego se lo entregó a Betty por encima de la mesa. Betty pasó sus ojos sobre la fecha sin detenerse para fijar su atención en el bloque del texto:

“LOS SERVICIOS ESTATALES DEL PROGRAMA ESPACIAL SOVIÉTICO SE REITERAN EN SU AFIRMACIÓN. NINGÚN ASTRONAUTA SOVIÉTICO SE HA PERDIDO FUERA DEL ÁREA DE LA PROPIA UNIÓN SOVIÉTICA, NI EN FECHA RECIENTE O PASADA.”

—No es un astronauta ruso —dijo Betty sintiendo su corazón descargado de un gran peso.

—Los Estados Unidos tienen firmado un acuerdo con los rusos para la mutua devolución de los astronautas de un país que por cualquier circunstancia fueran a caer en el otro. No hay razón para suponer que los rusos hayan mentido. Si fuera uno de sus hombres no habrían esperado a que se les preguntara, ellos lo habrían reclamado en seguida. Sobre todo, teniendo en cuenta la calidad del equipo que llevaba el astronauta al ser rescatado del mar.

—No le comprendo. ¿Qué quiere insinuar respecto a la calidad del equipo?

—¿No lo saben, eh? Ya veo, esa cabeza de chorlito de Bendix no supo sacarle todo el jugo a la noticia. Voy a llamar a Roman, él le

dirá —Bernard pulsó el botón de un interfono y dijo—: Que acuda Bill Roman a mi despacho.

—Sí, jefe —contestó una voz.

—Ya viene —dijo Bernard a Betty—. Bill regresó al cuartelillo de la Policía del puerto esta mañana y tuvo oportunidad de examinar con más detalle el equipo del astronauta. Todavía volvió esta tarde acompañado de un experto en fabricación de vidrio... Aquí está Roman.

En efecto, Bill Roman entró en el recinto acristalado del jefe de redactores y miró con suspicacia a Betty.

—Una buena noticia, Bill —dijo Bernard tendiéndole el papel con el cable que acababa de recibir—. Los rusos niegan que hayan perdido ningún astronauta.

Bill Roman le echó un rápido vistazo al texto del télex.

Profirió un gruñido, señaló a Betty y preguntó:

—¿Qué hace ella aquí?

—Ha venido a ofrecernos su historia. Bendix se echó atrás tan pronto olió una implicación de los medios estatales en el asunto. La cosa se complica. Si este tipo no es un astronauta ruso, ¿quién es?

—Ella tiene el cabo de la cuerda —señaló Bill Roman con un movimiento de cabeza a Betty—. Si va a trabajar para nosotros podríamos establecer una colaboración. La exclusiva de las fotografías para mí, y el texto para ella.

—No nos hagamos ilusiones —dijo Bernard—. El asunto no llegará muy lejos si intervienen los servicios de Inteligencia. Le echarán el guante al individuo y ya jamás sabremos de él.

—Tengo la historia completa de la aventura de Aznar —dijo Betty, sintiendo que el corazón le latía desbocado—. Aunque le atrapen mañana o pasado mañana, nadie podrá impedir que se conozca el relato íntegro de la odisea de nuestro hombre. ¡Sería el más resonante éxito editorial si supiéramos que se trata de un auténtico hombre del espacio!

—¿Si lo supiéramos? —repitió Bernard—. ¡Usted debería saberlo!

—Nunca creí su historia —confesó Betty con el rostro sofocado—. La verdad, siempre le tuve por un chiflado. ¿Qué era lo que Roman tenía que contar acerca del equipo que llevaba Aznar cuando fue rescatado del mar?

Bill Roman interrogó a Bernard con la mirada y éste asintió con un movimiento de cabeza.

—Vestía un equipo de buzo, como los que se utilizan para soportar elevadas presiones a grandes profundidades, una especie de armadura de cristal color azul oscuro. Lo primero que llamó mi atención fue que, teniendo la apariencia frágil del cristal, resultara de una solidez extraordinaria. Busqué a un amigo experto en la fabricación del vidrio y lo llevé conmigo al cuartelillo de la Policía del puerto. Mi amigo examinó la armadura, la sometió a diversas pruebas y llegó a una conclusión que, si no definitiva por falta de tiempo y de medios para un análisis más exhaustivo, resulta sorprendente. La armadura que examinó estaba indudablemente hecha de vidrio. Pero no de un vidrio corriente, sino de alguna clase de vidrio que no se conoce en la Tierra. Este material resulta tan duro como el diamante, pero, al contrario que el diamante, es incombustible. Sin duda es capaz de resistir temperaturas superiores al grado de fusión del acero, y como el mismo acero es flexible e impenetrable a las balas. Esto sí se pudo constatar disparando contra la coraza con un revólver de la Policía. La bala rebotó y estuvo a punto de herir a mi amigo.

—¿Por qué no han publicado el resultado de esa prueba en su edición de esta tarde? —preguntó Betty sorprendida.

—El resultado de la prueba llegó demasiado tarde. La edición ya estaba en la calle —dijo Bernard lamentándose—. De todos modos, en nuestro número de hoy ya expresaba Roman su observación respecto al equipo del astronauta, así como la forma misteriosa en que escapó.

—No hay tal misterio —manifestó Betty—. Salió por la ventana del lavabo forzando la tela de malla. Yo le esperaba en el patio y lo saqué en mi automóvil.

—La malla no fue forzada —rebatía Bill Roman—. Eso es lo más sorprendente del caso. Nadie le vio salir. Para hacerlo por la puerta principal tuvo que haber pasado por delante del sargento Fernández. Sólo quedaba la ventana del lavabo, con su malla de alambre atornillada al marco por el exterior. Pero nadie tocó los tornillos, cuyo extremo estaba remachado de forma que no se pudiera sacar la tuerca sin limar el vástago.

—Bueno, pues salió por allí —insistió Betty—. No importa cómo

lo hiciera, yo le vi saltar al patio cuando iba a ayudarle con un destornillador.

—Vale, dejemos eso —dijo Bernard impacientándose—. Lo importante es que tenemos al hombre y su historia. ¿Dónde está el astronauta?

—Él está en lugar seguro —dijo Betty evasivamente.

—¿Ha traído usted su trabajo?

Betty abrió su bolsa de rafia y sacó un puñado de papeles que entregó a Bernard por encima de la mesa. Bernard desdobló los papeles, se echó atrás en su butaca y se puso a leer para sí.

Con los nervios a flor de piel, Betty sacó de la bolsa un paquete de cigarrillos y se puso a fumar. Bernard abandonó sobre la mesa el primer folio mecanografiado e indicó a Roman con una seña que podía leerlo. Bill Roman tomó el folio y se puso a leer a su vez.

—¡Bien! —murmuró Bernard entre dientes apartando el segundo folio y empezando con el tercero.

En el cuarto folio Betty había interrumpido bruscamente la escritura.

—No ha terminado el episodio —observó Bernard levantando la cabeza—. Pero el relato tiene garra. ¿Cuánto nos va a costar su historia?

—Mil dólares —dijo Betty sin pensarlo.

—¿Mil por episodio? Es mucho dinero, tendré que consultarlo con el jefe. La historia no se publicará hasta que tengamos la evidencia de que realmente se trata de un extraterrestre.

Betty Seton se puso bruscamente en pie, recogió los folios que estaban sobre la mesa y arrancó de las manos de Bill Roman el que éste estaba leyendo.

—¿No le parecen satisfactorias las condiciones? —preguntó Bernard desencantado.

—Si tuviéramos ahora mismo la evidencia de que Fidel Aznar es un ser de otro mundo, no le vendería mi historia por mil dólares, ni por un millón. Si he de esperar de todos modos a que alguien confirme la identidad de Aznar, esperaré y venderé mis derechos a una agencia mundial.

—Si ya tiene en su poder la historia, ¿por qué no entrega el hombre a la Policía y deja que sean los servicios de Inteligencia quienes determinen su identidad? —sugirió Bill Roman.

—¿Venderle como si fuera una mercancía? —Betty dejó caer su mirada despreciativa sobre el reportero.

—De todos modos no podrá ir muy lejos con él. Pronto le buscarán por todas partes —observó Bernard—. Aunque sólo fuera un extranjero indocumentado, el Servicio de Inmigración le buscará debajo de cada piedra y detrás de cada mata. No sea tonta, Seton. Acepte mil dólares a cuenta. Si el hombre no es el que quisiéramos que fuera, su historia no valdrá nada. Si lo vale, negociaremos un contrato ventajoso para usted. ¿Qué le parece?

Betty quedó con el aliento en suspenso. Mil dólares a cuenta de una historia que podía no valer nada era una oferta sustanciosa. Después de todo, ella no había valorado en tanto el relato de Aznar. Había pedido mil por toda la historia ¡y Bernard aceptó pagar mil por episodio creyendo que eso era lo que ella pedía!

Pensó en Fidel Aznar, en su sonrisa bondadosa, en su alegre ingenuidad de niño grande. Había confiado en ella. ¿Merecía que le entregaran a la Policía, traicionado y vendido como una mercancía?

¡Mil dólares! ¡Mil dólares! —martilleaba en sus oídos la voz insidiosa de la codicia.

Casi se sorprendió a sí misma diciendo:

—Trato hecho. Pero con una condición, yo decidiré el momento en que he de entregarle a la Policía. Hasta que empiecen a buscarle todavía puedo obtener más información de él.

Bernard pulsó un botón del interfono.

—¿Taylor? Cuente mil dólares en billetes pequeños y extienda un recibo a nombre de Betty Seton. Tráigalo todo a mi despacho, dinero y recibo.

Betty se dejó caer de nuevo en el sillón y cerró los ojos.

\* \* \*

Fidel Aznar esperaba pacientemente en el interior del automóvil, observando con curiosidad el paso de los automóviles, el movimiento de la gente en las aceras, los escaparates y los anuncios luminosos.

—¿Todo bien? —preguntó a Betty cuando ésta se sentaba a su lado y cerraba la portezuela.

—Me han pagado mil dólares a cuenta de su historia.

—¿Mil dólares es mucho dinero?

—Suficiente para comprarle ropa, tomar una buena cena y alquilar un par de habitaciones.

—¿Podríamos ir también al cine? —preguntó Fidel Aznar señalando los carteles anunciadores de un cinematógrafo próximo.

—Bueno, podemos. Si es que le interesa ver esa película.

—La película en sí no me importa. Quiero decir que el argumento es lo de menos. Lo que deseo es conocer su forma de vivir y de relacionarse. Todo esto es muy interesante para mí. Es como volver atrás en el tiempo a una época remota.

Betty le miró de soslayo sin responder. Puso el motor en marcha y guió el automóvil en dirección a la populosa barriada portorriqueña. Betty tenía un modesto apartamento en el barrio, pero no intentaría acercarse a él, sabedora de que la Policía debía tenerlo bajo vigilancia.

Mientras tanto Aznar observaba con curiosidad la forma en que Betty manejaba el automóvil. Poco después Betty detenía el auto ante una cochambrosa tienda que exhibía ropas usadas.

—Espere aquí, entraré primero a ver si hay algo que le sirva —dijo Betty.

Entró en la tienda, curioseó en las perchas y esperó hasta que se hubo marchado el individuo que acababa de adquirir un par de camisas usadas. El dueño de la tienda se dirigió a ella preguntándole en inglés si deseaba algo. Betty le respondió en español. El tendero, un puertorriqueño, cambió de actitud al reconocer a una compatriota.

—Tengo un amigo ahí fuera que necesita alguna ropa. Voy a llamarle —dijo Betty.

El puertorriqueño miró asombrado al joven gigante que llegaba en camiseta y calzoncillos, calzando unas grandes botas de agua.

—Lo perdió todo jugando a los dados —dijo Betty confidencialmente al hombre.

Encontraron unos pantalones vaqueros, una camisa azul y una canadiense. Unas sandalias quedaron agregadas al equipo. Betty pagó por todo y abandonó la tienda seguida de Aznar.

Regresaron al automóvil.

—Tendremos que abandonar el auto en alguna parte —dijo Betty pensativamente—. La Policía debe conocer incluso el número

de la matrícula.

Llegaron hasta los muelles del río Este. Allí sacaron la maleta y la máquina de escribir de Betty y abandonaron el auto dirigiéndose a pie en busca de la próxima boca del “metro”.

En la estación subterránea, mientras esperaban el tren ascendente, Fidel Aznar miraba con curiosidad a su alrededor.

Se le ocurrió a Betty preguntar:

—¿Tienen ustedes ferrocarril suburbano en “Valera”?

—¡Oh, sí! —exclamó Aznar—. Pero es distinto.

—¿Cómo es?

—Más limpio.

Poco después, cuando marchaban en un traqueteante vagón, apiñados entre una multitud maloliente y sudorosa, Aznar observó:

—¿Por qué está malhumorada toda esta gente?

—Supongo que porque están cansados, hambrientos y calurosos.

—¿Siempre están así?

—Por lo menos seis días de cada siete.

—La mayoría de ellos están enfermos —observó Aznar con desconcertante aplomo—. Deprimidos, irritados y afectados de trastornos nerviosos.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es usted médico o psiquiatra?

—Puedo ver sus auras.

—¿Sus qué? —inquirió Betty acercando su oído a los labios de Aznar.

—Sus auras. Todos los seres vivos, animales y plantas, emanan una especie de fluido iridiscente. Con la práctica adecuada, uno puede determinar por el aura si esa persona está tranquila o irritada, fatigada o enferma... incluso la enfermedad que padece en algunos casos.

—Vaya, supongo que la primera condición para diagnosticar una enfermedad a través del aura... será poder ver el aura misma. Yo no la veo.

—Es lógico, se necesitan ciertas dotes especiales para verla.

—¿Y usted posee esas dotes?

—Son parte de la herencia genética que recibí de mi padre. La mitad de la sangre de mi padre es bartpurana. Yo sólo llevo una cuarta parte.

—Su padre fue quien decidió ayudar a los “tritones” llevándolos

a una nueva patria, ¿no es cierto?

—Así es. Mi padre es un hombre extraordinario. Me gustaría que usted lo conociera. De él sí podría escribir usted un libro maravilloso.

La conversación quedó interrumpida porque habían llegado a la estación donde tenían que apearse. Al salir a la superficie se encontraron de nuevo en pleno corazón del populoso barrio latino. Ningún sitio mejor que éste para hacer pasar desapercibido a un hombre como Fidel Aznar. Éste no hablaba inglés. En cualquier otra parte le identificarían como extranjero. Aquí también, sólo que la Policía encontraría muchas menos facilidades para ejercer su labor.

El español que hablaba Aznar era distinto del que hablaba Betty, pero ésta observaba, no sin asombro, cómo Aznar se adaptaba al acento y los giros típicos puertorriqueños. Era un hombre con una facilidad extraordinaria para aprender.

Poco después Betty tomaba dos habitaciones en un modesto hotel de barrio. Betty se había alojado en este hotel cuando llegó por primera vez a Nueva York hacía dieciocho meses. Estaba libre la misma habitación que ella ocupó, y la solicitó expresamente.

Después de dejar la maleta, la máquina de escribir y la bolsa de provisiones, salieron de nuevo para comer en un restaurante típico puertorriqueño. Mientras comían podían ver a través de la ventana, al otro lado de la calle, el letrero luminoso de un cinematógrafo. Aznar recordó a Betty su promesa de llevarle al cine.

—No tiene usted ganas —dijo el propio Aznar antes de que ella encontrara una excusa.

—La verdad, estoy cansada. Pero puede ir usted solo si es tanto su interés. El Hotel queda en la esquina, no tendrá problemas para regresar a la salida.

Aznar estuvo de acuerdo. La propia Betty le acompañó a través de la calle, compró una entrada y le abandonó en la puerta. Se aseguró de que Aznar entraba en el cine y regresó al hotel.

La noche era calurosa y a pesar de lo avanzado de la hora los vecinos continuaban en la calle y en las ventanas, retrasando el momento de entrar en los caldeados dormitorios.

En la habitación del hotel hacía tanto calor que Betty se quitó toda la ropa, conservando únicamente las bragas y el sujetador, dejando la persiana entreabierta para que entrara el aire. Sacó la

máquina de escribir del estuche, la puso sobre la cama y trabajó hasta rematar el reportaje que había dejado interrumpido.

Leyó después todo el reportaje de principio a fin y lo halló excelente. Era lo mejor que había escrito nunca, muy superior a la primera parte publicada por el “World and Life” y esto por una razón muy sencilla. Su trabajo tenía el frescor de lo real, de algo que verdaderamente había ocurrido, y era casi como si ella misma lo hubiese visto y palpado.

Guardó la máquina de escribir y pensó en acostarse, pero se sentía acalorada y enormemente excitada. Entonces apagó la luz de la habitación, levantó la persiana y se asomó de codos en la ventana.

Un soplo de brisa le acarició los hombros desnudos y la hizo sentir un agradable estremecimiento de frío. Los vecinos hacía rato que abandonaron la calle, que ahora aparecía silenciosa y desierta. ¡Nueva York!

Ella había vivido las primeras semanas en este hotel y ocupado aquella misma habitación. Pero en aquellos tiempos era una muchacha distinta; la ingenua y candorosa chica que con dinero para sobrevivir dos o tres semanas llegaba a una gran ciudad con la ilusión de conquistarla. ¡Inocente Betty, cuantas decepciones, cuantas humillaciones había conocido desde entonces!

Se acordó de Frank Whitaker, que dijo que iba a ayudarle y al cual entregó su virginidad. Whitaker, el primer hombre que le hizo sentir el placer sexual, con el cual aprendió la primera lección amarga de la mujer burlada, explotada y abandonada. ¡Maldito Whitaker! Y malditos muchos otros, que con idénticos subterfugios intentaron una y otra vez arrastrarla a una cama. ¿Quién dijo que el talento siempre acababa por brillar por su propia luz? Eso jamás ocurría en Nueva York.

Mecenas, empresarios, editores y ejecutivos imponían su precio por ayudar a las pobres chicas a conseguir un empleo, obtener un papel o publicar el primer y desmañado reportaje intrascendente en un periódico o una revista. ¡Amargo era el triunfo cuando una vez entre mil conseguía la campesina hacer figurar su nombre ficticio en un letrero luminoso, en una cartelera, o en la cubierta de un libro o al pie de un reportaje periodístico!

Ahora ella, Betty Seton, tenía en su mano la oportunidad quizás

única de triunfar. No fueron los Whitaker quienes le dieron la oportunidad, pero algo le enseñaron.

Desde su ventana miró en dirección a la iluminada puerta del cinematógrafo por donde esperaba ver salir de un momento a otro a Fidel Aznar, el supuesto “hombre del espacio”.

Se sintió irritada al recordar las condiciones en que había pactado con John Bernard, del “Evening Post”. Si no podía publicar su trabajo hasta que se estableciera con certeza la identidad extraterrestre de Aznar, podía ocurrir que aquello no sucediera nunca. ¿Por qué esperar más?

Pensaba en Aznar y le dolía en el corazón lo que iba a hacer con él. ¡Era tan guapo, tan apuesto, tan sincero!

¿Era sincero?

Si ella hubiese tenido la certeza de que lo era, jamás le habría denunciado a la Policía, ni por toda la fama ni por todos los millones que pudieran ofrecerle. ¡Dios santo, como le habría hecho feliz confiar plenamente en él! Pero los Whitaker le habían enseñado a mostrarse escéptica y desconfiada ante las cosas buenas que se presentaban con aspecto de ser fáciles de conseguir. ¡La historia de Aznar era demasiado buena para creerla!

Razonando las cosas sin apasionamiento; si Fidel Aznar era un chiflado o un fresco, sería tiempo perdido seguir escuchando sus mentiras y fingir que las creía. Si realmente era un extraterrestre, cuando antes saliese de dudas y empezara a aprovecharse de su suerte, tanto mejor.

“Nadie va a tomarle el pelo a Betty Seton” —se dijo con firmeza.

Repentinamente se apartó de la ventana, alcanzó el teléfono que estaba sobre la mesilla de noche y se sentó en el borde de la cama.

Al descolgar el teléfono sonó el timbre en la centralilla del Hotel. Una voz malhumorada contestó.

—Por favor, póngame con este número —dijo Betty. Y dio el número del cuartelillo de la Policía del puerto de Manhattan Este.

Poco después escuchaba una voz:

—Policía del Puerto del Sector Manhattan Este. ¿Diga?

—Quiero hablar con el capitán Bliven, por favor.

—¿Quién llama?

—Betty Seton, periodista.

Nueva espera y luego la voz bronca de Bliven:

—¿Seton? ¡Oiga! ¿Miss Seton?

—Soy yo, capitán, Betty Seton. ¿Cómo está usted?

—¡Al diablo cómo estoy! Seton, me las pagará usted en cuanto la coja. Leí su historia en el “World”, donde usted hace confesión expresa de haber ayudado a escapar a ese loco. ¡Está usted tan loca como ese pobre muchacho! Y además no es honesto aprovecharse de un enfermo para escribir una historia estúpida sobre seres extraterrestres y todo eso. ¿Me escucha?

—¿Están buscando a Fidel Aznar?

—¡Si le buscamos! Le busca la Policía, el Servicio de Inmigración, la Agencia Central de Investigación, los federales, y creo haber oído algo respecto al Servicio de Inteligencia de la Armada, la NASA y...

—Pues van a tener que repartírselo ustedes a pedazos.

—¿Cómo se atreve a burlarse? ¡Esto puede ser serio, Seton! ¡Muy serio!

—No veo por qué, si sólo se trata de un pobre chiflado. En fin, voy a darle a usted la ventaja de ser quien lo arreste...

—¿Dónde está?

—A condición de que retire usted los cargos que haya contra mí.

—De eso ya hablaremos.

—No, de eso hablamos ahora —insistió Betty con energía.

—De acuerdo, haré constar que fue usted quien lo entregó.

—Venga al Hotel Calero, Segunda Avenida. Aznar se encuentra en el cine de la esquina, pero no debe tardar en volver. No hagan sonar las sirenas, no es necesario que escandalicen al vecindario. Mi habitación es la número veintitrés y la de Aznar la veinticinco.

—Estaremos ahí en cinco minutos —dijo Bliven. Y colgó.

Betty abandonó el aparato sobre la horquilla y regresó a la ventana. Vio un grupo de gente que estaba saliendo del cinematógrafo y a Aznar cruzando en diagonal la calle en dirección al hotel. La figura de Aznar era inconfundible, tanto por su elevada talla, como por su cabeza rubia y su forma elástica de andar.

Aznar entró en el portal y Betty lo perdió de vista. Se retiró de la ventana, cruzó la habitación a oscuras y se acercó a la puerta poniéndose a escuchar. Sentía el pulso en el cuello y un nudo amargo en la garganta.

Escuchó los pasos de Aznar en la escalera y luego al cruzar el

corredor en dirección a su habitación. Pero se detuvo ante la puerta de Betty y llamó suavemente con los nudillos.

Betty, detrás de la puerta, contuvo el aliento como temerosa de que él pudiera escucharle. Volvieron a llamar golpeando levemente la madera. Betty se llevó las manos al cuello. Pensaba en Aznar y en su decepción cuando Bliven fuera a buscarle dentro de poco. Se sintió ruin y despreciable, a nivel de tantas chicas que cada día llegaban a la gran ciudad y vendían su carne y su alma, no para alcanzar la cima de la fama y la fortuna, sino tan sólo para sobrevivir en un sórdido apartamento comiendo perros calientes y frijoles de lata.

“¡Vete... oh, vete!” —se dijo Betty para sí.

No volvieron a llamar, pero tampoco escuchó pasos ni el ruido de la puerta contigua. De pronto Betty sintió unas manos sobre sus hombros. ¡Lanzó un grito de espanto! Un grito que fue ahogado por una mano grande y pesada que le cerraba la boca. Llena de terror intentó huir, pero un brazo le rodeó la cintura por detrás mientras la mano aumentaba su presión y un aliento abrasador le rozaba la mejilla.

—¡Calle, no grite!

Reconoció la voz y el acento de Fidel Aznar. Se volvió girando dentro del cerco que el brazo de él hacía alrededor de su cintura. En la penumbra vio su cabeza recortada contra el fondo de la ventana abierta. Aznar la estrechó vigorosamente contra su pecho, repitiendo:

—¡No grite!

Betty cesó en toda resistencia, quedando pasivamente en sus brazos, escuchando el latido del corazón de Aznar sobre el suyo. Él retiró su mano de la boca y la pasó por detrás de la nuca de Betty.

—Me has denunciado a la Policía —murmuró entre sorprendido y dolido—. ¿Por qué?

—¡No! —negó Betty meneando enérgicamente la cabeza, en lo que se lo permitía la mano de él sobre su nuca.

—¿Por qué mientes? ¿Olvidas que puedo leer tu pensamiento? ¡Oh, claro, lo comprendo! Tú nunca creíste que yo fuera capaz de ver tus ideas.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Betty jadeando.

—A través de la puerta.

—¡Nadie puede entrar a través de una puerta!

—Yo puedo.

Betty le creyó. ¡Le creyó! La voluntad de Aznar dominaba la suya, la sentía como un flujo que emanaba de él y la hacía sentir flácidos los brazos y las piernas.

De pronto él la soltó. Más que soltarla la rechazó empujándole rudamente hacia atrás.

—Me has vendido —murmuró—. Bueno, no importa. Tenía que ocurrir una vez u otra, tal vez sea lo mejor. Quizás encuentre en otros más comprensión y credibilidad que en ti.

—¡Tenía que hacerlo! —exclamó Betty levantando la voz en un grito de protesta—. No podía soportar por más tiempo este estado de indecisión y de dudas. Si eres un hombre de otro mundo... ¡Oh, Fidel!

De pronto se arrojó impulsivamente entre los brazos de él, sollozando y temblando. Le rodeó con sus brazos, apoyó su cabeza en el pecho de él.

Aznar la sintió temblar contra sí. Sintió el contacto de su carne y aspiró la fragancia que emanaba de sus cabellos. Betty estaba llorando y sus lágrimas le conmovieron. Porque mejor que ella misma, Fidel conocía sus sentimientos, aquella extraña mezcla de simpatía, de admiración, de codicia y maldad que la impulsaban a cometer actos contrarios a su leal y noble naturaleza.

—¡Pobre Betty! —murmuró. Y la estrechó con fuerza contra su pecho.

La muchacha levantó sus desnudos brazos, los enroscó alrededor del cuello masculino y echó atrás la cabeza ofreciéndole los labios temblorosos.

—Te amo —dijo Betty—. ¡Perdóname!

Aznar la besó, y su beso fue como una espoleta que disparó en la muchacha un delirio de besos, de caricias y suspiros. El alma de la muchacha solitaria, deseosa de amor y amistad, se le abrió generosa y sin remilgos. Ella era muy bonita y su cuerpo desnudo destacaba en la penumbra de la habitación. Recorriendo la desnuda espalda los nerviosos dedos de Aznar tropezaron con el broche del sujetador. Saltó la presilla y Aznar se sumergió en el vórtice del deseo, porque también estaba solo en una ciudad inhóspita, y era joven y la necesitaba.

Cuando cinco minutos después llamaron golpeando la puerta de la habitación contigua, Fidel Aznar se soltó del amoroso lazo de los brazos de Betty Seton y se puso en pie. Por la ventana abierta entraba el resplandor de los focos de la calle y del letrero de neón del hotel.

—¡Huye! —suplicó Betty incorporándose en la cama.

—¿A dónde? —replicó él—. No hay lugar para mí en esta ciudad.

—Si puedes pasar a través de la pared...

—Puedo. Voy a pasar a mi habitación para que sea allí donde me encuentren.

Seguían aporreando la puerta, ahora con más energía.

—¡Abra, es la Policía!

Betty Seton vio a Aznar recogiendo su canadiense y la camisa. Le vio dirigirse hacia el muro que separaba las dos habitaciones y pararse allí. En la semipenumbra de la habitación el cuerpo de Aznar empezó a desvanecerse... se diluía en el aire, ante los sorprendidos ojos de Betty... ¡Y desapareció!

Un segundo después se escuchaba el crujido de la puerta de la habitación contigua que cedía bajo un brutal empujón.

—¡Quieto, no ofrezca resistencia! —oyó gritar a Bliven.

Fidel Aznar se encontraba en la habitación de al lado.

Betty se echó a llorar y luego empezó a vestirse.

## CAPÍTULO VII

**A** las ocho de la mañana, Betty Sisto fue sacada de la cama y conducida a presencia del capitán Bliven, cuyo rostro macilento denunciaba el cansancio de una noche agitada.

—Me engañó usted —dijo Betty acusadora—. Prometió no pronunciar cargos contra mí por haber ayudado a escapar a Aznar.

—No he formulado cargos contra usted —dijo Bliven con aire de fastidio—. Es el Departamento de Inmigración quien la acusa.

—¿De qué?

—De ocultar y proteger a un extranjero introducido ilegalmente en los Estados Unidos. El inspector Tennesi ha venido a buscarla. Vaya con él y pórtese bien, no empeore más las cosas.

Poco después Betty viajaba en un automóvil junto al joven inspector Tennesi del Departamento de Inmigración. Al pasar cerca de un puesto de periódicos Betty pudo escuchar al voceador:

—¡La Policía captura al “hombre de Saturno”! ¡Misterioso extranjero es capturado por la Policía!

—¿Podemos parar a comprar un periódico? —insinuó Betty.

—No —fue la seca respuesta del inspector.

Minutos después Betty se apeaba del automóvil ante el edificio del Departamento de Inmigración llevando en una mano la máquina de escribir, y en la otra la bolsa de plástico con el membrete de un supermercado de Long Beach, llena de latas de conserva. El inspector Tennesi la seguía llevando la maleta.

—Por lo menos este edificio tiene mejor aspecto. Espero que sus calabozos sean más cómodos también —dijo Betty.

Tennesi la asió por el brazo y la llevó al interior del edificio. Éste se correspondía con el aspecto exterior, con amplios pasillos, pisos brillantes y placas de mármol a lo largo de las paredes.

Tennesi la introdujo en una espaciosa antesala y la hizo sentar

en un banco de madera, pulido y abrigantado por el uso.

Mientras esperaban llegó un hombre todavía joven, alto y delgado, con aspecto de intelectual, que usaba gafas de cristales ligeramente ahumados con montura de oro.

—Usted debe ser la señorita Seton —dijo el hombre pasándose de mano una carpeta azul para ofrecer la diestra—. Mi nombre es Warden, soy el psiquiatra que ha estado interrogando a su amigo.

Un poco confusa, ante tanta amabilidad, Betty estrechó la mano del doctor.

—Su amigo es un hombre realmente notable —dijo Warden.

—Sí lo es —contestó Betty evasivamente.

—No ha sido muy explícito. Hubo que sacarle las palabras con pinzas, y no fue mucho lo que dijo. Sólo que usted conocía su historia y que no hablaría sin su presencia.

—¿Quiere decir sin mi presencia?

El doctor asintió con una sonrisa. Una secretaria asomó por una puerta.

—¿Miss Betty Seton? Haga el favor de pasar. Usted quédese ahí, Tennesi. Pase usted también, doctor, el superintendente Karlsen le espera.

Betty se puso en pie cogiendo maquinalmente la máquina de escribir y la dichosa bolsa de plástico.

—Déjelo aquí, nadie se lo va a robar —gruñó el inspector quitándole la máquina y la bolsa de las manos.

El doctor Warden cedió gentilmente el paso a Betty, primero a un antedespacho, donde trabajaba una mecanógrafa, y atravesando éste por otra puerta que la secretaria mantenía abierta, a un lujoso despacho, en uno de cuyos rincones descansaba la bandera de los Estados Unidos.

Un hombre de unos 45 años, pulcro y bien vestido, estaba detrás de la gran mesa de caoba. No se levantó, pero hizo una seña amable a la periodista para que se sentara en uno de los sillones. El doctor Warden tomó el segundo sillón. No sin recelo, Betty vio que la secretaria iba a sentarse en una silla junto a la mesa, cruzaba una pierna sobre otra y apercibía lápiz y cuaderno de taquigrafía.

—No diré nada si no es en presencia de mi abogado —dijo Betty poniéndose en guardia.

—¿A qué obedece esta actitud, miss Seton? —dijo el

superintendente sin disimular su contrariedad.

—Tengo derecho a un abogado.

—Nadie ha formulado cargos contra usted... todavía.

—Estoy arrestada, ¿no es cierto?

—Digamos más bien que está usted retenida. Pero tiene razón, está en su derecho al reclamar la presencia de su abogado. Llámelo desde aquí mismo.

Betty se puso en pie, marcó el número de teléfono del “Evening Post” y esperó hasta que contestaron desde el otro extremo de la línea. John Bernard no había llegado todavía, ni tampoco el director del periódico, que solía hacerlo a las nueve.

—Llamaré más tarde —dijo Betty. Y explicó al superintendente que era demasiado temprano.

El superintendente consultó su elegante reloj de pulsera.

—Podemos esperar. ¿Y bien, doctor? ¿Cuál es su dictamen?

Warden se pasó la punta de la lengua por los labios antes de contestar:

—Francamente, estoy desconcertado.

—Eso está muy bien para empezar —dijo el superintendente Karlsen con ironía—. Lo que le pregunto es si el hombre está loco o pretende tomarnos el pelo a todos.

—Yo diría que Aznar no es un loco.

—¿Qué es entonces? ¿Un vivo?

—Es un tipo desconcertante. Tranquilo, sereno, dueño de sí mismo en todo momento... El test demostró que su coeficiente de inteligencia está muy por encima del índice superior. Digamos que es como de doscientos o trescientos sobre cien. A menos que...

—¿A menos, qué? —repitió Warden.

—A menos que se supiera de carrerilla las respuestas correctas al test. O a menos que posea facultades paranormales realmente extraordinarias. Me explicaré. Yo conocía las respuestas correctas, por la sencilla razón de que he utilizado ese test cientos de veces. Es decir, las respuestas estaban en mi cerebro. Un tipo que poseyera la facultad de leer mi pensamiento adivinaría todas las respuestas... simplemente dejándose conducir por la influencia psíquica involuntaria de mi mente.

—Vamos, Warden, por Dios. ¿Qué está diciendo usted? ¿A que resulta que ese Aznar es realmente un extraterrestre, con facultades

psíquicas que están fuera de la esfera de nuestro mundo?

—No lo sé, señor Karlsen. Él aceptó contestar al test, pero se negó a responder a las restantes preguntas. Dijo que la señorita Seton conocía su historia, y que todos podríamos conocerla a su tiempo a través del relato que la señorita Seton hará en los periódicos.

—Tal vez tema incurrir en contradicciones —dijo Karlsen pensativamente.

—No es por eso —dijo entonces Betty.

Los dos hombres se volvieron a mirarla.

—¿Decía usted, señorita? —interrogó el superintendente.

—Yo conozco la historia de Fidel Aznar, palabra por palabra como él la contó. Aznar quiere que su historia se conozca. Pero que la conozcan todos, no que quede entre unos cuantos científicos y altos cargos de la Administración, quienes obviamente la ocultarían al mundo.

—¿Por qué habían de ocultarla, señorita Seton? —preguntó interesado el doctor Warden.

—Fidel Aznar es realmente un ser de otro mundo. Su pueblo viaja a través del espacio tripulando cosmonaves cuya técnica es desconocida aquí. La tecnología de esos hombres es tan avanzada, que podrían igualmente aniquilar toda la vida sobre este planeta, que convertir este mundo en un paraíso de abundancia. Pero esa tecnología está prohibida para nosotros, por la sencilla razón de que no estamos educados socialmente para recibirla y asimilarla. Ellos tienen, por ejemplo, una máquina fabulosa transformadora de energía en materia. Una máquina que puede fabricar incansablemente lingotes de oro, sacos de diamantes, ametralladoras... y que realiza para ellos cada día el milagro de la reproducción de los panes y los peces. Pero si esa máquina fabulosa llegara a poder de un país como el nuestro, ¿cuál sería el destino que le daríamos? ¿La dedicaríamos a producir panes y peces para todos los hambrientos del mundo, o mejor la mantendríamos en secreto, fabricando lingotes de oro para comprar todas las fuentes de riqueza y asegurar la hegemonía de nuestras multinacionales sobre este planeta?

Los dos hombres, incluso la secretaria, contemplaron a Betty Seton con expresión de estupor. Betty continuó:

—Ni Aznar ni su gente albergan intenciones malévolas contra nosotros. Para un pueblo que posee tan inmenso poder, las riquezas de nuestro mundo son pequeña cosa. No quieren siquiera entablar diálogo con nosotros, por la simple razón de que hablamos idiomas distintos, y manejamos conceptos e ideas tan opuestos que nunca llegaríamos a comprendernos. Aznar vino a esta Tierra por simple curiosidad. Volaba, después de cruzar el Atlántico para curiosear esta ciudad, cuando le falló el motor y su aparato se hundió en el mar. Aznar sólo aspira a que alguien le proporcione los medios para comunicar con su gente, informar que se encuentra con vida y señalar el lugar donde pueden venir a recogerle. No hablará ni se confiará con nadie, ni a nadie contará su historia porque sabe que es tiempo perdido. El mundo debe conocer su odisea a través de mí y de los periódicos, para que conociéndola todos nadie se atreva a secuestrarle, convirtiéndole en prisionero a perpetuidad lejos de su mundo y de las gentes que ama.

Warden y Karlsen cruzaron entre sí una mirada de perplejidad. En este momento sonó el teléfono. La secretaria tomó el aparato, lo aplicó a su oído y escucho con aire de extrañeza. Luego tapó el micrófono con la mano y dijo:

—Es de Washington, señor Karlsen. Llamada directa del señor secretario de Defensa.

Karlsen tomó el teléfono y dijo mirando a Warden:

—Disculpen, ¿tienen la bondad de esperar fuera?

Warden y Betty se pusieron en pie y abandonaron el despacho cerrando la puerta.

Mientras esperaban en el antedespacho, donde la mecanógrafa seguía aporreando la máquina, Betty dijo a Warden:

—Le agradezco el juicio que formuló respecto a Aznar. Él es realmente extraordinario. Su inteligencia está fuera de lo común. Además, tenía usted razón; él puede leer nuestro pensamiento.

—¿Usted sabía eso? —preguntó Warden admirado.

—Eso y muchas cosas más.

—¿Por qué se empeñará en hacerse pasar por extraterrestre?

—Él es extraterrestre —replicó Betty.

—¿Y habla español?

—Habría observado usted que su español es distinto del que hablamos aquí. Aznar descende de terrícolas. Pero no de esta

Tierra, sino DE LA OTRA Tierra.

Warden la miraba boquiabierto.

—Existe otra Tierra idéntica a ésta en el extremo opuesto del Universo —dijo Betty completamente seria—. Pero lo que nosotros conocemos por materia allí es antimateria.

—Señorita Seton, si insiste usted en que todo eso se lo contó Aznar, me veré obligado a modificar la opinión que había formado de él —dijo el psiquiatra.

—Haga lo que quiera —contestó la muchacha encogiéndose de hombros.

Permanecieron en silencio unos instantes. La puerta del despacho se abrió, salió la secretaria y dijo:

—Ya pueden pasar.

Betty y Warden regresaron al despacho, donde el superintendente Karlsen permanecía en actitud perpleja. Levantó el rostro, miró a ambos y dijo:

—Aznar va a ser conducido a Washington.

—¿Por qué a Washington? —preguntó Betty Alarmada.

—Porque quieren interrogarle allí. Parece ser que han examinado el equipo de vuelo que vestía Aznar cuando fue rescatado. Dicen que está hecho de un cristal que no existe en la Tierra. Sin embargo, eso no es todo. Ese cristal podría estar fabricado en la Tierra con técnicas soviéticas que nosotros no conocemos... Lo que ha alarmado al Pentágono son ciertas llamadas de radio que están recibiendo nuestras estaciones de seguimiento de satélites en todo el hemisferio occidental. Esas llamadas proceden del espacio exterior... ¡y se escuchan voces que no corresponden a ningún idioma conocido en este planeta!

—Seguramente proceden de algún punto de los alrededores de Saturno —apuntó Betty.

Karlsen no contestó, pero por la expresión de su mirada era fácil comprender que así era.

—Aznar no hablará, ni en Washington ni en ninguna parte, si yo no estoy con él —dijo Betty.

—El asunto no nos concierne ya. Ha pasado a otra jurisdicción —murmuró Karlsen.

El doctor Warden preguntó si había informado de la resistencia de Aznar a hablar.

—¿A mí que me importa eso? —replicó Karlsen con gesto malhumorado—. ¡Allá se las entiendan con él!

—¿Y qué hay respecto a mí? —preguntó Betty—. ¿Sostendrán su acusación, a pesar de saber que Aznar no entró ilegalmente en el país por voluntad propia, sino por puro accidente?

—De cualquier forma, Aznar es un extranjero, y usted le ayudó a esconderse. Llame a su abogado, él conocerá los trámites legales para sacarla de aquí bajo fianza.

—Muchas gracias, es usted muy amable —repuso Betty con ironía.

Salió y utilizó el teléfono de la secretaria para llamar a John Bernard.

—Buenas noticias, jefe. Ya podemos empezar a publicar mi historia, he ganado la puesta —dijo Betty por teléfono.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha ganado? —preguntó Bernard—. He leído los periódicos de la mañana. Todos publican la noticia del arresto de Aznar, pero nadie ha dicho todavía que se haya demostrado su identidad extraterrestre.

—Tal vez nunca se llegue a admitir oficialmente. Pero escuche esto, en Washington están asustados. Las antenas de seguimiento de satélites están captando llamadas de radio del espacio exterior en un idioma desconocido. ¡Son ellos, jefe, los valeranos! Es decir, el padre y los amigos de Fidel Aznar llamándole desde Saturno. ¿Qué le parece?

—¡Fantástico! Oiga, Betty, ¿esa noticia procede de buena fuente?

—Noticia de primera mano, directamente desde el despacho del secretario de Defensa.

—¿Dónde demonios está usted?

—En la oficina del superintendente Karlsen, del Departamento de Inmigración.

—Pues acuda a la redacción enseguida. Tenemos que convencer al jefe y preparar una sinopsis de lo que formará la serie de reportajes. Si el jefe nos da luz verde empezamos esta tarde con el trabajo que me enseñó.

—Envíe un equipo de rescate por mí. Estoy arrestada.

—¡Válgame el cielo! ¿Qué ha hecho usted?

—Ayudar y ocultar a un extranjero introducido ilegalmente en

Estados Unidos. El extranjero es Aznar.

—¡Rayos y centellas! Le envió volando a nuestro abogado. Si no consigue su libertad, envíeme con él su reportaje. Corto y cierro.

Betty escuchó el estruendo del teléfono al ser colgado en el otro extremo de la línea. Se hurgó el oído lastimado y miró a la perpleja secretaria.

—Gracias —dijo. Y salió a reunirse con el inspector Tennesi, que esperaba pacientemente con la máquina de escribir, la vieja maleta y la bolsa de latas a su alrededor.

Todavía estaba Betty esperando en el banco de madera cuando llegaron el abogado del “Evening Post” y Bill Roman. Bill traía consigo su cámara y charló con Betty mientras el letrado iba al departamento jurídico del edificio a solucionar el asunto de Betty.

Bill Roman montaba guardia en la puerta de la sala, echando frecuentes miradas al corredor.

—¡Ya lo traen! —avisó Bill, preparando su cámara.

Betty salió al corredor y vio a Fidel Aznar que venía escoltado por dos inspectores, esposado a uno de ellos.

El destello del “flash” pilló desprevenidos a los inspectores y al mismo Aznar. Betty corrió impulsivamente hacia Aznar y se abrazó a él antes que los inspectores pudieran evitarlo.

El “flash” brilló de nuevo mientras Betty unía sus labios a los de Fidel Aznar. Los inspectores reaccionaron y trataron de apartar a la muchacha.

—¡Fidel, tu gente está lanzando llamadas por radio! —le comunicó Betty, luchando con los inspectores.

—Publica mi historia, Betty, todo lo que te conté. Mi padre enviará a alguien a buscarme. Si vuestras emisoras de radio comentan mi caso, los míos tal vez puedan enterarse de que estoy vivo y prisionero.

—¿Qué ocurrirá si no te sueltan?

Los inspectores habían apartado a la muchacha de un empujón y se llevaban al prisionero tirando de él.

Delante iba Bill Roman disparando su cámara fotográfica.

—Fidel, ¿qué ocurrirá? —repitió Betty siguiéndoles.

Tennesi retuvo a Betty por un brazo. Mientras se alejaban, Aznar volvió la cabeza y gritó:

—¡Por Dios, que no lo sé! Pero adviérteles. ¡Mi gente no me

abandonará!

Betty quedó parada. Se sacudió la garra de Tennesi con violencia.

—¡Ya está bien, deje de manosearme!

Intimidado, el inspector la soltó. Betty regresó a la sala de espera y al banco de madera. Bill Roman asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—Regreso a la redacción a revelar las fotos. ¡Suerte!

Minutos después regresaba el abogado con la orden de libertad para Betty Seton.

—Tome, le regalo las latas —dijo Betty a Tennesi tendiéndole la bolsa de plástico.

Betty abandonó el edificio acompañada por el abogado. En el propio automóvil de éste fue llevada hasta la redacción del “Evening Post”, donde John Bernard la esperaba con impaciencia.

—¡Por el amor de Dios, señorita Seton! Los linotipistas están esperando. El jefe ha dado su consentimiento. Vamos a lanzar la historia... ¡y arda Troya!

A las cinco de la tarde, cuando cerraban las oficinas en el dinámico Manhattan, las gentes que regresaban cansadas y sudorosas a sus domicilios fueron sorprendidas por los gritos de los vendedores de periódicos:

“¡Sensacionales revelaciones del Hombre del Espacio!” “¡Betty Seton entrevista a un extraterrestre!” “¡Exclusivas declaraciones para el ‘Evening Post’!”

A la misma hora, en Washington, un grupo de agotados psiquiatras se reunían en mangas de camisa para formular un dictamen conjunto sobre el estado mental de Fidel Aznar.

## CAPÍTULO VIII

**T**res días después, el joven y encantador abogado del “Evening Post”, repentinamente, recibió un interésido Betty Sedal en las demandas que, desde todas las partes del mundo, se le hacían para publicar la historia de Fidel Aznar, el Hombre del Espacio.

El sábado, mientras la cuenta corriente de Betty crecía como la espuma, Morris telefoneó al apartamento de la periodista a temprana hora de la mañana. Betty tenía cita a las diez con la modista, pero Morris insistió en la urgencia del asunto.

—¿De qué se trata? —preguntó Betty, mientras por la amplia ventana veía la masa arbórea de Central Park.

—Mister Heward, de la Oficina Central de Investigación me ha pedido cita con usted a las diez. Deje lo de la modista, esto es más importante.

—¿Por qué es más importante?

—Porque Heward es un alto personaje de la Administración y representa a la opinión del Gobierno respecto a las revelaciones que estamos haciendo en el caso de Aznar.

—No le debo nada a la Administración. Que espere el señor Heward.

Betty cortó en seco las protestas del abogado colgando el teléfono, y acudió a la modista como tenía planeado.

Al cambiar su residencia a un apartamento de lujo, Betty había logrado despistar momentáneamente a la nube de periodistas que la acosaba, intentando obtener de ella declaraciones como si fuera el portavoz oficial de Fidel Aznar.

La realidad era que Betty no había vuelto a saber de Aznar en tres días, cosa que la intranquilizaba y añadía cierto acento incisivo a sus reportajes, criticando la actitud obscurantista de los servicios de Inteligencia, empeñados en ocultar al país y a la opinión pública mundial el más pequeño detalle relacionado con el “caso Aznar”.

Era cerca del mediodía cuando Betty apareció por el despacho de Teddy Morris.

—¡Por el amor de Dios, Betty! Heward lleva casi dos horas esperando —protestó el abogado.

—El firmamento no se ha venido abajo a pesar de todo, ¿verdad? ¿Qué tal mi nuevo vestido?

Betty Seton estaba realmente elegante con su nuevo vestido de mañana, el cual no hacía sino realzar su bella y juvenil figura.

—Es usted una irresponsable —gruñó Morris. Y de un empujón la llevó al despacho.

Heward estaba de pie ante la ventana, cruzadas las manos a la espalda, y se volvió para mostrar su torvo gesto al entrar Betty. Miró ostensiblemente la hora de su reloj y no desarrugó el ceño cuando Morris hizo las presentaciones y tuvo que estrechar la enguantada mano de la periodista.

Betty Seton se dejó caer en un sillón, cruzando sus esbeltas piernas en actitud displicente.

—¿Y bien, señor Heward? ¿De qué se trata? —preguntó clavando sus descarados ojos en el rostro serio del hombre.

—Puesto que está usted en tan buenas relaciones de amistad con el señor Aznar, supongo le agradecerá saber que él está bien.

—Me alegro mucho. Más les vale así.

—¿Es aprensión mía, o advierto un real acento de amenaza en sus palabras?

—Tómelo como quiera.

El hombre de la C.I.A. tomó asiento en otro sillón frente a Betty, echó un rápido vistazo a las bellas piernas femeninas y se pasó el dedo por el apretado cuello de la camisa.

—Bien. El asunto está de este modo —empezó diciendo—. Mi Departamento se siente lógicamente irritado ante el desarrollo de los acontecimientos. Tenemos a Aznar, pero desde el jefe del Departamento al último subalterno, hemos de esperar cada tarde la aparición de su periódico aquí, y a que nos envíen copia por “télex” para conocer, de forma inconexa y sin base científica, lo que quisiéramos saber por el propio “Hombre del Espacio”. ¡Esto es absurdo!

—Supongo que si es de este modo, será porque ustedes no han conseguido arrancarle una palabra a Aznar, a pesar de sus métodos

de tortura y sus amenazas.

—¿Qué dice usted? ¡Nadie ha torturado a Aznar!

—¿Quiere usted que me lo crea? ¿Por qué le tienen secuestrado e incomunicado, privado de todas las garantías a que tiene derecho el más depravado ser humano? ¿Puede jurarme usted que ni siquiera le han administrado pentotal, ni ningún otro tipo de droga, de efectos incluso más diabólicos?

Heward se agitó inquieto en el sillón.

—Las drogas hipnóticas no se consideran un método de tortura —apuntó, aunque falto de convicción.

—Cualquier sistema que se utilice para quebrar la voluntad del individuo es ilegal.

—De todas formas Aznar resultó invulnerable a las drogas. Hemos descubierto que posee facultades parapsicológicas fuera de lo común. Por ejemplo, no habla inglés, pero es capaz de seguir una conversación en este u otro idioma que no conozca, simplemente leyendo directamente en la mente del que habla. Y no es necesario que uno hable en su presencia. Incluso en silencio, puede adivinar lo que uno está pensando. Fue así como supo de nuestras intenciones de aplicarle pentotal. Antes que se le administrara la droga se autohipnotizó. Su mente levantó como un muro infranqueable, y aun en estado hipnótico fue imposible arrancarle una sola palabra.

Los bellos ojos de Betty se humedecieron de lágrimas.

—¡Pobre muchacho, lo que le estarán haciendo sufrir!

—Se equivoca, él no ha sufrido en absoluto. Pero no es eso lo que parece a través de los escritos que usted publica, al margen de esa serie episódica de ciencia-ficción. Mi Departamento está muy molesto con usted por esta causa. Más o menos está fomentando la creencia de que formamos una pandilla de malvados inquisidores, cuyo único propósito es despojar a Aznar de sus conocimientos científicos, valiéndonos de los más refinados procedimientos de tortura.

—¿Por qué no permiten que los periodistas tengan acceso a Aznar, que puedan fotografiarle y hablar con él? ¿No es cierto que tanto el Pentágono como la Comisión de Aeronáutica Espacial darían cualquier cosa por arrancarle a Aznar los secretos que posee respecto a armas y aeronaves? —dijo Betty acusadora.

—Eso es obvio —replicó Heward—. Cualquiera que estuviera en nuestro lugar lo desearía. Pero ese hombre se obstina en guardar silencio, con lo cual no consigue sino perjudicarse él mismo. Su amigo, miss Seton, parece no darse cuenta de su delicada situación. Vino a espiar a un país extranjero y fue capturado. Es un espía, a fin de cuentas, y como tal puede ser juzgado y condenado por nuestras leyes.

—¿Condenar a Aznar? —se sobresaltó Betty. Miró amenazadoramente a Heward—. ¡Oh, no! ¡Ustedes no se atreverán!

—Estamos en nuestro derecho. No obstante, no ejerceremos ese derecho si Aznar accede a negociar con nosotros. Esas son nuestras condiciones, y queremos que usted venga a hablar con él y trate de hacerle comprender su situación. Aznar ha reclamado insistentemente su presencia durante los interrogatorios. Cederemos en ese punto si él cede en otras cuestiones.

Betty Seton sintió latirle gozoso el corazón. ¡Ver a Fidel Aznar! ¡Poder estar con él!

—Además, queremos que usted se convenza de que no está siendo torturado —añadió Heward con ironía.

—¿Puedo llevar conmigo a mi abogado? —preguntó.

Pero el propio Morris sacudió la cabeza y exclamó:

—No sea tonta, Betty. Aznar está incurso en el delito de espionaje. Ni siquiera él lo ha negado. No puede reclamar la presencia de un abogado en los interrogatorios, sólo en el caso de que se le instruya encausamiento se le concedería el derecho a ser defendido.

Betty clavó sus pupilas en el rostro de Heward.

—Sinceramente, ¿van a condenarle como espía? —preguntó.

—No lo sé, miss Seton. Puede que todo dependa de que usted pueda convencer a su amigo para que nos haga alguna revelación de gran interés.

Betty sabía muy bien que nunca convencería a Aznar para que hiciera ningún tipo de revelaciones, ni era su propósito intentar siquiera de convencerle. Pero deseaba ver a Aznar y se guardó mucho de expresar su convicción.

—¿Debo ir a verle a Washington? —preguntó—. ¿Cuándo?

—Hoy mismo —contestó Heward consultando su reloj—. Tenemos un avión esperándonos en la base Bennet de la Marina. Si

usted no entretiene demasiado...

—Sólo lo preciso para pasar por mi apartamento y coger algunas cosas.

—Perfectamente —dijo Heward poniéndose en pie—. Y puesto que estamos en Nueva York, me gustaría llevar de regreso a Washington un ejemplar de su periódico.

—El “Evening Post” no sale hasta las cinco de la tarde.

—Pero la edición ya habrá entrado en máquinas. O habrá por lo menos la prueba del corrector.

—Como usted quiera, pasaremos por la redacción, ya que se empeña.

Una hora más tarde Betty estaba sentada junto a Heward viajando en un reactor de la Marina, viendo por la ventanilla el mismo mar donde, hacía cinco días, unos pescadores habían rescatado del agua al primer astronauta extraterrestre del que tenía noticias la Historia.

Junto a Betty, Heward leía ávidamente la última página del “Evening Post”, manchándose los dedos de tinta fresca.

Betty esperaba la reacción de Heward, la cual se produjo al llegar al final del capítulo. El hombre pegó un respingo, miró a Betty y exclamó:

—¡Un hombre procedente de otra Tierra idéntica, pero constituida de antimateria!

—Fantástico, ¿no es cierto?

—¡Usted se pasa de la raya, miss Seton! Va a arruinar su propia obra a fuerza de excesos. No puede haber otra Tierra de antimateria. Pero si la hubiera, Fidel Aznar no podría llegar jamás a este planeta. Éste sería un “antimundo”, totalmente prohibido para él. Al poner pie en tierra quedaría destruido. ¿Qué digo? Ni siquiera llegaría a tierra, su aeronave se aniquilaría al entrar en contacto con las altas capas de nuestra atmósfera.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Betty con aire misterioso—. Espere a mañana y conocerá cómo pudieron resolver los científicos valerosos el problema.

—Dígamelo usted, demonio. ¡No puedo esperar a mañana!

—Eso mismo dijo mi redactor jefe que diría el público. Bernard ha predicho que nuestros lectores acudirán en masa a la redacción y le pegarán fuego.

—¿Quién es Bernard?

—El jefe de redacción. ¿Y sabe lo que dijo el director? Dijo que esa sería la mejor propaganda que podrían hacernos, pues demostraría hasta qué punto nuestros lectores están impacientes por conocer el final de esta apasionante historia.

—¿Y cuándo se va a conocer el final?

—Va para rato. Tengo previsto escribir cincuenta capítulos sobre esta historia.

—¡Cincuenta días! —exclamó Heward desalentado—. Por supuesto que su periódico va a arder mucho antes de que usted llegue al final. Yo me apunto a la manifestación.

Betty había descubierto que tenía un manantial y se proponía hacerlo fluir gota a gota, encandilando a sus lectores al final de cada capítulo con la promesa de otro episodio todavía más apasionante.

Hasta ahora sólo había hablado de la llegada de Fidel Aznar, del autoplaneta “Valera” y del modo que vivían los valeranos en su asombroso mundo. En el capítulo que acababa de leer Heward relataba el viaje de “Valera” por el hiperespacio y el descubrimiento de otro universo antimateria. El domingo, los periódicos solían publicar un extraordinario de gran número de páginas, y Betty iba a presentar la increíble máquina “Karendón” creadora de materia. Bernard tenía ya en su poder el original. Al leerlo había sacudido la cabeza murmurando:

—¡La que vamos a armar con esta maquinita!

Betty se proponía dedicar toda la semana a ensalzar las infinitas posibilidades de las “Karendón”, relatando cómo habían revolucionado la industria y solucionado de una vez por todas el problema de la alimentación de los valeranos. Hasta el extraordinario del domingo siguiente no tocaría el tema de la desmaterialización de los seres humanos, con el sorprendente resultado de mantener en suspenso la vida por tiempo indefinido... ¡qué también iba a levantar polvareda!

Desde todos los puntos del país, y desde el día anterior de todas partes del mundo, se estaban recibiendo en el despacho del representante de Betty Seton centenares de solicitudes de periódicos, estaciones de radio y cadenas de televisión, para reproducir los episodios que iba publicando el “Evening Post”.

Mientras tanto, como era de esperar, otros periódicos, y entre ellos el “World and Life”, habían abierto fuego de batería contra el “Evening Post”, insertando documentados trabajos de notables científicos, que rebatían las afirmaciones de Betty Seton a medida que iban apareciendo los capítulos de la discutida historia del Hombre del Espacio.

Heward había comprado el “Herald” y se lo mostró a Betty.

—¿Ha leído lo que dice aquí el profesor Neuberger? Dice que si Aznar fuera un auténtico viajero del espacio, desmentiría las absurdas afirmaciones que hace usted en su relato. Por ejemplo, cuando habla del viaje del “autoplaneta” a través del hiperespacio a mayor velocidad que la luz. Ningún móvil puede volar a mayor velocidad que la luz.

—Cuando se inventó la locomotora también afirmaron que no podría viajar a más de treinta kilómetros por hora sin que sus viajeros perecieran. ¡Y eso lo dijeron los científicos!

—Los hombres de la NASA aseguran que la técnica que utilizan los valeranos en sus vuelos espaciales no debe ser mucho más avanzada que la nuestra. A lo sumo habrán resuelto el problema del motor fotónico y los campos de fuerza magnéticos. Por supuesto, utilizarán el estado de hibernación para sobrevivir al largo tiempo que emplean en sus desplazamientos. En todo caso, no pueden haber venido de ningún planeta que se encuentre a una distancia mayor de unos cien años luz.

—Espere usted unos días y sabrán cómo los valeranos pueden viajar a distancias de miles de años luz sin pasar por el engorroso procedimiento de la hibernación artificial.

Heward se encogió de hombros, como desistiendo de continuar discutiendo. Se enfrascó en la lectura del periódico, y así llegaron a Washington.

Como ya había ocurrido en Nueva York, emplearon más tiempo en ir del aeródromo a Washington, que en el vuelo de ciudad a ciudad. Ni Heward ni Betty habían almorzado, pero ambos tenían demasiada prisa en llegar a su destino para entretenerse en el camino.

—Tal vez tenga que quedarse por unos días —indicó Heward cuando el automóvil se detenía ante un edificio de modesto aspecto—. Más tarde la llevaremos a un Hotel.

Entraron en el edificio. Después de pasar por una oficina, donde ambos recibieron una tarjeta de identificación que colgaron de un ojal, Heward llevó a Betty Seton por una escalera hasta el sótano. El acompañante de Betty presentó a ésta a un hombre llamado Butler.

Butler, de mediana edad y robusto, contempló con cierta admiración a la guapa muchacha de cabellos rubios y ojos azules (Betty había devuelto a sus cabellos el color original).

—¿Cómo se encuentra el señor Aznar? —preguntó Betty.

—¡Oh, él está bien! Nosotros tenemos un terrible dolor de cabeza —dijo Butler—. Supongo que querrá verle.

—He venido para eso.

Los dos hombres acompañaron a la periodista hasta el fondo de un corredor, donde Butler abrió una puerta blindada. Por una escalera de paredes de hormigón que rezumaba humedad bajaron hasta otro sótano.

—Bien, aquí está su amigo —dijo Butler abriendo una puerta—. Podrán hablar a solas durante quince minutos.

Betty Seton entró en una habitación de paredes desnudas, pintadas de un suave color crema. La habitación sólo tenía una cama, una mesa y un par de sillas. Allí estaba Fidel Aznar, enfrascado en la lectura de un grueso volumen bajo la luz eléctrica que caía directamente sobre la mesa.

—¡Fidel!

Él levantó el rostro, la vio y sonrió. Se puso en pie.

—Sabía que estabas en camino. Pero me distraje en los últimos momentos. ¡Betty!

La estrechó entre sus brazos y la besó.

—Fidel, ¿estás bien? ¿No te han torturado? —preguntó la muchacha apoyando su cabeza en el hombro de él.

—Te advierto que nos están viendo a través de un circuito cerrado de televisión, y escuchan todo lo que hablamos con micrófonos ocultos. Pero si quieres decirme algo que ellos no puedan oír, no es necesario que hables. Dímelo con el pensamiento.

—¡Oh, Fidel! —gimió Betty. Y sin saber por qué se echó a llorar sobre su hombro.

Desde la habitación contigua, sentados ante una pequeña pantalla de televisión, Heward preguntó a Butler:

—¿Cree que realmente pueden conversar entre sí mentalmente?

—Él puede, señor Heward —contestó Butler—. La chica no tiene que hacer nada. Sólo pensar y servir de receptora del mensaje telepático que él le envía. Así es de sencillo.

—Tan sencillo como es, y nosotros no podemos enterarnos de lo que se dicen.

—Bueno, piense que lo que ellos se dicen también lo habrá dicho usted alguna vez a una muchacha. ¿Cómo se hablan los enamorados? Pues mirándose a los ojos.

Heward guardó silencio mirando a la pantalla. Después se volvió hacia Butler y dijo:

—La muchacha debe sentirse indispuesta en el Hotel, de modo que el médico pueda inyectarle pentotal. Sólo así sabremos qué fue lo que Aznar realmente se contó.

—El experimento puede resultar un fracaso. Imagine que Aznar le hubiese contado un bello cuento. Lo que nosotros sepamos por ella será lo que ella ha sabido por él, nada más que eso.

—Tenemos que intentarlo de todos modos.

Transcurridos los quince minutos se abrió la puerta de la habitación y Butler hizo una seña amable a Betty Seton para que saliera.

—¿Podré volver a verle mañana? —preguntó la muchacha.

—Venga después del almuerzo, les llevaremos a dar un paseo en automóvil por los alrededores de la ciudad —dijo Butler.

Betty se despidió de Aznar y luego de Butler, siendo acompañada por Heward hasta la puerta de la calle. Allí le presentó a un joven robusto, de pelo cortado al cepillo, con cierto aire inconfundible de militar. Se trataba del teniente Merwin Malcolm, cuya misión consistiría en cuidar de Betty Seton y protegerla de la curiosidad de fotógrafos y periodistas.

—¡Pero si no me importa que me sigan los periodistas! Yo soy uno de ellos y comprendo su insistencia.

—A usted tal vez no le importe, pero a nosotros sí nos importa. No queremos que haga declaraciones a la Prensa mientras esté aquí. O acepta usted nuestras condiciones o no verá a su amigo.

La seca respuesta de Heward desconcertó a Betty.

—Yo no les pedí que me trajeran a Washington —protestó.

—Había solicitado muchas veces ver a Aznar, antes de que

fuéramos a buscarla.

Betty se separó malhumorada de Heward. Merwin Malcolm la llevó en automóvil al hotel y se mostró solícito con ella en todo momento, incluso le propuso comer juntos en el comedor del mismo hotel.

Betty tomó posesión de la habitación, se duchó y se cambió de ropa para bajar al comedor. El teniente Malcolm había cambiado su traje de calle por un smoking y la esperaba en el bar. Tomaron un “Martini” y luego fueron a ocupar la mesa que tenían reservada.

Malcolm no hizo nada por disimular la admiración que sentía por Betty. Mientras comían, todavía a muy temprana hora, expresó sinceramente la fascinación que Fidel Aznar ejercía sobre él. Malcolm era uno de los hombres de la Comisión de Aeronáutica Espacial, piloto de profesión y actualmente agregado al Laboratorio de Experimentación Espacial de Houston, donde se planeaba el primer viaje al planeta Marte.

El vino, o quizás las ostras, debieron sentar mal a la periodista. Se sintió indisputada y se disculpó ante Malcolm para regresar a su habitación. Malcolm la acompañó, se interesó por ella y dijo que iba a buscar el médico del hotel.

El médico acudió en el momento que Betty vomitaba toda la comida en el baño. La hizo acostarse y le tomó el pulso, mientras preguntaba qué había comido.

—Debemos prevenir un posible caso de intoxicación. Ocurre con alguna frecuencia con las ostras, no siempre están en buen estado.

Le inyectó algo de un frasco y Betty sintió un gran alivio acompañado de sueño. Durmió toda la noche de un tirón y despertó a la mañana siguiente con dolor de cabeza y la mente como embotada. Tenía la vaga impresión de haber soñado largamente, pero no pudo recordar nada.

El médico que la visitó era otro distinto del que la atendió la tarde anterior.

—Es cierto, un colega amigo mío me sustituyó. Yo soy el titular del hotel —respondió el doctor a la pregunta de Betty.

El teniente Malcolm llegó con un ramo de rosas a interesarse por su salud. Betty preguntó al médico si podía levantarse.

—Naturalmente, no tiene usted nada. Su dolor de cabeza es propio de la indigestión. Una aspirina y un paseo al aire libre la

despejarán. Tome comidas ligeras, al menos por hoy.

—Vístase —le dijo Malcolm—. La llevaré a almorzar a un lugar delicioso. La espero en el coche.

Washington en domingo tenía el aspecto tranquilo de una ciudad provinciana. Malcolm la llevó a un paraje encantador junto al río Potomac. La aspirina había despejado el dolor de cabeza de Betty Seton, si bien sus ideas no regían con la agilidad habitual.

Malcolm era un agradable compañero, pero desgraciadamente su misión no consistía en divertir a Betty. Mientras almorzaban llegó Heward, el cual acercó una silla y se sentó a su mesa con expresión sombría.

—Siento decirle que el paseo de esta tarde ha quedado suspendido, miss Seton —dijo sin tratar de ser cortés.

Betty se sintió alarmada.

—¿Por qué? ¿Le ocurre algo a Aznar?

—Es por culpa de él por lo que se suspende la excursión, aunque se encuentra bien. Anoche pudimos sorprender a su amigo y habló. Su situación legal se ha agravado. ¿Sabía usted que Fidel Aznar y sus amigos llevan a bordo de sus dos cosmonaves veinte millones de unos seres marinos que ellos llaman “tritones”?

Betty miró sorprendida a Heward. Hubiera sido tonto negar, puesto que al parecer lo sabía todo.

—Sí, lo sabía.

—¿Sabía que los valeranos llegaron hasta aquí buscando un nuevo planeta donde acomodar a los “tritones”?

—Sí.

—¿Y que el planeta donde se proponen desembarazarse de los “tritones” es precisamente éste, la Tierra?

—¡Dios mío, no! Aznar jamás dijo tal cosa —protestó Betty sintiendo que palidecía.

—No lo dijo. ¿Pero usted no lo adivinó?

—¿Cómo iba adivinarlo?

—Sin embargo, era lógico suponerlo. Piénselo, los valeranos rescataron a los “tritones” de un planeta total o casi totalmente cubierto por el océano. Los “tritones” son seres marinos, necesitan un mundo con grandes mares donde habitar. Este planeta que llamamos Tierra debería llamarse el planeta Agua, ya que las tres cuartas partes de su superficie están ocupadas por los océanos. ¿Qué

mejor lugar que éste para desembarcar a los “tritones”?

—¿Aznar confesó que fueran esas sus intenciones? —preguntó Betty balbuceando—. ¡Casi no puedo creerlo!

—Naturalmente, Aznar no se lo diría. Temía que los habitantes de este planeta nos opusiéramos con todas nuestras energías a ese desembarco, que de hecho sería una invasión.

—¡Pero si los “tritones” sólo son veinte millones!

—Hoy son veinte millones, y dentro de unas cuantas generaciones serían dos mil millones, la mitad de los seres que poblamos los continentes de este mundo. Los mares de este planeta ya acusan una notable disminución de sus recursos naturales. ¡La pesca desaparecería del todo y los “tritones” saldrían a buscar su alimento sobre las tierras habitadas! ¿Se da cuenta de lo que significaría eso? Tendríamos que exterminar a los “tritones”... ¡y son seres inteligentes como nosotros! Antes que llegar a ese extremo, lo que debemos hacer es impedir que los valeranos nos descuelguen a esa gente y nos veamos en problemas.

—Quisiera ver de nuevo a Aznar, que me dijera eso a mí.

—Olvídese de Aznar y regrese a Nueva York. Y si quiere hacer algo en favor de este planeta, que al fin y al cabo también es el de usted, no nos dore la píldora presentándonos a los valeranos como héroes espaciales, sembradores del bien y la felicidad. Tal vez tengamos que luchar contra ellos.

Betty se sentía aturdida. Su mente seguía como envuelta en telarañas.

—¿Darán publicidad a esa noticia? —preguntó.

—No hay necesidad de alarmar al público antes de tiempo. Tal vez logremos hacer desistir a los valeranos, ahora que conocemos sus ocultos propósitos. ¡Si supiéramos algo más del poder ofensivo de las armas de los valeranos!

—No me siento bien. Creo que voy a regresar a Nueva York hoy mismo. ¿A qué hora sale el primer avión?

—A las cinco de la tarde —repuso Heward sin vacilar—. El teniente Malcolm la llevará al aeropuerto.

A las cinco de aquella misma tarde, después de estrechar la mano del teniente Malcolm, Betty Seton subía al avión que la llevaría a Nueva York en poco más de media hora de vuelo.

## CAPÍTULO IX

**D**urante el regreso en su lujoso apartamento, Betty se puso los zapatos y cogió el extraordinario dominical del “Evening Post” que había comprado en la calle.

Leyó completo su propio reportaje y lo encontró bien en general, aunque le satisfizo menos que después de haberlo escrito. Llamó por teléfono a John Bernard, que acababa de regresar de la playa con su familia, y le rogó que fuera a verla urgentemente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bernard por teléfono.

—Hay que introducir cambios en los capítulos que le entregué.

—¡Pero si ya están en fotocomposición!

—Pues hay que resumirlos, tenemos que dar un ritmo más rápido a la narración. Venga y se lo contaré.

Bernard acudió hora y media más tarde acompañado de su mujer. La esposa quería conocer personalmente a Betty, de quien seguramente había oído hablar a Bernard con frecuencia, o tal vez fue una excusa para que Bernard no se viera a solas con Betty en la intimidad de su apartamento.

Betty no estaba de humor para estas cosas y fue derecha al asunto.

—Los de la Agencia Central de Investigación consiguieron hacer hablar a Aznar. Al parecer éste les dijo que tenían a bordo de sus cosmonaves veinte millones de “tritones” que se proponen acomodar en los océanos de la Tierra.

Bernard sopló un largo silbido de asombro. Ni siquiera él conocía toda la historia, más allá de los tres capítulos que Betty había entregado por adelantado.

Betty tuvo que contar a Bernard todo lo que sabía; es decir, que los valeranos habían evacuado de un planeta amenazado de aniquilamiento veinte millones de unos seres marinos llamados

“tritones”, a quienes llevaban de un lado a otro en busca de un mundo que reuniera para ellos las condiciones elementales de vida. La Tierra, indudablemente, reunía estas condiciones; las tres cuartas partes del planeta estaban ocupadas por los mares y océanos.

—¡Sería terrible que desembarcaran a esos seres extraños en la Tierra! —exclamó Bernard.

—Yo no acabo de creer a los valeranos capaces de hacernos esa faena. No está en su línea de actuación.

—¿Pero qué sabe usted de las intenciones verdaderas de esa gente? ¡Sólo lo que quiso decirle Aznar! Y no se lo dijo todo. Es lógico que no le contara la verdad, suponiendo la reacción que iba a tener entre nosotros su idea de dejarnos aquí a los “tritones”.

—Si temía nuestra reacción nunca debió hablarme de los “tritones”. Pudo haberme ocultado que los tenían allí, y yo nunca lo hubiera sabido.

—Esto es grave, Betty —dijo Bernard—. En cuanto se divulgue la noticia caerá en pedazos la imagen que usted ha creado de un Fidel Aznar bello, todopoderoso y bueno como un ángel espacial. El público no lo verá así, sino perverso y retorcido, como a un enemigo de nuestra Humanidad. Piense que probablemente incluso haya guerra entre los valeranos y nosotros.

—En efecto, los de la C.I.A. están preocupados por conocer toda la potencia de los medios ofensivos de los valeranos. Y a mí, Aznar no me habló de sus armas.

—Pero a los de la C.I.A. sí les habrá hablado.

—No lo parece por lo que dijo Heward.

—¿Cómo es posible? Una vez que consiguieron dormir a Aznar en su sueño hipnótico le harían desembuchar todo lo que llevaba en mente. ¿O es que las drogas hipnóticas sólo actúan en una esfera de la memoria y en otra no?

Betty Seton clavó sus bellas pupilas en el rostro de Bernard con expresión sorprendida.

—¡Dios mío, eso es! —exclamó roncamente—. Durante todo el viaje he venido dándole vueltas en la cabeza... Pero mi cabeza no rige bien. Ayer comí unas ostras que me sentaron mal y hasta tuvieron que administrarme un... un...

—¿Un qué? ¡Hable, por Dios! —gritó Bernard alarmado.

—¡Oh! ¡Ohhh! —las pupilas de Betty centellearon coléricas. Se

puso en pie, irguiendo su esbelta y bella figura—. ¡Sinvergüenzas! ¡Ahora lo comprendo! Se suponía que me inyectaron un suero antialérgico, cuando lo que hicieron en realidad fue inyectarme... ¡un hipnótico!

—¿A usted?

—Naturalmente. No fue a Aznar a quien hicieron hablar... ¡sino a mí! Por eso fueron tan amables invitándome a ir a Washington con el pretexto de que pudiera ver a Aznar. Me querían en su terreno, lejos de Nueva York donde todos los periodistas me conocen. ¡Cínicos! Apuesto a que incluso pusieron algo en mí comida para que me sentara mal y acudiera un médico... que ni siquiera era el médico habitual del hotel. ¡Y el teniente Malcolm, tan amable y simpático... sinvergüenza!

—Veamos si lo entiendo —dijo Bernard—. Al parecer todo lo que la C.I.A. sabe de los valeranos es lo mismo que Aznar le contó a usted. No tenían que haberse tomado ese trabajo, usted lo iba a relatar en su historia después de todo.

—Pero mi historia iba a durar mucho y ellos sentían impaciencia por conocer el final. ¡Y casi al final aparecían los “tritones”! Aznar nunca dijo que tuvieran el propósito de acomodar a los “tritones” en este planeta. Heward, Butler y los de su calaña han inventado todo este drama alrededor del destino que los valeranos se proponen dar a los “tritones”, simplemente porque en su retorcida mente no caben buenos propósitos, ni acciones altruistas, ni...

—Bueno, no hay que ser demasiado severos con ellos —dijo John Bernard, visiblemente aliviado—. Es su trabajo. Tienen que velar por la seguridad de nuestro país, mirando con cuidado lo que se esconde detrás de cada intención aparentemente buena. No pudieron con Fidel Aznar y han tenido que recurrir a usted. Piense que usted puede estar equivocada respecto a Aznar. Es evidente que está enamorada de él. Las mujeres suelen ser bastante tontas cuando se enamoran. No ven defectos en el objeto de su amor.

—Ellos y usted pueden creer lo que quieran. No lograrán destruir la imagen de Aznar, porque él es realmente sincero y bueno. Los valeranos, que arriesgaron mucho y realizaron un formidable esfuerzo para salvar a los “tritones”, sin otra razón que su altruismo, no procederían de modo tan ruin y estúpido, viniendo a volcar en nuestros mares a unos seres extraños con los que no

tenemos ningún punto de contacto. No sólo nos perjudicarían a nosotros. Los “tritones” serían los más perjudicados, puesto que son pocos y serían rápidamente exterminados.

—De todas formas estoy de acuerdo en su idea de acelerar el ritmo de su narración. De una forma u otra el asunto de los “tritones” trascenderá. No conviene que nadie se nos adelante.

Mucho más aliviada, ahora que conocía la verdad, Betty despidió a los Bernard y se preparó una comida abundante antes de sentarse a escribir ante la máquina. Al reducir la extensión de su historia iba a perder un buen montón de dinero, pero la cuestión del dinero apenas provocó en ella un leve mohín de desprecio.

No le importaba el dinero. Al relatar la historia de los valeranos, mientras escribía, Betty sentía dentro de ella como una extraña fuente de inspiración. Había descubierto que al relatarle su odisea, Fidel Aznar había hecho algo más que pronunciar palabras. Sus facultades psíquicas le hicieron ver también imágenes. Y más allá de las imágenes y las palabras, le transmitió el sentido íntimo, la filosofía y la moral de un pueblo que había resuelto de manera brillante todos los problemas que aquejaban a la doliente Humanidad.

Los valeranos no conocían siquiera el dinero ni sentían necesidad de él. Habían formado una sociedad sin diferencias de casta ni de fortuna, devolviendo al hombre la única y primigenia razón de su existencia; la emoción y la dicha de vivir. La vida era tan bella que no necesitaba aditamentos para hermosearla. El hombre había cambiado el verdadero sentido de la vida al rodearse de necesidades inútiles. Se había esclavizado a sí mismo, se había encarcelado entre las paredes de una oficina o una fábrica, entregando lo mejor de su tiempo y sus energías a una labor de bestia.

Cuando en el “metro” Fidel Aznar veía aquellas muchedumbres de neoyorquinos sudorosos, cansados e irritados, expresaba en sus palabras algo más que un simple sentimiento de piedad. Se dolía de todos los errores de una humanidad ciega y absurda, que cifraba todas sus metas en alcanzar un pan para comer y una cama donde descansar sus fatigados músculos hasta empezar otra agotadora jornada de trabajo. El hombre moderno, prisionero de sus megápolis, vivía entre cuatro paredes en un ambiente contaminado,

rodeado de suciedad y de tensiones, luchando cada día, trabajando para sostener una vida que maldecía...

La propia Betty se hacía esta reflexión; ¿cuántas veces en el tiempo que llevaba en aquella ciudad había visto un sol limpio de nieblas y humos? ¿Cuántas veces levantó los ojos al cielo para admirar la majestuosidad de un universo poblado de estrellas? ¿Cuántas veces se detuvo a ver las hojas verdes y las flores que se abrían en primavera? ¡No tenía tiempo!

El terrícola malgastaba su tiempo y su vida luchando por vivir, y al final de todo se daba cuenta de que no había vivido. Cincuenta o sesenta años de la vida de un hombre se amontonaban en un recuerdo confuso de esfuerzos, de enfermedades y temores. En la vejez, frente a la muerte, se preguntaba si había valido la pena vivir. La respuesta era sencilla, ¡siempre valía la pena vivir! El intríngulis de la cuestión era, ¿a qué precio? ¿Cuánto pagaba el hombre por cada hora, cada minuto de tiempo realmente vivido?

Los largos dedos de Betty Seton aporreaban las teclas. De vez en cuando se paraba a pensar. ¡Quién pudiera escapar de este mundo aburrido, monótono y absurdo! ¡Vivir la vida y sentir que realmente estaba viva!

“Fidel me ama, sé que me ama. Me llevará consigo” —se dijo.

Terminó su trabajo y se acostó. Se vio en sueños trasladada a bordo de los “autoplanetas” valeranos, volando en la inmensidad del espacio, rodeada de estrellas, en busca de una nueva patria para los “tritones”. Veía desfilar rutilantes soles, amarillos, azules, verdes y rojos... El tiempo pasaba sin sentir junto a Fidel Aznar, tal vez tendría hijos suyos nacidos en mitad del Universo infinito. Alguna vez, en algún lugar, encontrarían un mundo para los “tritones”. Los valeranos, libres de su promesa, cumplida su misión, emprenderían el regreso a Atolón. ¡Atolón, la patria del padre y los abuelos de Fidel, donde una humanidad sencilla y sin problemas se hablaba de mente a mente... de corazón a corazón, sin hipocresías ni mentiras!

Se durmió y siguió viviendo en sueños. Le despertó el repiqueteo del teléfono. Era John Bernard.

—¿Ha dormido bien? Bueno, aquí estamos esperando su nuevo capítulo. ¿Ha oído la radio?

—Usted me ha despertado. ¿Por qué lo pregunta?

—Los ingleses acaban de anunciar que la Tierra tiene dos nuevos

satélites artificiales desde medianoche.

—¿Y eso qué?

—Pues que no son satélites americanos, ni rusos, ni franceses, ni...

—¡Satélites valeranos!

—Espías valeranos según todas las probabilidades. Ponga la televisión y verá.

—¿Qué es lo que voy a ver?

—Verá una bella panorámica de Nueva York a vista de pájaro. Con suerte puede que hasta vea la terraza de su apartamento y las macetas que tiene en ella. Son imágenes de televisión que llegan de uno de esos satélites artificiales. Los satélites deben estar transmitiendo a Saturno, pero es tanta la potencia de su emisora que interfiere todas las emisoras locales y sólo se ve... ¡pues eso!

—Voy a encender la televisión.

—¡Su trabajo, Betty! Piense que todo lo que está sucediendo es promoción gratuita de nuestro periódico que nos hacen los valeranos. La gente está bastante asustada. El jefe quiere que adelantemos nuestra edición a la una de la tarde y lancemos una segunda a la hora acostumbrada con un nuevo capítulo de su historia.

—¡Pero si todavía se tiene que escribir!

—Usted tenía ya escritos dos capítulos más. Refúndalos en uno o haga lo que le parezca, pero póngase a trabajar. Tenemos que quemar etapas aprisa. Tengo la impresión de que los acontecimientos van a precipitarse. ¡Betty, por Dios, piense que jamás tendremos otra oportunidad como ésta!

—Está bien, tenga calma, no se ponga nervioso. Mande a alguien a recoger el trabajo. Voy a poner la televisión.

Betty colgó el teléfono, saltó de la cama y encendió la televisión. El receptor formaba parte del equipo del apartamento y era del modelo para blanco y negro y color.

Al encender Betty el aparato apareció en la pantalla una imagen en color, perfectamente nítida y contrastada. Era una panorámica de Nueva York. Betty reconoció inmediatamente el extremo sur de la isla de Manhattan con su parque de la Batería, los muelles del río Este y el puente de Brooklyn con su intenso tráfico de automóviles, los extremos de los rascacielos y las humaredas que salían de las

chimeneas formando una ligera neblina.

La voz de fondo que se escuchaba era la del locutor de la N.Y.B. Al parecer, ante la imposibilidad de ofrecer su propia imagen, la N.Y.B. había optado por aceptar los hechos y acomodarse a ellos. El objetivo de la cámara estaba recorriendo con detalle Manhattan. El locutor de la N.Y.B. advirtió:

“Recordamos a nuestros televidentes que las imágenes que están presenciando no son emitidas por la N.Y.B. Estas imágenes proceden al parecer de un satélite artificial de origen desconocido que se encuentra suspendido en el espacio a trescientos kilómetros de altura sobre la vertical de Nueva York. La potencia de transmisión de este satélite es de tal naturaleza que interfiere todas las emisoras de televisión del Estado de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut, parte de Pennsylvania y Massachusetts, hasta Virginia y el Distrito de Columbia. Ignoramos hasta cuándo durará esta interferencia que nos impide emitir nuestro propio programa en las condiciones habituales...”

Mientras Betty Seton estaba mirando a la pantalla, la cámara de televisión efectuó sucesivos ajustes de su lente de aproximación. A los efectos ópticos parecía como si el satélite se estuviera desplomando sobre la ciudad. Las calles subían al encuentro de la cámara, ésta seleccionó una de ellas, y en la última imagen se veía la cabeza de un hombre que estaba leyendo un periódico parado en una esquina. ¡El título del periódico podía leerse perfectamente! Era la primera página del “Herald”.

La cámara retrocedió hasta la altura de los tejados y siguió recorriendo las calles... deteniéndose aquí y allá y realizando nuevas aproximaciones, como si buscara a alguien. Betty observó con cierta emoción que se detenía especialmente sobre todas las cabezas rubias de hombre. ¡Estaban buscando a Fidel Aznar!

Después de veinte minutos de contemplación, como no sucediera nada nuevo, Betty se retiró para ir a la cocina dejando el aparato encendido.

El ojo telescópico del satélite seguía recorriendo la ciudad cuando llegó el recadero enviado por el periódico para recoger el trabajo que debía publicarse a la una. Eran entonces las nueve de la mañana y el muchacho se detuvo a admirar el paseo de la cámara por la ciudad.

—¿No es fantástico? —comentó—. Dios sabe desde qué distancia pueden vernos como si estuvieran asomados a una ventana de este mismo edificio. Son esos hombres del espacio, seguro.

—Váyase, el señor Bernard espera ese sobre —dijo Betty.

Betty cerró la puerta cuando hubo salido el recadero, se sentó a la máquina y se puso a escribir. De vez en cuando levantaba los ojos y echaba una mirada a la pantalla. El locutor de la N.Y.B. seguía haciendo espaciados comentarios, repitiendo a intervalos regales la advertencia de que las imágenes eran enviadas por un satélite inmovilizado a 300 kilómetros de altura sobre la ciudad...

A las doce Betty había terminado su capítulo y todo seguía igual. Hasta las doce y media estuvo haciendo algunas correcciones y luego decidió ir personalmente a entregar el trabajo a John Bernard de paso que salía a almorzar.

Mientras se estaba vistiendo para salir enmudeció la voz del locutor de la N.Y.B. y empezaron a emitir música. Desde el dormitorio Betty no podía ver la televisión, pero escuchaba la música.

Era una música extraña, producida por instrumentos extraños, de una sonoridad fabulosa. La obra parecía una mezcla de partitura sinfónica y un estilo moderno totalmente nuevo. Betty, que gustaba de la música selecta cuando tenía tiempo, ¡y había tenido bastante desde que llegó a Nueva York!, no recordaba haber oído jamás aquella pieza maravillosa, de una grandiosidad exquisita y estremecedora.

Salió vestida del dormitorio y quedó sorprendida ante el televisor. La música servía de fondo a una bella imagen del planeta Júpiter, con sus bandas de colores y sus muchos satélites. ¡La imagen se estaba moviendo! De hecho era la cámara quien se movía, como si estuviera instalada sobre algo que viajaba con extraordinaria rapidez. ¡Era una imagen de Júpiter que llegaba hasta los televisores terrícolas desde millones de kilómetros!

Sólo los valeranos eran capaces de hacer esto, y Betty se preguntó la razón. Júpiter, aunque lejano, estaba más cerca de la Tierra que Saturno. ¿Significaba que los autoplanetas valeranos se estaban moviendo en dirección a la Tierra? ¿Se valían de la imagen para indicar sus intenciones? ¿Por qué no hablaban? Si podían enviar la imagen de Júpiter y aquella bella sinfonía de tan lejos,

también podrían enviar su propia imagen y su voz.

Temblando de emoción, esperando de un momento a otro que sucediera algo, Betty Seton siguió sin apartar los ojos de la pantalla. Pero la mole del gigantesco Júpiter se alejaba con rapidez, empequeñeciéndose en la distancia, y no ocurría nada.

Lo que ocurrió finalmente fue que la imagen se desvaneció y apareció en su lugar una carta de ajuste de televisión en color. En un círculo estaba todos los colores del arco iris y en la parte central un título en español: “Armada Sideral Valerana. T.S. Isla de Luzón.”

Betty Seton sintió que las piernas le flojeaban. ¡T y S de “transporte sideral”! ¡Era la estación de televisión de un transporte de la Armada Sideral Valerana!

Sin saber ciertamente por qué, Betty se dejó caer en una silla y rompió a llorar.

Lloraba en cierto modo por ella misma, por el fin de todas las humillaciones, las burlas, las ofensas que había tenido que soportar mientras la personalidad de Fidel Aznar era discutida y escarnecida. ¡Estúpida incredulidad! Los valeranos debían empezar a sentirse irritados. Y allí estaba su respuesta. Todas las emisoras de televisión de la costa oriental de los Estados Unidos habían quedado bloqueadas en un alarde de técnica y de fuerza. ¡Que se fastidiaran los norteamericanos! La única voz que se oiría allí, cuando hablaran, sería la de los valeranos.

La música continuaba y la carta de ajuste no se movía. Betty, repuesta de su emoción, pensó que aquello podía durar tantas horas como había durado la inspección aérea de los valeranos sobre Nueva York. Se resistía a abandonar su puesto, temiendo que de un momento a otro sucediera algo extraordinario, pero tenía que entregar su trabajo a John Bernard. ¡Y necesitaba salir a la calle para disfrutar de la cara de asombro, de temor y de consternación de la gente incrédula!

Apagó resueltamente el televisor, cogió su bolso y salió a la calle, donde detuvo un taxi.

El conductor del taxi no cesó de hablar en todo lo que duró el viaje. Preguntaba a Betty si creía que aquellos tipos del espacio desembarcarían finalmente en los Estados Unidos y si se produciría un enfrentamiento con armas nucleares que arruinaría Nueva York.

Mirando por la ventanilla del auto, Betty veía a las gentes que

salían de las oficinas arremolinarse frente a los escaparates de las tiendas donde se exhibían televisores en color en funcionamiento.

—Dese prisa, por favor —urgió al conductor.

Suponía que John Bernard no estaría en su oficina, sino almorzando en el restaurante de aquella misma calle. Pagó al taxista y se paró ante una tienda, empinándose de puntillas para mirar por encima de las cabezas de la gente apelotonada frente al escaparate.

Escuchó una música, una marcha militar rítmica y vibrante, como un himno patriótico o algo parecido. La gente hablaba excitada: “Esos extraterrestres, ¡Dios mío qué horror!” “¿Qué hay de horror en ellos, señora? ¡Ojalá nos invadan y acaben con esta civilización decadente!”. “Sólo Dios sabe de qué medios de destrucción dispondrán”. “¿Todo este jaleo es porque no les devuelven a ese muchacho rubio que aparece en los periódicos? ¡Pues que lo dejen regresar con los suyos y nos dejen en paz!”

Seguía la carta de ajuste. Betty entró en el restaurante. Aquello estaba lleno de gente, todos hablando a la vez en voz alta. Al fondo, sobre una repisa, funcionaba el televisor. La marcha guerrera de los valeranos se confundía con los comentarios del público. Un par de periodistas reconocieron a Betty y corrieron a rodearle. Vino más gente.

—Señorita Seton, ¿qué está ocurriendo? Usted debe saberlo.

—No sé nada.

—¿Ha visto a Aznar, el Hombre del Espacio, últimamente?

—El Servicio de Inteligencia lo tiene secuestrado.

Acudían más periodistas, brillaban las lámparas de destello, se extendían los brazos empuñando micrófonos de grabadoras portátiles.

—¡Los servicios secretos de este país lo tienen secuestrado en Washington! —tuvo que gritar Betty por encima de aquel jaleo.

John Bernard se abrió paso a empujones entre el círculo de periodistas y tendía su mano para rescatar a Betty.

—¡Betty, Betty... venga acá!

La marcha marcial de la televisión subió de volumen, se hizo ensordecedora. De pronto se escuchó una voz hablando en español:

—¡Atención, el doctor Fidel Aznar habla a la Tierra!

Todas las cabezas se volvieron a un mismo tiempo, había cesado

el estruendo de la música y se hizo un silencio total.

La carta de ajuste se desvaneció, fundiéndose con la imagen de un disco amarillo que parecía flotar inmóvil en el negro espacio estrellado. Era imposible determinar el tamaño de la cosmonave, pues faltaban elementos de contraste a su alrededor. En todo el borde del disco, cuyos cantos se afilaban como una lente, se podía leer en caracteres negros: “Armada Sideral”. La imagen se apagó y apareció el rostro y el busto de un hombre rubio, de ojos azules y frente ligeramente abombada. Tenía la cabeza descubierta, una cabeza grande, y vestía un severo uniforme blanco de cuello alzado con charreteras sobre los anchos hombros. Era un rostro extraño, de una belleza sobrehumana, y del que parecía irradiar una luz serena que infundía sosiego y confianza.

—¡Apártense! ¡Siéntense! —sisearon varias voces.

La mano de John Bernard asió el brazo de Betty. La muchacha se encontró, sin saber cómo, sentada junto a una mesa, mirando sin pestañear a la pantalla, que quedaba bastante lejos.

La voz se esparció por todo el local. Hablaba un castellano ligeramente modificado, con cierto acento sudamericano, como el que Betty había oído hablar a Fidel.

—Les habla del doctor Aznar. Una semana atrás uno de nuestros astronautas, el teniente de navío Aznar, desapareció cuando realizaba un vuelo de exploración sobre la Tierra. Hasta pasados unos días, cuando hemos enviado a su planeta nuestras sondas de observación, no hemos sabido el paradero de este hombre. A través de sus emisiones de radio supimos que una periodista llamada Betty Seton estaba en contacto con el teniente Aznar. Soy el padre de ese muchacho...

Un murmullo se extendió por el restaurante. Muchas cabezas se volvían hacia Betty y Bernard le apretó la mano por debajo del mantel. Betty tenía los ojos llenos de lágrimas de emoción.

—Mientras nuestras cosmonaves se aproximan a la Tierra, lo que facilitará nuestras comunicaciones, ruego a la señorita Seton esté preparada para dialogar conmigo. Estaremos preparados para la comunicación simultánea por televisión a las veinticuatro horas de mañana, hora de Nueva York. Cualquier canal local que utilice servirá. En ese momento nuestra flotilla se encontrará muy cerca de su planeta. Ruego a los habitantes de la costa oriental nos disculpen

por las molestias que hayamos podido causarles con nuestras interferencias, y a la señorita Betty Seton que no falte a la cita. Gracias.

La imagen del doctor Aznar fue sustituida de nuevo por la carta de ajuste del “Isla de Luzón”, pero ésta se borró inmediatamente y en su lugar apareció la carta de ajuste de la N.Y.B. que era la que sintonizaba el receptor.

Mientras estallaba el trueno de los comentarios, los periodistas cayeron como una nube de avispas sobre Betty Seton asaeteándola a preguntas. Se produjo una verdadera batalla campal entre Bernard y los empleados del “Evening Post” por un bando, y los periodistas foráneos del otro bando, hasta que Betty pudo salir con el vestido destrozado y refugiarse en la redacción del “Evening”.

Como una caja de resonancia, en todo el planeta las emisoras de radio y televisión daban cuenta del mensaje del doctor Aznar, emplazando a Betty Seton para una conversación a partir de la medianoche del día siguiente.

En diez minutos las líneas telefónicas del “Evening Post” quedaron bloqueadas. Todos los canales de televisión de la costa oriental de los Estados Unidos se ofrecían para que la periodista Betty Seton utilizara su emisora. ¡Incluso ofrecían fabulosas sumas de dinero si Betty aceptaba además que su entrevista televisiva fuera patrocinada por tal o cual marca de un producto comercial!

Toda la tarde fue un continuo sonar de teléfonos. La respuesta fue siempre la misma:

“La señorita Seton no quiere que ninguna firma comercial patrocine su entrevista. Aceptará solamente la oferta de una emisora seria y competente.”

—Es usted tonta no aceptando, Betty —gruñó Bernard—. Hasta veinte mil dólares por anunciar antes unos calcetines o una marca de lavadora es una buena oferta. Nunca tendrá otra ocasión de ganar tan fácil el dinero.

Pero Betty seguía terca en su negativa. Desde el fondo de su corazón, su deseo era no tener que necesitar nunca más de dinero. Los valerosos no usaban dinero, ni luchaban por él. Y sin embargo, desarrollaban un alto nivel de vida y eran felices.

En el teletipo de Bernard las teclas martillearon una noticia. El Consejo de Seguridad de las Naciones se reuniría en sesión de

urgencia para interpelar a los Estados Unidos acerca de sus intenciones con respecto a la devolución del astronauta valeriano, teniente Fidel Aznar.

## CAPÍTULO X

**A** las once y media de la noche del sábado, en la sede de las Naciones Unidas, una gran tormenta eléctrica restallaba sobre la ciudad de Nueva York.

Después de un día tan lleno de emociones, Betty Seton se encontraba en la paz de su apartamento, dando fin al capítulo que debería publicarse al día siguiente. Entonces llamaron a la puerta. Betty atisbó por la mirilla y reconoció la cara del teniente Merwin Malcolm.

Acompañaba a Malcolm otro hombre de paisano, y un poco más atrás estaban un oficial y dos soldados de la Policía Militar con sus blancos cascos y sus porras.

—¡Hola, Betty! ¿Cómo está usted? —saludó Malcolm.

—¡Váyase al infierno, hipócrita y traidor!

Betty intentó cerrar la puerta en la cara del teniente, pero éste puso el pie a modo de cuña y empujó con las manos.

—No sea tonta, señorita Seton. Vengo en comisión de servicio. Tengo que llevarla a Washington.

—¿A Washington? ¡Ni lo sueñe! Tendrán que llevarme atada de pies y manos —rugió Betty luchando por cerrar la puerta.

—Pues así es como la llevaremos, si se empeña en ello.

Betty soltó la puerta, se apartó de un salto y Malcolm cruzó velozmente el dintel para ir a aterrizar de bruces en la alfombra. Betty fue hasta él, y antes que se levantara le soltó un puntapié en los riñones. Malcolm aulló de dolor y el hombre de paisano, el oficial y los dos policías militares corrieron a sujetar a la muchacha.

—No, déjenla, me lo tengo merecido —dijo Malcolm poniéndose en pie con la mano en el costado.

Betty cruzó su entreabierta bata y le miró con el ceño fruncido. Uno de los policías cerró la puerta y se plantó ante ella con las

manos a la espalda.

—¿Qué es esto, un secuestro? —preguntó Betty.

—En Washington quieren hablar con usted... antes de que usted hable mañana con el doctor Aznar. Allí también recibimos la imagen y la voz de su amigo —dijo Malcolm. Sonrió con su cara de chico bueno—. ¡Oiga, Betty, pega usted pero que muy bien! Me ha hecho polvo el riñón.

—¿No le da vergüenza, presentarse ante mí después de lo que hicieron conmigo en aquel hotel?

—¿Cómo lo supo?

—Lo sé y es suficiente. ¿Qué hicieron conmigo después de dormirme? ¡Les voy a poner pleito por violación!

—¡Pero si nadie le tocó un cabello! Yo estaba allí y no lo hubiera permitido.

—Violaron la intimidad de mi pensamiento. ¡Sinvergüenzas! ¿Qué es lo que quieren de mí ahora? ¿Otra sesión de hipnosis?

—Nada de eso. Los grandes jefes están hechos un lío. En verdad no tenemos ninguna prueba de que los valeranos pretendan atentar contra la seguridad de este planeta, pero el asunto es delicado. En fin, quieren instruirla a usted acerca de lo que le dirá al doctor Aznar mañana.

—¿No será que quieren impedir que hable con él? Voy a llamar a mi abogado. ¿O tampoco puedo hacerlo?

—Puede llamarlo, incluso puede hacer que nos acompañe. No hay inconveniente, está autorizada.

Una hora más tarde, bajo un verdadero diluvio, el automóvil en que viajaban Malcolm y el otro agente se detenía para recoger al abogado Teddy Morris.

—¿Pero vamos a volar con esta tormenta? —se quejó Morris al dejarse caer en el asiento junto a Betty Seton.

—No se preocupen, nuestros aparatos vuelan en todo tiempo. Además, yo lo piloto —dijo el teniente Malcolm.

El viaje hasta la Base Bennett resultó tan largo que Betty llegó a dormirse. También se durmió en el avión, hasta que Morris la sacudió para avisarle que se abrochara el cinturón de seguridad.

En Washington la noche estaba despejada, aunque las calles estaban todavía húmedas de la lluvia caída. Betty no conocía la ciudad, y en la noche todas las calles le parecían iguales.

Del edificio donde les llevaron Betty sólo supo que era enorme, con anchos e interminables pasillos, escaleras y ascensores, y lleno de guardias armados por todas partes, pese a que parecía vacío.

En una gran sala, cuyas paredes estaban cubiertas de grandes mapas luminosos, media docena de hombres esperaban sentados en el extremo de una larga mesa. Hacía frío y Betty sintió erizársele la piel de los desnudos brazos. Se detuvo a ponerse la chaqueta, en tanto que los seis hombres, puestos en pie, esperaban pacientemente.

El único conocido de Betty era mister Heward, de triste recuerdo. Todos los presentes vestían ropas civiles, aunque algunos no podían negar su condición de militares. Ninguno tenía menos de 45 años de edad, ni más de cincuenta y cinco.

Los nombres que Heward pronunció resbalaron por la memoria de Betty. Eran demasiados. Todos le estrecharon la mano y la invitaron a sentarse en una de las butacas, como asimismo el abogado Morris, que lo hizo algo más lejos. El teniente Malcolm había desaparecido, así como el hombre que le acompañaba.

Un teletipo estaba tecleando detrás de Betty, y el hombre corpulento que estaba a su lado hizo girar su butaca para arrancar el papel cuando el teletipo se detuvo.

—El Consejo de Seguridad insta al Gobierno de los Estados Unidos a devolver a los valerosos al astronauta teniente de navío Fidel Aznar, sin ninguna condición ni estipulación previa. Estos tipos están locos —dijo el hombre corpulento, cuyo nombre era Whitehall o Whitewool.

El papel, hecho una pelota, fue arrojado al centro de la mesa. Whitewool se echó atrás en su asiento y unió las manos sobre el vientre. Luego habló:

—Naturalmente, no podemos aconsejar al Gobierno en el sentido de devolver al prisionero sin exigir nada a cambio. Sería necio no aprovecharnos de esta ocasión para obtener alguna ventaja. Coleman, ¿qué propone usted?

Coleman, probablemente el más joven del grupo, pese a su acusada calvicie, se sonrió y dijo:

—Puestos a pedir, yo pediría algunas de esas fabulosas máquinas “Karendón” que la señorita Seton nos describe y ensalza en sus apasionantes reportajes.

—¡Pero usted es un técnico espacial! Pensé que le interesarían más las ondas gravitacionales, que nos permitirían elevar pesadas aeronaves y proyectarlas a gran distancia en el espacio.

—Soy técnico aeroespacial, y también padre de familia. La cesta de la compra cuesta más dinero cada día. El milagro de la multiplicación de los panes y los peces, eso es lo que hace esa máquina. ¿No es maravilloso? Imagínense lo que supondría tener en casa una de esas “despenseras” y sólo tener que introducir una cinta perforada para obtener de todo.

Se escucharon algunas risas, lo cual hizo suponer a Betty que, pese a todas las pruebas que estaban recibiendo, aquel grupo de orgullosos caballeros seguían sin creer las cosas que ella contaba en su historia.

No pudo contenerse, y poniéndose bruscamente en pie dijo:

—¿De qué se ríen ustedes? Si tuvieran el secreto de las “Karendón” no necesitarían ni ondas gravitacionales, ni naves espaciales, ni ninguna otra cosa, ni siquiera armas. Las “Karendón” lo harían todo; alimentos abundantes, materias primas, productos manufacturados. ¿Qué objeto tendría construir aeronaves ni armas nuevas? La humanidad de este desdichado planeta comería hasta saciarse, los hombres no tendrían que matarse trabajando, desaparecería la contaminación y todos serían felices.

Los seis hombres sentados alrededor de la mesa la miraron sorprendidos y en silencio. Hasta que Whitewool soltó un gruñido y dijo:

—¿Fundamenta usted toda la felicidad del mundo en tener comida abundante, miss Seton?

—Para los miles de millones de hombres que nunca comieron bastante, eso sería suficiente.

—Pero después de tener asegurada la comida no se conformarían sólo con eso. No puede existir un mundo donde se mida a todos por el mismo rasero. Si usted abandonara en una fértil isla a tres hermanos, hijos del mismo padre y la misma madre, y no les dejara ninguna ropa ni herramienta, y volviera al cabo de unos años a ver cómo seguían, encontraría notables diferencias. Aunque la comida no les faltara nunca, vería que uno de ellos se había erigido en jefe de los otros, tendría una cabaña más confortable, una caña de pescar mejor, y vestiría mejor que sus hermanos. Lo

cual nos enseña que, hijos todos de la misma madre, los hombres son distintos entre sí. Lo que es suficiente para unos, no es bastante para otros.

—Su ejemplo carece de todo valor, es falso. Admito que a iguales circunstancias un hermano, más trabajador e ingenioso que los demás, tuviera una cabaña más sólida, mejor caña de pescar y mejores ropas. ¿Más por qué habría de erigirse en jefe? Si a mí me bastara con comer y estar tumbada panza arriba, dejaría a mi hermano inteligente que se divertiera haciendo cosas, pero nunca permitiría que me ordenara trabajar para él.

—¿Y si fuera más fuerte que usted y le obligara bajo amenaza de darle una paliza?

—Ese no sería un mundo distinto de éste en que vivimos. Estamos hablando sobre el supuesto de que vivimos en un mundo justo, donde cada cual es libre y dueño de sí mismo.

—Eso es una utopía, miss Seton. Ni siquiera los valeranos están organizados así. Como en todas partes, allí tienen jefes. La jerarquía es indispensable en una sociedad organizada. Si la comida no tiene valor la tendrá en su defecto la fuerza física, la inteligencia, la astucia y la ambición.

Betty Seton dejó escapar un suspiro de resignación.

—Es mejor que ustedes pidan a los valeranos armas mortíferas y aeronaves siderales. No sabrían utilizar las “Karendón”. Incluso creo que las rechazarían si se las ofrecieran. Porque lo que exige su vanidad no es un mundo justo, ni alegre, ni sano, sino un mundo continuación de éste, donde cada día puedan ejercer su poder y humillar al pobre y al desvalido. Porque si todos fueran igual de pobres, o igual de ricos, ¿en qué se diferenciarían ustedes de los demás?

—Esté segura de que siempre encontraríamos un medio —repuso Whitewool ácidamente.

—Y con esa mentalidad obtusa, que los valeranos conocen perfectamente, ¿esperan ustedes que ellos les concedan nuevos poderes para esclavizar al mundo? ¡Está usted loco!

El rostro de Whitewool se demudó, pero guardó silencio.

Betty vio a Morris que le hacía señas para que callara, y obedeció sentándose displicentemente.

Los seis poderosos señores siguieron discutiendo un rato acerca

de lo que iban a pedir a los valeranos por el rescate de Fidel Aznar, como si estuviera en su mano elegir lo que más les gustara. Betty escuchaba aburrida, sin prestar atención, hasta que Whitewool se volvió hacia ella y dijo:

—Señorita Seton. Mañana, cuando usted hable con el doctor Aznar, le dirá simplemente que exigimos que él personalmente venga a discutir las condiciones del rescate de su hijo. Lo que queremos pedirle no puede decirse a través de un programa de televisión que será presenciado por millones de personas.

—¿Y para eso me han hecho ustedes venir hasta aquí? —exclamó Betty poniéndose en pie.

Whitewool se levantó, y todos le imitaron.

—La transmisión se realizará desde aquí, señorita Seton.

—Aznar dijo que desde Nueva York.

—Y yo digo que desde Washington. A él no le importará, y si le importa tanto da. No se encuentra en situación de imponernos sus condiciones.

Uno de los hombres que hasta entonces había permanecido silencioso habló entonces y dijo:

—General Whitewool, me permito recordarle que su función es la de aconsejar, no la de decidir. La decisión última le corresponde al señor Presidente. Olvida usted dos circunstancias. Primera, que en este momento estamos enfrentados con la opinión mundial, que nos impone que devolvamos al prisionero sin más condiciones. Segunda, que nuestra posición no es de fuerza, sino de lastimosa y patente inferioridad. Todo el inmenso poder de nuestras Fuerzas Aéreas, nuestro Ejército y nuestra Armada, no alcanza a llegar allí donde se encuentran las cosmonaves valeranas. Todo lo que podemos hacer es retener aquí al joven Aznar. ¿Y qué conseguiríamos con eso? ¿Hasta cuándo duraría esta situación? Si los valeranos llegaran a perder la esperanza de rescatar al joven Aznar, su saludo de despedida bien podrían ser unas cuantas bombas nucleares que acabarían con la vida de millones de americanos. ¿No le parece mucho precio, digamos veinte millones de vidas, a cambio de la de un solo valerano?

—Podemos destruir sus cosmonaves aunque se encuentren a un millón de kilómetros de la Tierra —dijo Whitewool con la cara como la grana.

—¿Está usted seguro? No, no lo está. La realidad es que ignoramos todo en cuanto al poder ofensivo de los valeranos. Yo digo que sería infantil suponer que unos hombres que han resuelto problemas tan complicados como las ondas gravitacionales, la propulsión fotónica, el vuelo en el hiperespacio y la transformación de energía en materia, iban a dejarse destruir por una tosca bomba nuclear enviada al espacio exterior en un tosco cohete. ¿Está soñando usted, general? ¿Querrá desafiarles en el medio que ellos dominan? ¿Qué fue lo que vio escrito en el costado de aquel disco volante? ¡Armada Sideral! Las armadas no se construyen de cartón, ¿verdad?

Whitewool levantó sus fuertes hombros.

—Como consejero militar he expresado mi opinión. Ustedes, los políticos, harán lo que quieran —gruñó con aspereza.

El político se volvió hacia Betty.

—Gracias por haber venido, miss Seton. La acompañarán al hotel. Mañana recibirá usted mis noticias. Buenas noches, aunque sería más apropiado decir buenos días.

Betty salió acompañada de Morris y en la puerta se les reunieron Malcolm y su compañero para llevarles al hotel.

Betty estaba enormemente cansada y se acostó sin ganas de continuar la conversación emprendida con Morris. A la mañana siguiente fue a despertarle Morris.

—Levántese, regresamos a Nueva York. Y su amigo viene con nosotros.

—¿Fidel? ¿Fidel Aznar? —exclamó Betty sin poder dar crédito a sus oídos.

—Todo está arreglado. Mister Rexford acaba de comunicármelo por teléfono. El señor Presidente ha dicho que se devuelva a Aznar a su padre sin más condiciones ni requisitos. Es decir, sí hay una condición. Que la aeronave que venga a recoger al joven Aznar lo haga a la luz del día, mejor por la tarde. De cuatro a cinco el Presidente está menos ocupado y podrá presenciarlo por televisión desde su despacho.

—¡Oh, magnífico! Supongo que no será una condición difícil de cumplir. ¿Dónde está Fidel?

—Nos encontraremos en el avión. El viaje corre a cargo del Gobierno.

La excitación casi impedía a Betty Seton tragar el café del desayuno mientras esperaba a que el teniente Malcolm fuera a recogerles. Lucía una mañana espléndida cuando iban en automóvil hacia el aeropuerto. Fidel Aznar había sido llevado con cierto disimulo, en evitación de los periodistas que siempre estaban al acecho de la llegada de algún personaje importante a la capital federal.

Betty Seton fue reconocida por los periodistas, rodeada y retenida unos minutos, hasta que finalmente, lograron abrirse paso y llegar hasta el avión. Fidel Aznar ya estaba a bordo y se puso en pie. Se abrazaron y Betty se puso a llorar.

—Me parece mentira que todo esto llegue a un final feliz —suspiró Betty minutos más tarde cuando el avión ya había despegado—. Van a permitirte regresar con los tuyos.

—Lo sé. El señor Presidente me lo dijo.

—¿Has visto al Presidente!

—He desayunado con él. Es un hombre muy correcto. Se interesó mucho por nuestra aventura y me preguntó qué destino íbamos a dar a los “tritones”. Le dije que, por supuesto, no les desembarcaríamos en este planeta, sino que seguiríamos buscando una nueva patria para ellos. Vuestro Presidente es un gran hombre, Betty. Lo sé porque pude penetrar en su pensamiento, y vi que era honrado y sincero.

Las manos enlazadas, mirándose a los ojos, Betty murmuró:

—Fidel, ahora que está por terminar todo, quiero pedirte una cosa...

De pronto Betty vio ensombrecerse la expresión del hermoso rostro varonil.

—Es imposible, Betty. Sabía que me lo pedirías, y hubiese preferido que nunca llegara este momento.

—¿Pero si no sabes!...

—Lo sé. ¿Olvidas que puedo leer tus pensamientos? Betty, sé que te gustaría venir conmigo, y a mí me haría feliz llevarte. Pero eso no puede ser. Recuerda que pertenecemos a distintos mundos.

—Pero tú eres de otro mundo y estás aquí, conmigo. Puedo verte, hablarte y tocarte. Si tú has podido convertirte de materia en antimateria, ¿por qué no podéis hacer lo mismo conmigo?

—No se trata de eso, Betty. No habría ninguna dificultad en

cambiar tu antimateria en materia. Yo mismo voy a ser metamorfoseado antes de entrar en nuestra cosmonave. El problema es de otra índole... ¡y no hay solución para él!

—¡Fidel, me aterras! ¿Quieres decir que no podré ir contigo? ¿Por qué?

—Se trata de la forma en que tenemos previsto regresar a nuestro mundo, a “Valera”. Llevamos treinta años alejados de “Valera”, buscando una nueva patria para los “tritones”, y tal vez tengan que transcurrir otros treinta o sesenta hasta encontrar ese planeta. Para entonces nuestro “Valera” estará inmensamente lejos, cruzando el hiperespacio a mayor velocidad que la luz. Nuestros transportes siderales no están preparados para seguir a “Valera” en tan largo viaje. No digo que no pudiera intentarse... es que no está previsto el hacerlo. Antes de abandonar “Valera” todos los que formamos esta expedición dejamos allí nuestras cintas perforadas. Después que encontremos una patria para los “tritones” nuestra intención es regresar por el camino más rápido. Y ese camino consiste en desmaterializarnos en nuestras cosmonaves e ingresar en la Dimensión Temporal. Cuando el autoplaneta “Valera” llegue a Atolón, tal vez dentro de cien mil años, al ser restituidos sus tripulantes seremos restituidos nosotros con ellos. En ese momento nuestras almas se incorporarán a la materia que teníamos antes de separarnos de “Valera”. Volveremos a la edad que teníamos en aquel momento... ¡y ninguno de nosotros recordará nada de lo que ocurrió en este viaje! Porque al restituir la materia, las células cerebrales que restituya la “Karendón” serán idénticas a las de aquel momento “anterior”, y estarán dispuestas de idéntica manera. Nuestros recuerdos y la apariencia que tenemos hoy quedarán en unas cintas perforadas destinadas a perderse. ¿Comprendes ahora por qué no puedes hacer ese viaje conmigo? ¡No existe una copia de tus componentes físicos en una cinta perforada en “Valera”!

Betty sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. ¡Tan fácil como ella creía poder cambiar de estado su materia! Pero el problema no estaba en esto, sino en el viaje de retorno a “Valera”. Los que abandonaron un día el autoplaneta tomaron un billete de regreso... ¡pero no había pasaje para ella en aquel etéreo viaje!

—¿Por qué nunca me hablaste de esto? —murmuró llena de angustia.

—No hubo ocasión. Pero si te hubiese hablado de ello... ¿habrían sido distintas las cosas? ¿Habrías podido impedir el enamorarte de mí? ¿Acaso he podido evitarlo yo, y lo sabía?

Betty negó con la cabeza, escondió el rostro entre las manos y lloró en silencio.

No volvieron a hablar palabra hasta llegar a Nueva York.

En Nueva York no disponían de automóvil para dirigirse a la ciudad. Tomaron un taxi. El teniente Malcolm seguía con ellos, pero se quedó en el aeropuerto para ocuparse de cierta caja de gran tamaño donde venía embalada la armadura de vacío que vestía Fidel Aznar al ser rescatado del mar.

Dejaron al abogado en su bufete y continuaron solos hasta el nuevo apartamento de Betty. Una vez que se hubo cerrado la puerta tras el hombre que subió la maleta, los dos se miraron a los ojos.

—¡Fidel! —sollozó la muchacha. Y se arrojó en sus brazos.

## CAPÍTULO XI

**E**n Nueva York, pueñosiles y gran alora, y todavía sobre el cielo  
pequeñas lunas los transportes siderales de los valeranos.

Desde las calles, desde los parques, desde las terrazas y ventanas, los neoyorquinos levantaban la cabeza y contemplaban impresionados las dos pequeñas lunas. También se veían desde la terraza del apartamento de Betty Seton, donde la periodista estaba en los brazos del astronauta valerano, echados sobre una colchoneta de playa. Sólo para ellos la presencia de las cosmonaves tenía un sentido distinto que para los millones de hombres y mujeres que las veían brillar con luz blanca y tranquila.

Para el astronauta era su hogar, casi su patria, un pequeño pedazo de su mundo. Pero para Betty Seton eran como dos ojos burlones de la noche sin fin de su desesperación y su soledad, dos naves aborrecibles, porque con ellas se iba para siempre el hombre amado. Siempre, en este caso, tenía el mismo significado que el “nunca jamás” con que solía despedirse a los muertos.

El teniente Malcolm llamó a la puerta a las ocho y Betty fue a vestirse mientras Aznar abría la puerta. Malcolm era también astronauta, o al menos esperaba serlo algún día. Como tal era un admirador de Aznar, un astronauta “de verdad” al que no se cansaba de hacer preguntas.

Betty y Aznar habían decidido comer en el apartamento, en lugar de hacerlo en cualquier restaurante, donde de seguro serían reconocidos e importunados. Malcolm aceptó comer con ellos para acompañarles más tarde a los estudios de la N.Y.B.

—Aznar, condenación ¿por qué no me lleva? —exclamo Merwin Malcolm mientras cenaban.

—No sea tonto, Malcolm. Éste es su mundo, usted pertenece a él. Además, no podría aunque quisiera.

Aznar explicó el curioso procedimiento por el cual él y sus amigos iban a regresar a “Valera”. Malcolm miró entonces a Betty.

—Comprendo —murmuró—. ¿Es por eso que tampoco la puede llevar a ella?

Sin que nadie se lo dijera, Malcolm había captado la tristeza y la desesperación en los bellos ojos de la muchacha.

Después de comer, tras una larga sobremesa, se prepararon para dirigirse a los estudios de televisión. Aznar vestía un traje de sport y Betty un sencillo traje de noche negro, con el cual realzaban más sus hermosos ojos azules y sus largos cabellos rubios.

Había mucha gente en la puerta de los estudios, acordonada por la Policía. En olor de multitud, firmando autógrafos a diestra y siniestra, Fidel Aznar siguió a sus amigos hasta el interior del edificio.

La entrevista fue televisada, aunque había levantado gran expectación, fue breve y muy sencilla. Como el día anterior, todas las emisoras de televisión de la costa oriental de los Estados Unidos quedaron anuladas al ponerse en marcha la poderosa emisora desde la cual trasmitían los valeranos. La imagen del doctor Aznar apareció en todas las pantallas. La transmisión resultó un poco complicada, ya que para emitir la N.Y.B. tenía que esperar a que se apagara la emisora valerana.

—Doctor Aznar, soy Betty Seton, la periodista que tuvo la suerte de encontrar a Fidel Aznar cuando éste puso por primera vez sus pies en esta Tierra. Tengo buenas noticias para usted. Fidel está aquí, conmigo. Véalo.

Fidel Aznar entró en imagen y sonrió a la cámara.

—Hola, padre. Estoy bien y muy contento de regresar con vosotros. Esta mañana desayuné con el señor Presidente de los Estados Unidos. Fue muy amable y me dio saludos para ti.

Se produjo entonces un corte y un cambio, y la imagen del doctor Aznar apareció en todas las pantallas de televisión del Este de los Estados Unidos.

—Hijo mío, doy gracias a Dios porque estás vivo. Hemos estado muy preocupados por ti. Desde aquí aprovecho para dar gracias al señor Presidente de los Estados Unidos y a los americanos que no dudo te habrán tratado bien. Dime cuándo vas a regresar a bordo. Corto y cambio.

De nuevo volvió a hablar Betty Seton:

—Doctor Aznar. El Gobierno de los Estados Unidos autoriza a usted para que aterricen en Nueva York las aeronaves que vengan a buscar al teniente Aznar. El lugar designado para la toma de tierra de sus aeronaves será el aeropuerto de la Base Bennett, el cual le voy a indicar sobre este mapa... —Betty se movió hacia un gran mural del plano de Nueva York y señaló el lugar—. Preferiblemente entre las tres y las cuatro de la tarde de mañana, que será la mejor hora para que el Presidente de los Estados Unidos pueda presenciar su aterrizaje a través de las cámaras de televisión. Quiere decir esto que habrá cámaras instaladas en profusión, y se les harán fotografías. Sin embargo nadie, excepto el teniente Aznar, se aproximará a menos de doscientos metros de distancia de su nave o sus aeronaves.

Fidel Aznar entró en pantalla para añadir:

—Llevaré mi propio equipo de vuelo, que se ha conservado en buen estado.

El doctor Aznar apareció en la pantalla del estudio:

—Perfectamente, hijo. Irán a buscarte tres interceptores “Delta”, uno de ellos sin piloto. Lugar aeropuerto de Bennett, hora las tres de la tarde de mañana. Hasta mañana, buenas noches a todos. Muchas gracias, señorita Seton. Gracias a todos.

Así fue todo de sencillo.

Escortados por motoristas de la Policía regresaron al apartamento de Betty Seton. Malcolm y John Bernard tomaron una copa con la pareja y quisieron marcharse, pero fueron retenidos por Betty hasta las dos de la madrugada en animada charla. Betty y también Aznar le temían a la noche; a las horas que todavía faltaban para la despedida.

Fue una larga noche de amor, de tristeza y de amargura, una entrega desesperada de uno al otro, como dos condenados al patíbulo para quienes cada minuto y cada segundo, cada beso y cada caricia era el último... tiempo y amor ido que no volverían a repetirse jamás.

Llegó a ser tanto el sufrimiento psíquico de la muchacha, que hacia el amanecer Aznar no pudo soportarlo más y la durmió en profundo sueño hipnótico. Pues el problema de Fidel era que toda la angustia, la desesperación y el dolor de Betty lo sentía en su propia

mente, puros y sin pérdida, tal como emanaban de la torturada mente de ella.

Tumbado, en la terraza, Fidel Aznar asistió al último amanecer de “la otra” Tierra contemplando los dos brillantes discos, a cuyo alrededor se iban apagando las estrellas una a una. Al salir el sol, las dos pequeñas lunas se apagaron también. Aznar entró en la casa y fue a preparar el café. Luego fue al dormitorio, despertó a Betty y le ofreció una taza de café fuerte y espeso.

—¿Cómo me he dormido? —preguntó Betty.

—Yo te hice dormir.

—¡Pero yo quería estar despierta, vivir cada minuto que queda contigo!

—La noche ya ha pasado, Betty. Todo quedó atrás. Después de hoy, cada uno será un recuerdo para el otro. Tú tendrás más suerte que yo, pues me recordarás más tiempo. Yo seré otro hombre, con una mente en la que no existirá recuerdo de nada de cuanto pasó aquí. ¡No podré recordarte cuando regrese a mi mundo! Y sin embargo, tú habrás existido, y habrá existido esta otra Tierra... pero yo no lo sabré.

Betty se abrazó a él sollozando, y las lágrimas se convirtieron en caricias, y hubo una nueva explosión de desesperado amor.

El teniente Malcolm vino a buscar a Aznar a las once con una escolta de Policía Militar. Se había acabado la intimidad y empezaban una serie de actos oficiales que culminarían con la despedida final en la base aérea de Bennett. El alcalde de Nueva York había invitado a almorzar al astronauta en un restaurante de lujo, al que asistieron también periodistas, corresponsales extranjeros y directores de periódicos. Hubo una conferencia de prensa, en la cual Fidel Aznar respondió a todas las preguntas que se le hicieron, dejando perplejo y confundido al auditorio. La rueda de prensa fue interrumpida al recordarle Malcolm que era hora de dirigirse a la base de Bennett si querían llegar a tiempo.

Debido a su condición de base aeronaval, el aeropuerto de Bennett estaba cerrado al público. Sin embargo había por lo menos tres millares de invitados, cada uno con su tarjeta de identidad colgada del ojal... y un enorme despliegue de cámaras de televisión, fotógrafos y cámaras de cine.

Fidel Aznar entró con el teniente Malcolm en los vestuarios de

los pilotos navales para equiparse con su armadura de “diamantina”. Los fotógrafos siguieron arrollando a la guardia. Los “flash” brillaban sin reposo mientras el valerano se vestía su formidable equipo.

A las dos y cuarenta y cinco minutos, llevando su escafandra bajo el brazo, Fidel Aznar salió de los vestuarios y fue llevado en una camioneta al lugar donde estaban instaladas las cámaras. Allí estaban Betty, John Bernard, el abogado Morris, el superintendente Karlsen del Servicio de Inmigración, Warden que fue el primer psiquiatra que examinó a Aznar, y el capitán Bliven de la Policía del puerto mascando un puro.

De pronto se escuchó un griterío, y tres pequeños aparatos, del tamaño y casi la forma de los aviones de caza que estaban posados en la pista, aparecieron volando como tres relámpagos del lado del mar. Eran de color amarillo y parecían venir propulsados por sendas barras de luz dorada.

Cuando parecía que iban a pasar de largo sobre la base, los tres aparatos realizaron una maniobra increíble. ¡Se detuvieron en una corta distancia y quedaron totalmente inmóviles sobre la pista! Luego empezaron a bajar suave y verticalmente, sin ningún ruido, sin humo ni escapes de gases. El sol sacaba reflejos de largas hileras de proyectores en el fuselaje y en los bordes de ataque de las cortas y robustas alas en forma de delta.

Mientras los tres aparatos descendían, Fidel Aznar se despedía de sus amigos. Estrechó con particular afecto la mano del teniente Malcolm. Por último se enfrentó con la pálida y silenciosa Betty Seton.

—Betty... —murmuró. E inesperadamente le ofreció la mano enguantada de vidrio.

La muchacha se la estrechó y murmuró:

—Buen viaje... donde quiera que vayas.

El astronauta la miró largamente, luego se caló la escafandra y su rostro apenas se veía a través del cristal azul. Con paso rígido, a lo que le obligaba el volumen de su formidable equipo, echó a andar en dirección a los “Delta”, que estaban inmóviles a unos centímetros de la pista sin tocar ésta.

Las cámaras y los curiosos ojos de los espectadores vieron al valerano dirigirse a uno de los aparatos, trepar al ala y abrir la

carlinga. El astronauta se introdujo en la cabina, saludó con la mano y se escuchó su despedida a través de un amplificador incorporado a la escafandra.

—¡Adiós!

Cayó la cubierta de la carlinga y no ocurrió nada durante un minuto. De pronto los tres cazas empezaron a elevarse al mismo tiempo, suavemente, en silencio, como globos. Llegaron a cierta altura, reflejando los rayos del sol por sus múltiples proyectores. De improviso salió un grueso chorro de luz por sus toberas de popa. De formidable arrancada los tres aparatos salieron volando hacia adelante, levantaron con sincrónica precisión sus afiladas proas y se encaramaron al cielo como saetas cabalgando sobre un rayo de luz.

En menos de un minuto se habían perdido de vista.

—¡Increíble! —murmuró el teniente Malcolm junto a Betty Seton, mirando hacia el cielo vacío—. No se puede acelerar de ese modo, la inercia los destrozaría.

Un coronel de la Aviación Naval que estaba detrás dijo:

—Pues ya ve cómo lo hicieron. Me intrigan esos proyectores que llevan por todos lados. ¿Para qué servirán?

—Son sus baterías de luz sólida —dijo Malcolm.

—¿Luz sólida? ¡Calle, no me diga! No existe la luz sólida.

—Tampoco existían los extraterrestres... hasta que los vimos con nuestros propios ojos —repuso Malcolm.

Se volvió y asió la fría mano de Betty Seton.

—Bien, vamos. La invito a cenar.

—No sé si podré...

—¡Claro que podrá! Nadie se ha muerto de amor. Después de todo, algo nos queda de Aznar. Tenemos su recuerdo. Seremos viejos y todavía le seguiremos recordando como le vimos hoy, joven y hermoso, como un ángel que se marchó a ocupar su puesto en el cielo.

—Él continuará siendo joven y hermoso dentro de cien mil o de un millón de años, cuando ya no exista ni polvo de nosotros.

—Sí. Es extraordinario, ¿no es cierto? Bien, vámonos.

Los invitados se alejaban y las cámaras de cine y televisión recogían sus aparatos y sus manojos de cables. Poco a poco la base Bennett fue quedando desierta y silenciosa.

Al ponerse el sol, sobre el cielo de Nueva York, millones de

neoyorquinos vieron de nuevo las dos pequeñas lunas brillando en el firmamento. Las dos pequeñas lunas se estaban moviendo... se alejaban con rapidez, haciéndose cada vez más pequeñas y más pequeñas... hasta que se confundieron con las titilantes estrellas.

Los neoyorquinos todavía permanecieron un rato en sus azoteas y ventanas, echando a volar su fantasía. Luego, poco a poco, fueron regresando a sus caldeados dormitorios. La mayoría dormirían más tranquilos esta noche bella y estrellada.

F I N